

EPISODIOS NACIONALES

TRAFALGAR - EL 2 DE MAYO - BAILÉN

BENITO PÉREZ GALDÓS

Adaptación de Federico Villalobos



EPISODIOS NACIONALES

TRAFALGAR - EL 2 DE MAYO - BAILÉN

EPISODIOS NACIONALES

TRAFALGAR - EL 2 DE MAYO - BAILÉN

Adaptación de FEDERICO VILLALOBOS

Ilustraciones: Pablo Ruiz



© Adaptación del texto: Federico Villalobos

© Ilustraciones: Pablo Ruiz

© Edición: Consejería de Educación de la Junta de Andalucía

Coordinan: Dirección General de Ordenación y Evaluación Educativa y
Asociación de Editores de Andalucía (Alicia Muñoz)

Diseño gráfico: Forma Comunicación

Maquetación: Ángel González

Edición NO VENAL

Depósito legal: GR-4881-2010

Impreso en España

GRÁFICAS LA MADRAZA - Albolote (Granada)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

Trafalgar	7
El 2 de Mayo	75
Bailén	147

TRAFALGAR

1

7

Antes de que os cuente el gran acontecimiento del que fui testigo, me permitiréis que os explique cómo los azares de la vida me llevaron a presenciar el terrible desastre de Trafalgar.

Mi nombre es Gabriel Araceli, para serviros. Nací en Cádiz, en el famoso barrio de la Viña. Cuando sucedió lo que voy a contar, el siglo XIX solo tenía cinco años, y yo andaba por los catorce.

Si miro más atrás, me veo en la Caleta, jugando, nadando y cogiendo cangrejos con otros chicos de mi edad. En mi desconocimiento del mundo, pensaba que aquellas eran las ocupaciones habituales de nuestra especie, pues creía que los seres humanos habíamos sido creados para la mar.

El muelle era una buena escuela para espabilarse en poco tiempo, y yo no fui uno de los peores alumnos. En cuanto tuve edad suficiente aprendí a ganarme algunos cuartos sirviendo de guía a los muchos ingleses que entonces, al igual que ahora, visitaban la ciudad. De otras actividades menos honestas, como el merodeo de los puestos de fruta, prefiero no acordarme, pues todavía hoy me hacen sentir vergüenza.

8

Recuerdo muy bien el entusiasmo que me producía contemplar los barcos de guerra fondeados frente a Cádiz o en San Fernando. Los chicos formábamos nuestras propias flotas con pequeñas naves toscamente talladas. Les poníamos velas de papel o trapo y las echábamos a navegar en cualquier charco. Cuando alguna moneda llegaba a nuestras manos, comprábamos pólvora en la tienda de la tía Coscoja y organizábamos una verdadera batalla naval. Nuestras flotas se lanzaban a surcar océanos de dos metros de ancho, disparaban sus piezas de madera y chocaban unas contra otras. Mientras sus imaginarias tripulaciones luchaban gloriosamente, nosotros bailábamos de alegría en la orilla, imaginando que todas las naciones bailarían del mismo modo al presenciar la victoria de sus escuadras. En el mundo de los adultos, aquellos eran tiempos de grandes combates navales. En uno de ellos, el del cabo de San Vicente, había muerto mi padre, reclutado a la fuerza como otros pescadores para servir en un buque de guerra.

De mi madre solo recuerdo que era muy hermosa, o al menos a mí me lo parecía. Desde que se quedó viuda,

nos mantenía a los dos lavando y remendando la ropa de algunos marineros. Mi madre tenía un hermano, un hombre malvado y cruel. También él era pescador, y cuando estaba en tierra venía a casa borracho como una cuba y nos trataba con brutalidad. Estoy seguro de que fueron sus crueldades, unidas a la fiebre y al cansancio, las que aceleraron el fin de mi pobre madre. Murió a comienzos de aquel año de 1805, en el que sucedieron los acontecimientos que voy a relatar.

Tras la muerte de mi madre, mi tío se mostró cada vez más cruel conmigo. Harto de sus malos tratos, decidí huir de casa. Me fui a San Fernando, y de allí a Puerto Real. Me junté con otros muchachos desamparados y con ellos fui a parar, no sé cómo ni por qué, a Medina Sidonia. Estando un día en una taberna de esa ciudad, se presentaron unos soldados de Marina que hacían la leva.¹ Salimos todos a la desbandada, y cada uno buscó refugio donde pudo. Mi buena suerte me llevó a dar con unos señores que se apiadaron de mí después de oírme relatar entre sollozos mi vida y mis desdichas. Me salvaron de la leva, me llevaron con ellos a Vejer de la Frontera, donde vivían, y me tomaron a su servicio.

Mis ángeles salvadores eran don Alonso Gutiérrez de Cisniega, capitán de navío retirado, y su mujer, doña Francisca, ambos de avanzada edad. No sé qué vieron en mí para tratarme con un cariño por el que siempre les estaré agradecido. Supongo que tuvieron que ver con ello

¹ *Leva*: Reclutamiento forzoso de hombres para el Ejército o la Armada.

mis pocos años, mi orfandad y mi buen carácter. Aunque hasta entonces yo había vivido en contacto con pícaros y vagabundos, mis cualidades naturales no se habían echado a perder, y en poco tiempo aprendí buenos modales.

Don Alonso estaba inválido del brazo derecho, y le costaba mucho trabajo mover la pierna correspondiente. Yo le servía de paje y lo acompañaba en su paseo diario. Llevaba ya cuatro años con aquel viejo marino y su mujer cuando ocurrió lo que voy a contar.

Uno de los primeros días de octubre de aquel funesto 1805, mi noble amo me llamó a su despacho y me preguntó: —Gabriel, ¿tú eres hombre de valor?

Al principio no supe qué contestar. En mis catorce años de vida no se me había presentado aún la ocasión de asombrar al mundo con ningún acto heroico. Pero oírme llamar *hombre* me llenó de orgullo, y no quise defraudar a aquel valiente capitán que había derramado su sangre en cien combates.

—Sí, mi amo —respondí—, soy hombre de valor.

Don Alonso me sonrió y me hizo señal de que me sentara. Pero antes de que pudiera empezar a decirme lo que tenía pensado, doña Francisca irrumpió en el despacho muy enfadada.

—No, no irás a la escuadra —le dijo a su esposo—. ¡Pues faltaba más! ¡A tus años, y cuando te has retirado del servicio por viejo!

La gloriosa carrera naval de don Alonso había terminado en el desastroso encuentro del cabo de San Vicente, el mismo en el que murió mi padre. En aquel combate, don Alonso mandaba uno de los navíos que tuvieron que rendirse. La derrota dejó en su alma heridas aún más graves que las de su cuerpo. Se pasaba el día meditando cómo se

habría evitado aquel desastre si Córdoba, el comandante de nuestra escuadra, hubiera mandado virar a babor,² en vez de ordenar la maniobra a estribor.

Don Alonso, algo acobardado, como solía estarlo siempre que oía a su mujer, le contestó:

—Tengo que ir, Paquita. Según la carta que acabo de recibir de Churruca, la escuadra combinada debe salir de Cádiz para provocar el combate con los ingleses, o esperarles en la bahía, si se atreven a entrar. La cosa va a ser sonada.

—Pues me alegro —repuso doña Francisca—. Ahí están Gravina, Churruca, Alcalá Galiano y los demás. Que ellos machaquen a esos perros ingleses. Pero tú estás hecho un trasto viejo. Ni siquiera puedes mover el brazo que te dislocaron en el cabo de San Vicente. Ya sé yo que ese calzonazos de Marcial te ha calentado los cascos. Allá él si quiere volver a embarcarse con su pierna de palo, su brazo roto, su ojo de menos y sus cincuenta heridas. Que vaya en buena hora, y que no vuelva a aparecer por aquí. Pero tú no irás. Ya has servido bastante al rey, quien por cierto te ha recompensado muy mal. Yo que tú, le tiraba a la cara los galones de capitán que tienes desde hace diez años, cuando ya deberían haberte hecho almirante.

—Sea o no almirante, no puedo faltar a ese combate, Paquita —dijo mi amo—. Tengo que cobrarles a los ingleses cierta deuda atrasada.

² *babor*: Lado izquierdo de la embarcación, mirando de popa a proa. El extremo opuesto se llama estribor.

—¡Pues estás tú bueno para cobrar deudas! ¡Si eres un inválido!

—Gabriel irá conmigo.

Doña Francisca se enfureció todavía más. Juró que si volviera a nacer no se casaría con ningún marino, y dijo mil pestes de nuestro rey, de Napoleón y de los franceses, que en aquel entonces eran nuestros aliados.

Una tos áspera y perruna en la habitación de al lado indicaba que Marcial, el viejo marinero amigo de mi amo, estaba oyendo la discusión y los comentarios de doña Francisca, tan poco amables hacia su persona. Como sin duda deseaba tomar parte en la conversación, abrió la puerta y entró en el despacho.

Marcial, a quien apodaban *Medio-hombre*, había sido contramaestre en los barcos de guerra durante cuarenta años. Era un hombre ya viejo, más alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado por debajo del codo, un ojo de menos, la cara garabateada por cicatrices en todas las direcciones y una voz ronca y hueca que no se parecía a la de ningún otro ser humano. No estoy seguro de si su aspecto hacía reír o infundía respeto; creo que las dos cosas a la vez, según como se le mirase.

Su vida era la historia de la Marina española durante los últimos cuarenta años. Había navegado en muchos de los heroicos y desgraciados barcos que se habían ido a pique junto con el poderío naval de España. A los sesenta años se había retirado del servicio, no por falta de bríos, sino porque ya estaba completamente desmante-

lado y fuera de combate. Pero al saber que la escuadra combinada de navíos españoles y franceses se preparaba para una gran batalla, sintió renacer en su pecho el entusiasmo. Desde entonces, pasaba buena parte del día y de la noche comunicándose con mi amo, en quien había notado los mismos síntomas. Se contaban las últimas noticias, revivían las hazañas del pasado y hacían conjeturas sobre el futuro, soñando despiertos como dos grumetes que calculan el modo de llegar a almirantes. De ese modo había nacido en ellos el proyecto de embarcarse en la escuadra para presenciar el inminente combate.

14

—Tenemos quince navíos, y los francesitos, veinticinco —dijo Marcial, que se había sentado en el borde de una silla—. ¡Cuarenta buques, y corazón de sobra a bordo! Seguramente el Señorito también traerá muchos. Así me gustan a mí las funciones: mucha madera para encajar las balas y mucho humo de pólvora para calentar el aire.

Marcial se refería a los almirantes extranjeros con estrafalarios apodos. A Nelson lo llamaba *el Señorito*, pues le tenía cierto respeto; a Collingwood, *el tío Calambre*, expresión que le parecía la traducción exacta del nombre inglés, y a Villeneuve, jefe de la escuadra franco-española, *Monsieur Corneta*, nombre tomado de un sainete que en aquellos días se representaba en Cádiz.

—¡Cuarenta navíos! —doña Francisca se santiguó—. ¡Jesús! Lo menos tendrán cuarenta mil cañones para matarse unos a otros.

—Como *Monsieur Corneta* los tenga bien provistos de pólvora —contestó Marcial—, esta vez no va a ser como la del cabo de San Vicente.

—Hay que tener en cuenta —dijo mi amo, contento de que se mencionara su tema favorito— que si el almirante Córdova hubiera mandado virar a babor, habríamos salido victoriosos. Tengo datos para asegurarlo.

—¡Victoriosos, sí! —exclamó doña Francisca con desdén—. Os queréis comer el mundo, y en cuanto salís a la mar parece que no tenéis bastantes costillas para recibir los porrazos de los ingleses.

—¡Si no fuera por sus tretas y sus astucias! —dijo Marcial, cerrando el puño con gesto amenazador—. Nosotros siempre vamos contra ellos con nobleza, la bandera izada y las manos limpias. Pero ellos siempre atacan por sorpresa, buscando las aguas malas y las horas más oscuras. Sin embargo, esta vez se llevarán su merecido.

—Señor Marcial —dijo mi ama—, si quiere ir usted a que le den la última mano, puede embarcar cuando quiera, pero lo que es este no irá.

—Iremos solo a ver, mujer, nada más que a ver —repuso don Alonso, que con su esposa era manso como un cordero.

—Déjate de fiestas. Menudo par de esperpentos estáis hechos los dos.

—La escuadra combinada —dijo Marcial— se quedará en Cádiz, y ellos intentarán forzar la entrada.

—Pues entonces podéis ver la función desde la muralla —añadió doña Francisca—. Pero lo que es en los bar-

quitos, digo que no y que no. Napoleón, ese emperador o lo que sea, quiere sacudirles a los ingleses, y como le faltan hombres valientes, ha embaucado a nuestro rey para que le preste los suyos. Pues díganme, ¿a España qué le va ni le viene en eso? ¡Si me hicieran caso a mí, el señor Bonaparte haría la guerra él solito!

—Es verdad —reconoció mi amo— que la alianza con Francia nos está haciendo mucho daño. Todo el provecho es para ella, mientras que los desastres son para nosotros.

—Entonces, tontos de remate, ¿para qué os calentáis la cabeza con esta guerra?

—El honor de nuestra nación está en juego —respondió don Alonso—, y una vez comprometidos, no podemos echarnos atrás. El mes pasado, Churruca me dijo en Cádiz: «Esta alianza con Francia y el maldito tratado de San Ildefonso, que la astucia de Bonaparte y la debilidad de Godoy nos han impuesto, serán nuestra ruina, pero a pesar de todo, es preciso seguir adelante».

—Ese Godoy se está metiendo en cosas que no entiende —opinó doña Francisca—. Es un hombre sin estudios, y todo su saber se reduce a tocar la guitarra. He oído decir que le han hecho primer ministro por su linda cara. Así andan las cosas en este país: hambre por todas partes, los precios por las nubes y, por si fuera poco, la fiebre amarilla asolando Andalucía. La culpa la tenéis vosotros, que ofendéis a Dios matando tanta gente. Si en vez de meteros en esos endiablados barcos os fuerais a rezar a la iglesia, el diablo no andaría tan suelto por España haciendo

de las tuyas. Así que ya lo sabes, Alonso. Te quedarás aquí quietecito, que el que busca el peligro, en él perece.

De ese modo, doña Francisca puso fin a la conversación. Don Alonso y Marcial siguieron conferenciando en los pocos ratos que mi ama los dejaba solos. Al anocheecer, cuando esta se fue a la iglesia para asistir a la novena, los dos marineros respiraron con libertad, como escolares bulliciosos que pierden de vista al maestro. Se encerraron en el despacho, sacaron unos mapas y unos papeles en los que habían apuntado los nombres de los barcos ingleses con la cifra de sus cañones y tripulantes y los examinaron con atención.

Me di cuenta de que estaban trazando el plan de un combate naval. Marcial imitaba con su brazo y medio la marcha de las dos escuadras; con su cabeza, el balanceo de los barcos combatientes; con los porrazos de su pata de palo contra el suelo, el estruendo de los cañones, y con su lengua estropajosa, los juramentos de los marineros y las órdenes de los oficiales. Mi amo le secundaba en aquella tarea con la mayor seriedad.

Contagiado por el entusiasmo de los dos marinos, también yo quise participar. Empecé a dar vueltas por la habitación, imitando los movimientos de una nave que ciñe el viento y el estruendo de los cañonazos.

—¡Bum! ¡Bum!

Ni mi respetable amo ni su mutilado contramaestre, tan niños como yo en aquel momento, me prestaban la menor atención, pues estaban enfrascados en sus propios

pensamientos. De pronto, sintieron los pasos de doña Francisca, que volvía de la novena.

—¡Que viene! —exclamó Marcial con terror.

Guardaron los mapas a toda prisa, disimulando su excitación, y se pusieron a hablar de cosas sin importancia. Yo no me había dado cuenta de la llegada de mi ama, y seguía en medio del cuarto pronunciando con voz ronca frases como esta:

—¡La andanada de sotavento!³ ¡Fuego! ¡Bum, bum!

Doña Francisca me descargó en la popa tal andanada con su mano derecha que me hizo ver las estrellas.

—¡También tú! —gritó mientras me vapuleaba sin compasión. Y mirando a su marido con ojos centelleantes, añadió—: Ya ves, eres tú el que le enseña a perder el respeto.

Sin pensar en defenderme contra un enemigo tan superior, arrié la bandera de mi dignidad y salí del despacho, perseguido por los pescozones de doña Francisca. Lloroso y avergonzado, eché el ancla en la cocina, lamentando el desastroso final de mi combate naval.

³ *sotavento*: lado opuesto a aquel de donde viene el viento. Barlovento es el lado de donde viene el viento.



Además de su profundo odio a las guerras marítimas, doña Francisca tenía otra buena razón para oponerse a los descabellados proyectos de su marido. Antes no he dicho que mis amos tenían una hija. Se llamaba Rosita, era poco mayor que yo, y ya se había concertado su matrimonio con un joven oficial de artillería apellidado Malespina. La boda se había fijado para finales de aquel mes de octubre, así que la ausencia del padre en fechas tan solemnes habría sido poco apropiada.

20

Rosita era muy guapa. Lo recuerdo perfectamente, aunque ahora me sería muy difícil describir su rostro. Al pensar en ella mi pecho se llena de sensaciones que creía olvidadas y que traen a mi espíritu no sé muy bien si tristeza o alegría.

Cuando entré en la casa de mis amos, pensé que aquella muchacha tan bonita pertenecía a una clase superior de criaturas. Como éramos niños, enseguida nos tratamos con confianza, a pesar de nuestra diferente condición social. Mi mayor alegría consistía en jugar con ella, aunque, eso sí, en nuestros juegos nunca se confundían las clases: ella siempre era señorita y yo siempre criado. Iba a buscarla al salir de la escuela para acompañarla a casa; subía por orden suya al naranjo del patio para coger las flores de aza-

har de las ramas más altas; corría tras ella jugando al escondite y luego la esperaba en un rincón, encogido y palpitante, cuando le tocaba a ella perseguirme.

Como he dicho, los dos teníamos más o menos la misma edad, pues solo me llevaba ocho o nueve meses. Pero yo era pequeño y raquítico, mientras que ella se desarrollaba con rapidez. A los tres años de mi llegada a aquella casa ya parecía mucho mayor que yo. Sin embargo, ninguno de los dos sospechaba que íbamos creciendo, y nuestros juegos no se interrumpieron.

Pasados esos tres años, me di cuenta de que las formas de mi adorada Rosita se redondeaban, de que su rostro se ponía más encendido y más lleno y sus ojos más vivos. Su modo de andar y sus movimientos cambiaron, aunque yo no era capaz de explicar en qué consistía la diferencia. También cambió su voz. Ahora sonaba muy distinta a aquel chillido alegre y travieso con el que me obligaba a dejar mis quehaceres para jugar con ella.

Un día Rosita se presentó ante mí con vestido largo. Aquello me produjo una tremenda impresión. Lo peor fue ver cómo unos cuantos palmos de tela habían transformado su carácter. Aquel desgraciado día Rosita me habló en un tono que nunca antes había oído, ordenándome las faenas que menos me gustaban y riñéndome por holgazán. Y todo eso sin una sonrisa, una palabra amable, ni siquiera un cariñoso pescozón.

Rosita se había convertido en mujer, y yo seguía siendo un niño. No hará falta decir que desde aquel momento se

acabaron los juegos. Ya no volví a subir al naranjo, ya no hubo más persecuciones por el patio ni hice más viajes a la escuela para traerla a casa.

Un año después de su transformación oí hablar de un grave asunto. Por la casa corría el rumor de que Rosita se iba a casar. Yo no le conocía ningún novio, pero en aquel entonces las bodas las arreglaban los padres, y lo curioso era que a veces no salía del todo mal.

Un joven de una importante familia había pedido la mano de Rosita, y los padres de esta se la concedieron. El joven vino a casa acompañado de sus padres, que eran condes, marqueses o algo así. Estaba muy elegante con su uniforme de Marina, pero su cara era muy poco agradable. Eso mismo debió de parecerle a Rosita, pues desde el principio mostró repugnancia a aquella boda. Por mucho que su madre intentaba convencerla, la niña se oponía con todo tipo de razones, aunque se callaba la principal. Rosita tenía otro novio, un oficial de Artillería llamado Rafael Malespina, muy apuesto y de muy buena presencia. Yo lo vi rondando la casa varias veces. También lo vieron otras personas. La voz se corrió por Vejer, y el otro acabó desafiándolo. Mis amos lo supieron todo cuando llegó a casa la noticia de que Malespina había herido gravemente a su rival.

El escándalo fue muy grande, pero al cabo de unos meses el herido quedó fuera de peligro, sus padres renunciaron a la boda y el padre del vencedor que, al fin y al cabo, también era una persona de buena posición

social, se presentó en casa a pedir para su hijo la mano de Rosita. Después de cierto tiempo, mis amos se la concedieron.

Entonces se produjo una nueva transformación en Rosita. Su indiferencia hacia mí se hizo tan marcada que llegaba al menosprecio. Por primera vez vi claramente la humildad de mi condición social. Lleno de angustia, me preguntaba si era justo que otros fueran nobles, ricos y sabios, mientras yo no era más que un muchacho salido de la Caleta que apenas sabía leer y no poseía otros bienes que su propia persona. En aquel momento pensé que jamás podría aspirar a nada en esta vida. Tuvo que pasar algún tiempo hasta que me di cuenta de que mediante un esfuerzo grande y constante quizá podría conseguir todo lo que la suerte me había negado.

23

Supongo que no será necesario decir que yo odiaba a Malespina con todo mi corazón. En cuanto le veía entrar en la casa, la sangre me hervía. Siempre que me ordenaba algo, lo hacía con los peores modos posibles, para que se diera cuenta de mi enojo. Lo peor era que me tocó hacer de correo entre los dos enamorados. ¡Cuántas veces sentí la tentación de quemar sus cartas! Afortunadamente, tuve la serenidad suficiente para no hacer algo tan feo.

En fin, la boda se acercaba, y poco antes de la fecha señalada ocurrió lo que ya he contado: doña Rosita descubrió que don Alonso planeaba embarcar en la escuadra, agarró un enfado monumental y a mí me tocó recibir una lluvia de pescozones.

Al día siguiente salí con mi amo para su paseo de medio-día. Él me daba el brazo, y Marcial iba a su lado. Los tres caminábamos lentamente, don Alonso con su andar flojo y Marcial con su pata de palo.

24

Después de asegurar, como de costumbre, que si el almirante Córdova hubiera mandado virar a babor no se habría perdido la batalla del cabo de San Vicente, mi amo volvió a mencionar su proyecto. Ni Marcial ni él lo dijeron claramente, supongo que por estar yo delante, pero algunas palabras sueltas me hicieron comprender que los dos planeaban ponerlo en práctica largándose una mañana sin que mi ama se diera cuenta. De vuelta a casa, mi amo se mostró más complaciente que nunca con su mujer. Pero doña Francisca, que no tenía un pelo de tonta, andaba con la mosca tras la oreja.

Recuerdo que aquel día Rosita estaba muy triste. El señor Malespina no había dado señales de vida, y yo no había podido hallarlo en la plaza, adonde acudía todos los días para recoger sus cartas.

Por la noche, cuando ya se iba a servir la cena, sonaron fuertes aldabonazos en la puerta. Supe que era él. Antes de abrirle, mi odio le había conocido.

Me parece que todavía lo estoy viendo, sacudiendo su capa, mojada por la lluvia. Era una capa de grana con forro de seda, la prenda más elegante de los señoritos de aquella época. Debo admitir que era un joven realmente apuesto, de noble presencia y modales muy corteses, aunque un poco fríos.

Jamás se había presentado en casa por la noche, y eso nos hizo comprender a todos que algo grave sucedía.

—Vengo a despedirme —dijo Malespina.

Rosita se puso más blanca que el papel, después roja como la grana, y luego pálida otra vez.

—¿Qué sucede? —le preguntó doña Francisca—. ¿Adónde va usted, don Rafael?

—A la escuadra le falta personal —respondió el joven—, y han dado orden de que los artilleros embarquemos en los navíos. Mañana mismo debo presentarme en Cádiz.

—¡Jesús, María y José! —exclamó doña Francisca—. ¿También se lo llevan a usted? Pero si usted es de tierra. Eso debe de ser cosa de Bonaparte. A ninguno de aquí se le habría ocurrido una diablura así. Pues dígales que si no tienen gente, que la busquen en otra parte. Además, ¡si se va usted a casar!

—Los militares son esclavos de su deber —dijo don Alonso— y la patria le exige a este joven que se embarque para defenderla.

—¡Don Rafael, no vaya usted, por Dios! —prosiguió mi ama, sin hacer caso a las razones de su marido—. Diga que es de tierra, que se va a casar. Si Napoleón quiere guerra,

que la haga él solo. ¿Por qué debe estar España sometida a los antojos de ese señor?

—Verdaderamente —dijo Malespina—, nuestra alianza con Francia ha sido hasta ahora desastrosa. Nos ha enemistado con los ingleses, que derrotaron a nuestra escuadra en el cabo de San Vicente.

—¡Alto ahí! —exclamó don Alonso, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa—. Si el almirante Córdova hubiera mandado virar sobre babor a los navíos de la vanguardia, la victoria habría sido nuestra. Lo he demostrado una y otra vez, y ya en el momento del combate hice constar mi opinión.

26 —Sí, pero lo cierto es que se perdió la batalla —siguió diciendo Malespina—. De todos modos, ese desastre no habría tenido mayores consecuencias si después España no hubiera firmado el tratado de San Ildefonso, que nos obliga a ayudar a Francia en guerras que solo le interesan a Napoleón. Ahora nuestra Marina está al servicio de su ambición, bajo el mando de un almirante francés tan torpe como cobarde, que encima ha caído en desgracia ante su emperador. Por lo visto, Napoleón piensa relevarlo inmediatamente.

—Pero, según dicen —indicó Marcial, que había seguido la conversación desde la puerta y ya no se podía contener—, *Monsieur Corneta* busca una acción de guerra que le devuelva la estima de Napoleón. Yo me alegro, porque así se verá lo que pueden hacer unos y lo que podemos hacer otros.

—De lo que no cabe duda es de que los ingleses andan cerca y pretenden bloquear Cádiz —añadió Malespina—. Los marinos españoles opinan que nuestra escuadra no debe salir de la bahía, donde tendremos más posibilidades de vencer. Sin embargo, Villeneuve parece empeñarse en salir, sin tener en cuenta nuestra inferioridad frente a los ingleses. Tienen una artillería excelente y una marine-ría experta. En cambio, muchos de nuestros navíos están tripulados por gente de leva que apenas conoce el oficio. En cuanto a la infantería que embarcará en los buques, sin duda son hombres valientes, pero se marearán.

—En fin —dijo mi amo—, dentro de pocos días sabremos el resultado.

—El resultado ya lo sé yo —observó doña Francisca—. Nuestros valerosos marineros y soldados volverán a casa con la cabeza rota. Que Dios quiera protegerle a usted, don Rafael, para que regrese sano y salvo.

Después de la cena, mis amos dejaron solos a los novios para que se despidieran. Malespina salió del cuarto más pálido que un difunto. Abrazó a don Alonso y a doña Francisca y se fue. En cuanto a Rosita, la encontramos hecha un mar de lágrimas, y no hubo manera de calmarla. Sentí mucha pena por ella y por su prometido, y noté cómo se amortiguaba el rencor que Malespina me inspiraba. Yo todavía era un niño, y el corazón de los niños perdona con facilidad.

Al día siguiente, encontré a don Alonso amabilísimo con su esposa y a esta más irritada que de costumbre. Cuando doña Francisca se fue a misa con Rosita, me percaté de que mi amo se daba mucha prisa en guardar en una maleta algunas prendas, entre ellas su uniforme. Le ayudé. Aquello me olía a evasión, pero me extrañaba no ver a Marcial por ninguna parte.

28 Una vez hecho aquel mínimo equipaje, don Alonso se mostró muy impaciente hasta que por fin su amigo apareció.

—Ahí está el coche —dijo Marcial—. Vámonos antes de que ella vuelva.

Cargué la maleta y salimos los tres por el corral para no ser vistos. Subimos a la calesa, y esta partió tan rápido como lo permitía el escuálido rocín que tiraba de ella.

Yo iba muy contento por la novedad de aquel viaje, y Marcial no cabía en sí de alegría. En cambio, mi amo se entristeció bastante al dejar atrás el pueblo. De vez en cuando suspiraba y decía:

—¡Qué dirá cuando llegue a casa y no nos encuentre!

A unas tres leguas de Vejer nos alcanzaron dos jinetes montados en soberbios caballos. Al momento reconocimos a Rafael Malespina y a su padre, don José María, un

señor alto y estirado. Se asombraron mucho de ver a don Alonso, y mucho más cuando este les dijo que se dirigía a Cádiz para embarcarse. El hijo pareció apenado, pero el padre, que era un terrible fanfarrón, felicitó efusivamente a mi amo.

Nos detuvimos en Conil para comer. Como yo servía la mesa, pude oír la conversación.

Si el viejo Malespina al principio me había parecido vanidoso y fanfarrón, luego lo consideré el charlatán más gracioso que he oído en mi vida. Era coronel retirado de Artillería, y decía que manejaba los cañones como nadie. Aseguraba tener tan buena puntería que, en la guerra contra la Francia revolucionaria, la bala de su cañón se llevó las ciento cuarenta y dos cabezas de una columna enemiga que avanzaba en perfecta línea.

29

—En la defensa de Boulou —añadió don José María— se nos acabaron las municiones. Entonces cargué la pieza con mis llaves, mi reloj, mi dinero e incluso mis condecoraciones. Una de estas se estampó en el pecho de un general francés, donde se le quedó pegada sin hacerle daño. Él la conservó, pero cuando volvió a París lo condenaron por haber admitido condecoraciones de un gobierno enemigo.

—¡Menuda jugarreta! —exclamó mi amo, que no quiso desmentir a su futuro consuegro a pesar de la magnitud de aquella bola.

Durante el resto del viaje don José María siguió soltando mentiras tan grandes como templos. Decía que el rey

Jorge III le había llamado para que le ayudara a perfeccionar la artillería inglesa. Por lo visto, era muy amigote suyo, todos los días almorzaba con él pescadilla y unos vasitos de jerez, y siempre le pedía que le mandase buenas aceitunas andaluzas. También aseguraba ser íntimo de nuestro rey, al que solía acompañar a El Pardo, cuando iba a Madrid, para pegar un par de tiros. Y si mal no recuerdo, intentó convencernos de que fue él quien aconsejó a Napoleón el golpe de estado que le llevó al poder. Me di cuenta de que su hijo escuchaba aquellas mentiras con pesar, como si le abochara tener por padre al mayor embustero de la Tierra.

30 Aquella noche descansamos en Chiclana, y hacia las once de la mañana siguiente llegamos a Cádiz. No puedo describir el entusiasmo que me produjo volver a mi ciudad. Nos alojamos en casa de doña Flora de Cisniega, una prima de mi amo. Doña Flora y doña Francisca se aborrecían cordialmente. Así como mi ama odiaba las glorias navales, la prima de don Alonso adoraba a todos los hombres de guerra, y a los marinos en particular.

—¡Ay, Alonsito! —le dijo a mi amo el día de nuestra llegada—. Si hubieras hecho caso siempre de tu mujer, todavía serías guardia marina. Has hecho bien en no seguir su consejo y venir aquí. Todavía eres joven, Alonsito. Todavía puedes alcanzar el grado de brigadier, que ya tendrías si no fuera por Paca. Aquí todos están muy descontentos del almirante francés. Necesitamos a marinos españoles como tú para vengar las ofensas de los ingleses. No quiero ni acordarme del combate del cabo de...

—Si el almirante Córdova hubiera mandado virar por...

—Sí, sí, Alonsito, ya lo sé —le interrumpió doña Flora, que había oído muchas veces aquella historia—. Habrá que darles una paliza, y se la daréis. Me parece que te vas a cubrir de gloria. Así haremos rabiar a Paca.

—Yo ya no sirvo para el combate —dijo don Alonso con tristeza—. Solo vengo a presenciarlo.

Al día siguiente mi amo recibió la visita de un brigadier de marina amigo suyo. Solo lo vi en aquella ocasión, pero jamás olvidaré su cara. Tenía unos cuarenta y cinco años y un rostro bien parecido, con tal expresión de tristeza que era imposible no sentir afecto por él. No usaba peluca; llevaba sus abundantes cabellos rubios recogidos en una gran coleta. Sus ojos eran grandes y azules, y su nariz, muy fina y perfecta. Era delgado y pequeño de cuerpo. Sus modales eran muy corteses, pero no tenían nada de la estirada fatuidad que entonces estaba de moda. Aquel hombre era Churruca, el más heroico de nuestros marinos.

Mi amo le preguntó por su mujer, y de la contestación deduje que se había casado poco antes. Luego habló de su barco, el *San Juan Nepomuceno*, por el que sentía un gran cariño.

Churruca puso a mi amo al tanto de la situación. Lo que explicó fue más o menos lo que el joven Malespina nos había contado en Vejer: Villeneuve, el almirante francés, deseoso de borrar errores anteriores, estaba empeñado en salir en busca de los ingleses. Los comandantes españoles

habían mostrado su oposición en un consejo de guerra en el que se cruzaron palabras muy duras.

—Aunque nos duela —dijo Churruca—, debemos reconocer la superioridad de la marina inglesa. Su armamento y marinería son mejores y, sobre todo, sus escuadras operan con unidad bajo el mando de Nelson. Nosotros, con gente en gran parte inexperta, con armamento inferior y con un jefe que a nadie contenta, podríamos, sin embargo, defendernos dentro de la bahía. Pero Villeneuve está desesperado, y la noticia de su relevo inminente le empuja a cometer una locura. Se lo jugará todo en un día para recuperar su reputación, ya sea por la victoria o por la muerte. No nos queda otro remedio que obedecer, pues a eso nos ha llevado la ciega sumisión de nuestra corte a Bonaparte. Pero si los franceses nos conducen al desastre, por lo menos quedará constancia de nuestra oposición a este insensato proyecto.

Las palabras de Churruca me causaron una gran impresión y lograron contagiarme parte de su tristeza. Pero esta se disipó enseguida, pues poco después mi amo me comunicó que al día siguiente embarcaríamos en el *Santísima Trinidad*, el mayor barco del mundo.

El 18 de octubre nos levantamos muy temprano y fuimos al muelle, donde nos esperaba una lancha. Yo no cabía en mí de alegría. Visto desde lejos, el *Santísima Trinidad* me pareció una especie de monstruo sobrenatural. A medida que nos acercábamos, las formas de aquel coloso iban aumentando. Cuando la lancha se puso a su costado, y yo alcé los ojos y vi las tres filas de cañones que asomaban sus bocas amenazadoras, mi entusiasmo se convirtió en miedo, y me aferré con fuerza al brazo de mi amo. Pero en cuanto subimos a bordo y me hallé sobre la cubierta, mi corazón se ensanchó.

33

Supongo que os será difícil haceros una idea de cómo eran aquellos magníficos barcos. No se parecen a los buques de guerra actuales, revestidos de metal y semejantes a inmensos ataúdes flotantes.

El *Santísima Trinidad* era un navío de cuatro puentes, cuando los mayores del mundo eran de tres. Había sido construido en La Habana en 1769. Medía 61 metros de proa a popa, 16 en su parte más ancha y 8 desde la quilla a la cubierta. Sus poderosas cuadernas sustentaban cuatro pisos. A sus costados llevaba 140 cañones. En su interior se distribuían puentes para la artillería, sollados para la tripulación, cámaras para los oficiales,

pañoles para los víveres, cocinas, enfermerías y otros servicios. Pero lo más grandioso era la arboladura, aquellos mástiles gigantescos lanzados al cielo como un desafío. Parecía que el viento no sería capaz de impulsar sus enormes velas.

Yo estaba absorto contemplando tanta maravilla, cuando sentí un fuerte golpe en la nuca. Volví la vista y lancé un grito de terror al ver al hombre que me tiraba de las orejas como si quisiera levantarme en el aire. Era mi tío.

—¿Qué buscas aquí, lombriz? —me preguntó—. ¿Es que quieres aprender el oficio? ¡Pues te subiremos a la arboladura para que te des un paseo por ella!

34 Tres o cuatro marineros amigos suyos se acercaron con el propósito evidente de burlarse de mí, así que le dije a mi tío que me hallaba al servicio de don Alonso Gutiérrez de Cisniega y me alejé de allí. Fui a buscar a mi amo a su cámara. Vi a los pajes de los oficiales ocupados en empolvar sus cabezas. Aquella moda absurda se había impuesto incluso en el interior de los buques. También los soldados tenían que perder un tiempo precioso en hacerse la coleta. Los vi en fila, cada uno arreglando el cabello del que tenía delante. Los únicos que no usaban aquel ridículo apéndice capilar eran los marineros.

En la cámara, mi amo hablaba acaloradamente con el comandante del buque, don Francisco Javier de Uriarte, y con el jefe de escuadra, don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Les oí decir que el almirante francés había dado orden de salida para la mañana siguiente.

Marcial se puso muy contento cuando le llevé esa noticia. Estaba con otros viejos marineros en el castillo de proa, disertando con gran autoridad sobre el próximo combate. Los compañeros de *Medio-hombre* eran marineros de pura raza, muchos de ellos voluntarios. Ninguno hizo bromas a mi costa. Es comprensible que yo me sintiera mucho más a gusto en su compañía que en la de mi tío y sus compinches, gente de leva, holgazana, camorrista y mala conocedora del oficio.

Supe por Marcial que el joven Malespina había embarcado en el *San Juan Nepomuceno*, el buque de Churruca. Aquella noche me acosté feliz, pensando en los acontecimientos que me aguardaban al día siguiente: navegar en el mayor barco del mundo, presenciar la batalla y la captura de los buques enemigos y luego volver a Cádiz, cubierto de gloria, y ver cómo Rosita palidecía al oírme relatar los horrores de la batalla. «Yo estuve allí», le diría, «en los lugares de mayor peligro, y no temblé». Sí, aquella noche ni siquiera me hubiera cambiado por el mismísimo Nelson.

El día siguiente también fue para mí muy feliz. Aún no había amanecido cuando mi amo y yo nos situamos en el alcázar de popa para presenciar la maniobra. Después del baldeo de cubierta, comenzó la operación de levar el buque. Con un agudo chirrido, la pesada ancla emergió del fondo de la bahía. Los marineros corrían, los silbatos llenaban el aire, los cabos crujían y las velas azotaban los mástiles antes de henchirse impulsadas por el viento.

El colosal navío comenzó a deslizarse por la bahía. Yo miraba el espectáculo que se desarrollaba a nuestro alrededor. Treinta y nueve barcos, entre españoles y franceses, colocados delante, detrás y a nuestro costado, desplegaban sus velas y avanzaban impulsados por el escaso viento.

Nunca he visto una mañana más hermosa. El sol inundaba de luz la bahía. Un ligero matiz de púrpura teñía la superficie de las aguas hacia Oriente. El cielo, límpido, apenas tenía algunas nubes rojas y doradas en aquella dirección. El mar, azul, estaba en calma. Sobre él, las cuarenta naves, con su blanco velamen, emprendían la marcha, formando la más vistosa escuadra que hayan visto ojos humanos.

36

No todos los barcos andaban con igual paso, y algunos emplearon muchas horas en salir de la bahía. Por la tarde, el cielo se enturbió. Al anochecer vimos cómo Cádiz se perdía poco a poco entre la bruma, hasta que sus últimos contornos se confundieron con la negrura de la noche. La escuadra puso rumbo al sur.

Dejé a mi amo bien arrellanado en su camarote y me reuní con Marcial. El viejo marinero estaba explicándoles a dos amigos y admiradores el plan de Villeneuve.

—*Monsieur Corneta* ha dividido la escuadra en cuatro cuerpos. La vanguardia, con siete navíos, la manda el teniente general Álava. El centro, con otros siete buques, lo dirige *Monsieur Corneta* en persona. La retaguardia, también con siete, está a cargo de Dumanoir, otro gaba-cho. Los doce navíos del cuerpo de reserva los manda

don Federico Gravina. No está del todo mal pensado; los barcos españoles van mezclados con los franceses, para que no puedan dejarnos en la estacada como han hecho otras veces. Según me ha dicho don Alonso, el francés ha ordenado que si el enemigo se presenta a sotavento, formaremos la línea de batalla y caeremos sobre él. Eso está muy bien, dicho en el camarote, pero ¿creéis que el Señorito va a ser tan zopenco como para presentarse a sotavento? Buena es su señoría para dejarse pescar así. Si se presenta a barlovento y es él quien nos ataca, lo esperaremos en línea de batalla. Para atacarnos tendrá que dividirse, y si no consigue romper nuestra línea, será muy fácil vencerle. Al menos eso dice el francés. Ya veremos. Pero díganme ustedes: ¿por qué tenemos que juntarnos con los gabachos para desfondar unos cuantos barcos ingleses? ¿No nos bastamos y sobramos nosotros solos para eso? En fin, que Dios y la Virgen del Carmen nos acompañen y nos libren de amigos como los franceses, amén.

37

Los otros le aplaudieron, y yo me sentí orgulloso de encontrarme a bordo del *Santísima Trinidad*, en compañía de aquellos veteranos lobos de mar.

Al amanecer del día 20, el viento soplabá con fuerza, y los navíos se distanciaron unos de otros. Poco después del mediodía, la fuerza del viento menguó. Soplabá del suroeste, y la escuadra, recibéndolo por babor, marchó en dirección al Estrecho.

38 Por la noche vimos algunas luces, y al amanecer del 21 avistamos por barlovento algunos buques enemigos. Hacia las ocho de la mañana, los treinta y tres barcos de la flota inglesa estaban a la vista, desplegados en dos columnas. Nuestra escuadra formaba una línea larguísima. Las dos columnas de Nelson, dispuestas en forma de cuña, avanzaban hacia nosotros como si quisieran cortarla.

En ese momento, el *Bucentauro*, nuestro buque almirante, hizo señal de virar en redondo y poner rumbo al norte. El objeto de ese movimiento era tener a Cádiz bajo el viento para poder dirigirnos a ella en caso de que las cosas fueran mal. La orden fue muy criticada a bordo del *Trinidad*. La vanguardia se convirtió en retaguardia, y la escuadra de reserva, que era la mejor, según había oído decir, quedó a la cola.

El viento era flojo y la nueva línea no se pudo formar bien. Unos navíos iban muy deprisa y se precipitaban sobre el delantero, y otros se rezagaban o se desviaban, de-

jando grandes claros que rompían la línea antes de que el enemigo se molestara en hacerlo. Observé en todos los rostros cierta expresión de disgusto.

—La línea es más larga que el camino de Santiago —decía Marcial, observando las maniobras de los barcos—, y el Señorito nos va a golpear por el centro. ¿Cómo pueden venir a ayudarnos el *San Juan* y el *Bahama*, que están a la cola, o el *Neptuno* y el *Rayo*, que están a la cabeza? Bastante haremos nosotros con defendernos como podamos.

He olvidado mencionar una operación en la que tomé parte aquella mañana. Oí que alguien decía:

—¡La arena, extender la arena!

Marcial me tiró de la oreja y, llevándome hasta una escotilla, me obligó a ponerme en una línea con algunos grumetes. Varios marineros se habían colocado escalonados desde la escotilla hasta el fondo de la bodega, e iban subiendo sacos de arena, pasándolos de mano en mano. Nosotros tuvimos que vaciarlos sobre cubierta, extendiendo la arena hasta cubrir toda su superficie. Por curiosidad, le pregunté al grumete que tenía al lado para qué era aquella arena.

—Es para la sangre —me contestó con indiferencia.

—¡Para la sangre! —repetí, sin poder evitar estremecerme.

Eso había sucedido por la mañana. Ahora, los marineros habían formado otra cadena humana para llevar las municiones desde los paños hasta los entrepuentes.

Los ingleses avanzaban en dos grupos. Uno se dirigía hacia nosotros, encabezado por un gran navío con insignia

de almirante. Luego supe que era el *Victory*, comandado por el propio Nelson. El otro grupo traía a su frente el *Royal Sovereign*, y lo mandaba Collingwood.

Eran las doce menos cuarto. El terrible momento se aproximaba. De repente, nuestro comandante dio una orden, y los contramaestres la repitieron. Los marineros corrieron hacia los cabos.

—¡En facha,⁴ en facha! —gritó Marcial, lanzando un juramento—. ¡Ese condenado se nos quiere meter por la popa!

Comprendí que el comandante había ordenado detener nuestra marcha para estrechar el *Trinidad* contra el *Buc centauro*, que venía detrás, porque el *Victory* parecía dispuesto a cortar la línea precisamente entre ambos navíos.

Al ver la maniobra, me di cuenta de que muchos marineros no tenían la misma desenvoltura que los compañeros de Marcial. En cuanto a los soldados, algunos se agarraban a los cabos para no caer. Sin duda estaban mareados. La mayoría habían sido reclutados a la fuerza y obedecían de mala gana. Estoy seguro de que no tenían ningún sentimiento de patriotismo.

En cuanto a mí, estaba tan convencido de que nuestra victoria era segura que los ingleses me inspiraban cierta lástima. Por primera vez percibía claramente la idea de patria. Hasta entonces, yo la identificaba con las personas que gobernaban la nación, como el rey y su primer ministro. Pero

⁴ *en facha*: Parar una embarcación disponiendo las velas en sentidos contrarios.

en el momento que precedió al combate, comprendí lo que aquella palabra significaba. Me imaginé mi país como una inmensa tierra poblada de gentes unidas fraternalmente. Me di cuenta de que había un pacto establecido entre todas esas personas para ayudarse y sostenerse contra un ataque exterior, y comprendí que el *Trinidad* y los demás barcos habían sido contruidos por todos para defender a la patria. La patria era el terreno que pisábamos, nuestras calles, nuestras plazas, nuestras iglesias, nuestras casas, el mar, el campo, el cielo; todo lo que desde el momento en que nacemos se asocia a nuestra existencia.

Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, mi pecho se ensanchaba, y no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo. Me imaginé a todos los españoles asomados a una gran azotea, contemplándonos con ansiedad. Y, puesto que había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de nuestra victoria.

Un repentino estruendo me sacó de mi ensoñación y me hizo estremecer.

Había sonado el primer cañonazo.

Un navío de nuestra retaguardia disparó el primer tiro contra el *Royal Sovereign*, el buque mandado por Collingwood. Mientras este trababa combate con el *Santa Ana*, el *Victory* se dirigía hacia nosotros. A bordo del *Trinidad* todos estaban ansiosos por abrir fuego, pero nuestro comandante aguardaba el momento más favorable.

42

El *Victory* atacó primero a un navío francés. Rechazado por este, quedó a nuestro costado. El momento había llegado. Uriarte gritó: «¡Fuego!», cien voces repitieron la orden, y del costado del buque brotó una andanada de cincuenta proyectiles. Por un instante el humo nos ocultó al navío enemigo. Este venía sobre nosotros viento en popa. Al llegar a tiro de fusil, viró y nos descargó su andanada.

Yo apenas me di cuenta de que algunos de los nuestros caían heridos o muertos. Contemplaba a nuestro comandante dando órdenes desde el alcázar con heroica serenidad, y a mi amo alentando con entusiasmo a oficiales y marineros. En cuanto a Marcial, como su mutilado cuerpo no le permitía ocuparse de un cañón, se contentaba con vigilar el suministro de cartuchos a los fusileros y de animar a los artilleros.

A nuestra popa, el *Bucentauro* disparaba contra el *Victory* y el *Temerary*, otro navío inglés. Este último, con una

maniobra muy hábil, se interpuso entre nosotros y el buque de Nelson, al que el *Trinidad* ya le había destrozado el aparejo. Luego se lanzó por un gran claro abierto en nuestra línea, viró de repente y nos lanzó una andanada por babor. Otro navío inglés llegó en apoyo del *Victory*. De pronto, el *Trinidad* se vio rodeado por cuatro barcos enemigos que le acribillaban por todos lados. El *Bucentauro* no se hallaba en mejor situación. Atrapados por el genio de Nelson, ambos buques luchaban desesperadamente.

La línea de la escuadra franco-española se había roto ya en varios puntos. El semblante descompuesto de mi amo, la cólera del comandante Uriarte y los juramentos de Marcial y sus amigos me hicieron comprender que las cosas se habían puesto muy feas.

43

Todavía hoy se me erizan los cabellos al recordar aquellas terribles horas, especialmente entre las dos y las cuatro de la tarde. El *Santísima Trinidad* se había convertido en un infierno. Ya no se ordenaba ninguna maniobra, pues el barco no podía moverse. Lo único que cabía hacer era cargar los cañones con la mayor rapidez posible para responder a las andanadas enemigas. La metralla inglesa rasgaba las velas como gigantescas e invisibles uñas. Los trozos de madera, cabos, hierros y demás despojos arrancados por los cañones enemigos apenas dejaban espacio para moverse sobre cubierta. A cada minuto, multitud de hombres caían al suelo o al mar. Las blasfemias de los combatientes se mezclaban con los lamentos de los

heridos. Las balas de cañón mutilaban horriblemente los cuerpos. Otras se estrellaban contra la madera levantando granizadas de astillas que herían como flechas.

La sangre corría en abundancia por la cubierta y los puentes. A pesar de la arena, el movimiento del buque la llevaba de aquí para allí.

Tuve que ayudar a transportar a los heridos a la enfermería, situada en la bodega. También ayudé a los carpinteros a taponar las brechas en el casco. El agua penetraba por los mil agujeros y grietas abiertos por los proyectiles enemigos y empezaba a inundar la bodega.

44 Vimos cómo en el *Bucentauro* arriaban la bandera francesa. Villeneuve se había rendido a los ingleses. El *Rayo* y el *Neptuno*, dos barcos españoles, intentaban en vano auxiliar al *Trinidad*. Del resto de nuestra línea no era posible ver nada, pues el humo nos lo impedía.

De repente sonó una espantosa detonación, más fuerte que el rugido de los cañones, y una viva claridad rasgó el velo de humo e iluminó el espacio ocupado por las dos flotas. Un navío francés había saltado por los aires.

La terrible explosión nos paralizó un momento, pero un instante después ya no pensábamos más que en nosotros mismos. La rendición del *Bucentauro* había hecho que todo el fuego enemigo se concentrara sobre el *Trinidad*.

El jefe de escuadra, Hidalgo de Cisneros, había sido herido. Vi cómo dos marineros lo bajaban a la cámara. Mi amo seguía inmóvil en su puesto, pero de su brazo manaba mucha sangre. Corrí hacia él para ayudarle, pero un



oficial llegó antes que yo e intentó convencerle de que debía bajar a la cámara. Apenas había pronunciado dos palabras cuando una bala le llevó la mitad de la cabeza. Su sangre me salpicó. Entonces don Alonso se retiró, tan pálido como el cuerpo mutilado que yacía en el suelo.

En el alcázar, rodeado de muertos y heridos, solo quedaba el comandante Uriarte, dirigiendo una lucha que ya no se podía ganar. Gran parte de los cañones habían dejado de hacer fuego, porque la mitad de la gente estaba fuera de combate. Después de acompañar a don Alonso, me asomé otra vez fuera de la cámara. Oí una voz ronca que me llamaba.

—¡Gabrielillo, aquí!

46 Era Marcial. Lo encontré empeñado en cargar uno de los cañones. Tenía una herida en la cabeza, y la sangre le teñía la cara. Una bala se había llevado la punta de su pierna de palo.

—¡Si llego a traer la de carne y hueso...! —le decía a un herido que se esforzaba en seguir sirviendo la pieza.

Otros dos marineros muertos yacían a su lado.

—Compadre —le dijo Marcial al artillero—, tú ya no puedes ni encender una colilla.

Le arrancó el botafuegos⁵ de las manos y me lo entregó, diciendo:

—Toma, Gabrielillo. Si tienes miedo, vas al agua.

Cargó el cañón a toda prisa, ayudado por un grumete, lo cebaron y apuntaron. Ambos exclamaron: «¡Fuego!».

⁵ *botafuegos*: Varilla de madera en cuyo extremo se ponía la mecha con la que se disparaba el cañón.

Acerqué la mecha y el cañón disparó.

Repetimos otras dos veces la operación. El ruido del cañón, disparado por mí, retumbó maravillosamente en mi alma. Me sentí lleno de valor, o al menos, dispuesto a aparentarlo.

Marcial me mandó a buscar agua. Se la traje y bebió con ansias. Íbamos a seguir disparando el cañón cuando el palo mayor cayó con gran estrépito sobre el castillo de proa. Tras él cayó el palo de mesana. El navío quedó lleno de escombros.

Salí como pude de debajo de los trozos de vela y cabos que habían caído sobre mí. Busqué a Marcial y no lo hallé. El comandante ya no estaba en el alcázar. Había caído al suelo, gravemente herido en la cabeza, y dos marineros lo trasladaron a la cámara.

47

Corría yo también hacia allí cuando un casco de metralla me hirió en el hombro. Me asusté mucho, y pensé que la herida, de la que brotaba mucha sangre, era mortal. Llegué a la cámara y me desvanecí, sumiéndome en una especie de letargo. Oí una voz que alertaba del inminente abordaje. Me di cuenta de que los oficiales reunidos en la cámara estaban acordando la rendición. Me pareció oír sobre cubierta la voz de Marcial, que decía:

—El *Trinidad* no se rinde.

Volví a recobrar la conciencia. Vi a mi amo tendido en uno de los sofás, con la cabeza oculta entre las manos. Me acerqué, y él me abrazó paternalmente. Por fortuna, su herida no revestía ninguna gravedad.

Salí a buscar agua para mi amo, y presencié cómo arriaban la bandera justo en el mismo momento en que se ponía el sol.

El fuego cesó, y los ingleses penetraron en nuestro barco.

Cuando el combate concluyó nos dimos cuenta de los destrozos que había sufrido el buque. El agua entraba por mil agujeros y el barco se hundía, amenazando con sepultarnos a vivos y muertos en el fondo del mar.

Todos los que estábamos en condiciones de hacerlo nos pusimos a trabajar con las bombas, pero aquellas máquinas no podían achicar tanta agua como entraba. De repente, un grito nos llenó de espanto.

—¡Que se ahogan los heridos!

49

Se les había trasladado al último sollado, un lugar situado bajo la línea de flotación, fuera del alcance de las balas. El agua invadía rápidamente aquel recinto. Los marineros vacilaban entre seguir achicando y ayudar a aquellos desgraciados. No sé qué habría sucedido si los tripulantes de un buque inglés no hubieran acudido en nuestra ayuda. Trasladaron a los heridos a los pisos superiores y nos echaron una mano con las bombas, mientras sus carpinteros intentaban reparar las averías del casco.

Vi cómo algunos ingleses izaban su pabellón en la popa del *Santísima Trinidad*. Al contemplar con qué orgullo lo enarbolaban, pensé que también ellos luchaban por una patria, y que en ella tendrían madres, hijas y esposas que esperaban su regreso.

Agotado, fui a la cámara para ver si don Alonso me necesitaba. Encontré a mi señor más tranquilo. Los oficiales ingleses que habían entrado allí trataban a los nuestros con mucha cortesía. Uno de ellos se acercó a mi amo y le saludó en un español bastante correcto, recordándole que ambos se conocían de antiguo. Don Alonso le devolvió el saludo con gravedad, y luego intentó informarse de algunos pormenores del combate.

—¿Qué ha sido de nuestros barcos de reserva? —preguntó—. ¿Qué ha hecho Gravina?

—Gravina se ha retirado en el *Príncipe de Asturias* —contestó el inglés—. Ignoro si habrá logrado llegar a Cádiz. Los nuestros le han dado caza.

50

—¿Y el *San Ildefonso*?

—Lo hemos apresado.

—¿Y el *Santa Ana*?

—También.

—¡Dios mío! —exclamó don Alonso sin poder disimular su enfado—. Pero seguro que no han capturado el *Nepomuceno*.

—También ha sido apresado.

—¡No! ¿Y Churruca?

—Ha muerto —respondió el inglés con tristeza.

—¡Muerto! —exclamó mi amo con angustiosa perplejidad—. ¡Churruca! Pero al menos el *Bahama* se habrá salvado.

—También ha sido capturado.

—¡También! ¿Y Alcalá Galiano?

—También él ha muerto.

Incapaz de contenerse, mi amo derramó algunas lágrimas por sus compañeros. Luego se repuso y le dijo al inglés:

—Pero ustedes no habrán sufrido menos que nosotros. Seguro que han tenido pérdidas importantes.

—Una, sobre todo, irreparable —respondió el inglés, tan apenado como don Alonso—. Hemos perdido al primero de nuestros marinos, el valiente entre los valientes, el heroico Nelson. Una bala de fusil lo hirió mortalmente en mitad del combate.

El oficial no intentó disimular su inmensa pena por la pérdida de su jefe. Se cubrió la cara con las manos y lloró, como antes había llorado don Alonso.

Anohecía, y el cañoneo aún no había cesado. Podíamos distinguir algunos navíos que pasaban junto a nosotros como fantasmas, unos con la mitad de su arboladura, otros completamente desarbolados. La bruma y el humo nos impedían distinguir si eran españoles o enemigos. Cuando la luz de algún fogonazo lejano iluminaba a trechos aquel sombrío panorama, veíamos que la lucha proseguía encarnizadamente entre grupos de navíos aislados.

Como si Dios creyera que nuestras desdichas no eran suficientes, por la noche se desencadenó un violento temporal. Incapaz de maniobrar, nuestro buque se debatía a merced de las olas. Un navío inglés intentó remolcarnos, pero sus esfuerzos fueron inútiles y tuvo que alejarse por temor a un choque.

Encontré a Marcial en uno de los pañosles donde se guardaban los alimentos. Sus heridas no eran graves. Solo

estaba un poco más cojo, después de perder el extremo de su pierna de palo.

—Toma, Gabrielillo —me dijo, metiéndome un puñado de galletas debajo de la camisa—. Barco sin lastre no navega.

Intenté dormir un poco, pero ¿quién podía dormir aquella noche? El movimiento del barco y los lamentos de los heridos impedían todo reposo.

Al amanecer del día siguiente, 22 de octubre, el oficial inglés que custodiaba el barco dio la orden de arrojar al mar los cuerpos de los caídos. A los oficiales se les envolvió en una bandera y se les echó al mar con una bala de cañón a los pies. Los marineros muertos fueron arrojados por la borda con menos ceremonia, pues no había balas ni mortajas suficientes. Eran cuatrocientos, y todos los hombres útiles tuvieron que participar en la operación. Yo también tuve que cooperar. Entonces sucedió algo que me horrorizó. Un cadáver horriblemente desfigurado fue levantado por dos marineros.

—Este ya las ha pagado todas juntas —dijo uno de los presentes—. Ya no volverá a hacer de las suyas.

Sentí una profunda indignación ante aquella falta de respeto, que se convirtió en un sentimiento indefinido, mezcla de pena y de miedo, cuando al observar atentamente las facciones mutiladas de aquel cadáver reconocí en él a mi tío. Cerré los ojos con espanto, y solo los volví a abrir cuando el violento salpicar del agua me indicó que había desaparecido para siempre de mi vista.

Aquel hombre había sido muy malo con mi madre y conmigo, pero en aquel momento no me acordé de sus crueldades. En su rostro ensangrentado reconocí algunos de los rasgos de mi madre, y eso aumentó mi pena. Le pedí a Dios que le perdonara todas sus culpas. Luego supe que, al igual que los demás hombres de leva, se había portado heroicamente durante el combate.

El navío inglés que había intentado remolcarnos se acercó de nuevo, pero tampoco esta vez pudo ayudarnos. Afortunadamente, se había logrado taponar muchas vías de agua. El temporal seguía con la misma fuerza, pero los ingleses confiaban en salvar el barco en cuanto el tiempo se calmara. Tenían mucho interés en ello, pues querían llevar a Gibraltar como trofeo el mayor navío construido hasta entonces.

53

Sin embargo, a pesar del trabajo ininterrumpido en las bombas, al final de aquel día resultó evidente que todos moriríamos si no nos rescataba otro barco, pues el nuestro tenía ya quince pies de agua en la bodega.

Uriarte e Hidalgo aceptaron con serenidad la decisión de trasladarnos a un buque inglés. Para ellos no había gran diferencia entre morir a bordo o ser llevados como prisioneros a suelo enemigo. El transbordo comenzó al anochecer, y no resultó fácil. Había que embarcar en las lanchas a unos trescientos heridos y a quinientos hombres sanos. Nuestros jefes subieron a los botes de los oficiales ingleses. Le dijeron a don Alonso que embarcara con ellos, pero mi amo se negó, diciendo que quería ser

el último en abandonar el *Trinidad*. Esa decisión me inquietó mucho. Yo ya no pensaba más que en salvar mi vida, y permanecer a bordo de un buque que se hundía por momentos no parecía la mejor manera de conseguirlo.

Los botes habían trasladado ya a la mitad de nuestra tripulación a un barco inglés cuando en el *Trinidad* empezaron a resonar gritos de alarma.

—¡A las lanchas, a las lanchas! ¡Nos vamos a pique!

Todos los que seguían en el barco abandonaron las bombas y corrieron a la borda, buscando con ansiedad las lanchas que volvían del buque inglés. Oí los gritos de los heridos a los que aún no se había podido evacuar del interior del navío. Ya nadie pensaba en socorrerlos. Todo el mundo se arrojaba precipitadamente a las lanchas. Solo un hombre, impasible ante el peligro, permanecía en el alcázar sin prestar atención a lo que pasaba a su alrededor. Era mi amo.

Corrí hacia él despavorido.

—¡Señor, que nos ahogamos! —grité.

—Cómo se va a reír Paca cuando vuelva a casa después de esta derrota —dijo mi amo, sin hacerme ningún caso.

—¡Señor, que nos vamos a pique! —volví a gritar, gesticulando con desesperación.

Busqué con la mirada a Marcial, y lo llamé con toda la fuerza de mis pulmones. En ese momento se me nublaron los ojos. No sé lo que pasó. El terror me hizo perder el conocimiento. Parece ser que un marinero cogió a don Alonso entre sus vigorosos brazos, y otro debió de trans-

portarme a mí. Cuando recuperé el sentido, me hallaba en una lancha, recostado sobre las rodillas de mi amo. La lancha estaba llena de gente y Marcial empuñaba el timón.

Vi a nuestra derecha el costado del *Trinidad*, próximo a hundirse. Por los portalones a los que aún no había llegado el agua salía la débil claridad de las lámparas encendidas al anochecer. También salían los lamentos de los desgraciados a los que nadie había podido salvar.

Ni siquiera Marcial sabía adónde nos dirigíamos. La oscuridad era tan densa que perdimos de vista a las demás lanchas, y las luces del navío inglés se desvanecieron en la niebla. El fuerte viento y el intenso oleaje retrasaban nuestro avance, y solo la pericia de nuestro timonel evitó que naufragásemos.

56 Algunos ingleses venían con nosotros en la lancha. Era curioso ver cómo el peligro les hacía confraternizar con los españoles, olvidando que el día anterior se mataban en una lucha sangrienta. Unos y otros remaban con la misma decisión. Yo veía en sus rostros la misma expresión de terror, de esperanza y, sobre todo, de humanidad.

«Esto prueba que todos los hombres somos hermanos», me decía a mí mismo. «Pero en todas las naciones hay hombres malos. Ellos son los que organizan las guerras para su propio beneficio, empujando mediante engaños a los demás a odiar a otras naciones. Eso no puede durar. Dentro de poco, los hombres se convencerán del disparate que suponen las guerras, y llegará un día en que se abrazarán para formar una sola familia».

Así pensaba yo entonces. Después he vivido setenta años, y no he visto llegar ese día.

La lancha avanzaba a duras penas por el mar embravecido. Ninguna luz indicaba la cercanía de algún buque. Por fin divisamos una, y poco después, la mole de un navío que navegaba en dirección contraria a la nuestra. Los remeros bogaron con más fuerza, y con gran esfuerzo logramos acercarnos.

Los marineros reconocieron a uno de nuestros buques, el *Santa Ana*, que también había sido capturado por el enemigo. Los ingleses que lo custodiaban accedieron a prestarnos auxilio, y no tardamos en hallarnos sanos y salvos sobre cubierta.

El casco del *Santa Ana* no se conservaba mal, aunque había perdido las velas y el timón. Era casi imposible manejarlo en medio del temporal, y flotaba a la deriva entre las olas.

57

Los oficiales ingleses que custodiaban aquel barco no eran tan amables como los que se habían ocupado del *Trinidad*. Trataban a los nuestros de malos modos, y eso disgustaba a la tripulación prisionera, especialmente a los marineros. Los ingleses no parecían percatarse de los amenazadores murmullos que se oían en el buque.

Me refugié con mi amo en la cámara, donde pude descansar un poco y comer algo. Estaba ocupado vendándole el brazo a don Alonso cuando sentí que apoyaban una mano en mi hombro. Al volverme me encontré con un joven alto, embozado en un largo capote azul. Tardé unos segundos en reconocerle. Era Rafael Malespina, el novio de Rosita.

Don Alonso le abrazó con mucho cariño. Malespina se sentó a nuestro lado. Estaba herido en una mano. Por un instante, el odio que aquel joven me inspiraba oscureció mi alma y me hizo sentir cierta pena de verle a salvo. Pero enseguida desterré aquel mezquino sentimiento de mi corazón, y me alegré sinceramente de que hubiera sobrevivido a la sangrienta lucha.

Malespina había sido trasladado al *Santa Ana* desde el *Nepomuceno*, que también había sido capturado. Mi amo le preguntó qué le había pasado a aquel navío, comandado por el valiente Churruca.

58 —Desde que salimos de Cádiz —dijo Malespina—, Churruca presentía el desastre. Cuando avistamos a los ingleses y Villeneuve hizo virar en redondo a nuestra escuadra, desbaratando el orden de combate, Churruca le dijo a su segundo que ya consideraba perdida la batalla. El *Nepomuceno* quedó al extremo de la línea, y llegó a batirse contra seis buques a la vez. El propio Churruca, apuntando una pieza, logró desarbolar un barco enemigo. Pero una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha. «No es nada», nos dijo; «que siga el fuego». Lo trasladamos a la cámara. Dio las gracias a toda la tripulación por su heroico comportamiento y, tras pronunciar varias veces el nombre de su joven esposa, expiró. El *Nepomuceno* se rindió poco después. Los oficiales ingleses que subieron a bordo mostraron una gran pena ante el cadáver de nuestro comandante, al que conocían por su valor y su inteligencia, y mandaron formar a sus

soldados y marineros junto a los nuestros para rendirle el último homenaje.

Todos los que nos hallábamos en la cámara escuchamos con atención el relato de Malespina. Aquella noche apenas pude conciliar el sueño. No podía apartar de mi memoria la imagen de Churruca, tal y como le había visto en casa de doña Flora, ni el recuerdo de la intensa tristeza que vi reflejarse aquel día en su rostro, como si presintiera su doloroso y cercano fin.

No me quedé dormido hasta el amanecer del día siguiente. Tuve un sueño intranquilo, en el que oía el estruendo de los cañones, las voces de la batalla y el ruido de las agitadas olas. Soñaba que yo mismo disparaba las piezas, subía a la arboladura y dirigía la maniobra desde el alcázar de popa, como un almirante. Unos mil navíos, todos mayores que el *Trinidad*, se movían bajo mi mando como los barcos de juguete con los que mis amigos y yo nos divertíamos en los charcos de la Caleta.

Cuando volví a abrir los ojos, seguía oyendo cañonazos y gritos de combate. Me incorporé en el lecho, escuché con atención y oí claramente cómo alguien gritaba: «¡Viva el rey!». No había duda, el *Santa Ana* se estaba batiendo de nuevo.

Salí a cubierta. El tiempo se había calmado. Dos navíos ingleses hacían fuego sobre el *Santa Ana*, que se defendía con la ayuda de tres buques españoles. Miré a popa, y vi nuestra bandera ondeando en lugar de la inglesa. Comprendí que el oficial que dirigía el combate desde el alcázar

de popa era Álava, el comandante del *Santa Ana*. Al percatarse de que algunos de los navíos que habían logrado refugiarse en Cádiz volvían a salir para rescatar a los barcos capturados, había recuperado el control del buque, después de hacer prisioneros a los ingleses que lo custodiaban.

Busqué a mi amo y lo encontré bajo cubierta, ayudando a disparar un cañón. Don Alonso se volvió hacia mí y me dijo, tembloroso de alegría:

—¡Ahora Paca no se reirá de mí! ¡Entraremos victoriosos en Cádiz!

La llegada de tres navíos franceses que se unieron a los españoles obligó a los ingleses a retirarse. Los nuestros siguieron adelante para perseguirlos y rescatar a otros buques. Solo se quedó con nosotros una fragata francesa que nos lanzó un cable y empezó a remolcarnos hacia Cádiz, de la que únicamente nos separaban cinco leguas.

En ese momento, cuando ya creíamos que nuestras penas habían concluido, volvió a arreciar el temporal. La fragata que nos remolcaba apenas podía tirar de un barco tan pesado en aquel mar cada vez más embravecido. La tempestad nos alejaba de la seguridad de la bahía.

Para hacer las cosas aún más tristes, descubrimos que el joven Malespina había sufrido una grave herida durante el último combate. Tras examinarlo, el cirujano dijo que no parecía mortal, aunque tanto su vida como la de los demás heridos, entre los que se encontraba nuestro amigo Marcial, correrían gran peligro si no llegábamos a Cádiz aquella misma noche.

Desde la fragata francesa nos advirtieron de la imposibilidad de remolcarnos a puerto. Entre tanto, el temporal obligó a regresar a los buques que habían intentado dar caza a los ingleses. Uno de ellos, el *Rayo*, se puso a nuestro lado. Como este navío, que apenas había sufrido daños durante la batalla, tendría menos dificultades para llegar a Cádiz, se acordó trasladar a él a los oficiales heridos del *Santa Ana*. Don Alonso consiguió que Marcial fuera trasladado con ellos. Mi amo me encargó que lo acompañara, y que cuidara también de Rafael Malespina.

—Yo no iré con vosotros —añadió—. La suerte me ha traído a este buque, y me quedaré en él hasta que Dios decida si nos salvamos o no. Dile a Paca que estoy muy contento de haber venido, y que mis compañeros me habrían echado de menos si me hubiera quedado allí. Dile también que mi presencia ha sido muy útil, y que he tenido un importante papel en el rescate del *Santa Ana*. Todavía es posible, si el viento nos es favorable, que mañana haga algo más. Estoy meditando cierto plan... pero vete ya, Gabrielillo, y cuidado con lo que le dices a Paca.

Intenté convencer a mi amo de que también él debía pasar al *Rayo*, pero no quiso escucharme. Se sentó en un rincón de la cámara y se puso a rezar, pasando las cuentas de su rosario con disimulo, pues no quería que los demás le vieran. Salí de la cámara. Los marineros más fuertes estaban bajando a los heridos a una de las lanchas. Bajé yo también y me senté junto a Marcial y Malespina.

El oleaje hizo muy difícil la travesía de un navío al otro, pero al final logramos llegar al costado del *Rayo*.

—Hemos salido de Guatemala para entrar en Guatepeor —dijo Marcial cuando le pusieron sobre cubierta—. A este barco le llamaron *Rayo* para reírse de él. Dicen que entrará en Cádiz antes de medianoche, y yo digo que no entra.

—¿Por qué dice usted eso, Marcial? —le pregunté—. Don Alonso y los oficiales del *Santa Ana* aseguran que llegaremos esta noche.

62

—¿Es que no sabes, sardinilla, que los oficiales se equivocan más fácilmente que los marineros? Ya ves lo que ha pasado con Monsieur Corneta, el jefe de toda la escuadra. Este navío es más pesado que el plomo, y además, traicionero. Si se le intenta llevar hacia un lado, se va para el contrario. Parece que está cojo, tuerto y manco, como yo.

Yo no me atrevía a poner en duda la opinión de Marcial, pero me parecía que el *Rayo*, que se hallaba en buen estado, corría mucho menos peligro que el *Santa Ana*, sin velas, sin timón y obligado a navegar a remolque de una fragata que apenas podía tirar de él.

Pusieron a Marcial en el sollado y a Malespina en la cámara, con los demás oficiales heridos. Cuando le dejamos allí, oí una voz que me resultó familiar. Se alzaba de un

grupo de oficiales dominando las demás. Me quedé muy sorprendido al reconocer a don José María Malespina. Como de costumbre, estaba contando una sarta de mentiras increíbles. Corrí a avisarle de que su hijo se encontraba allí.

El viejo Malespina se alegró mucho al hallar a su hijo con vida. Cuando el *Rayo* volvió a salir de Cádiz para acudir al rescate de los navíos, había embarcado en él con el propósito de averiguar el paradero de su hijo.

—Esto que tienes es un simple rasguño —le decía, abrazándolo—. Tú no estás acostumbrado a las heridas. ¡Si hubieras estado en la guerra contra los franceses, habrías visto lo que es bueno! Ya sabes que una bala me entró por el antebrazo, subió hacia el hombro, dio la vuelta por toda la espalda y acabó saliéndome por la cintura. ¡Esa sí que era una herida! Y sin embargo, a los tres días ya estaba sano, al frente de la artillería.

Los oficiales que le rodeaban le miraban con expresión burlona. Debían de haber estado divirtiéndose todo el día con los embustes de aquel caballero.

—Es preciso inventar algo que nos devuelva todo lo perdido y asegure para siempre la victoria a nuestra Marina —añadió el viejo Malespina, volviéndose hacia los oficiales—. Afortunadamente, llevo en mi cabeza un proyecto grandioso que evitará que vuelvan a ocurrir desastres como este.

—A ver, don José María —le animó un oficial—, explíquenos cuál es su invento.

—Sepan, caballeros, que ahora me ocupo del modo de construir barcos de hierro.

—¡De hierro! —exclamaron los oyentes, sin poder contener la risa.

—Sí, de hierro. ¿Acaso no conocen la ciencia de la hidrostática? Con arreglo a ella, yo construiría un barco de hierro de siete mil toneladas. Además, lo forraría con gruesas planchas de acero, para protegerlo de los proyectiles enemigos.

—¡Pero si el *Trinidad* tenía cuatro mil, y era el barco más grande del mundo! —exclamó un oficial—. Para que el viento pudiera impulsar una mole como la que usted dice, serían necesarias unas velas tan colosales que resultaría imposible manejarlas.

—¿Y quién le dice a usted que se movería por medio del viento? Para impulsar el buque de mi invención yo utilizaría el vapor del agua. Para ello se construiría una máquina en la que el vapor, comprimido y dilatado alternativamente dentro de dos cilindros, pondría en movimiento unas ruedas que...

Los oficiales no quisieron seguir escuchando, y con la excusa de que el temporal arreciaba, dejaron solo a aquel buen señor. Yo también me fui de allí. Muchos años después, cuando se empezó a aplicar el vapor a la navegación y se construyeron los primeros buques blindados, me acordé de los estrafalarios proyectos del mentiroso de Trafalgar. Desde entonces no soy capaz de reírme de ninguna utopía, convencido de que el paso del tiempo puede

convertir las extravagancias ideadas por un loco o un soñador en maravillosas realidades.

En cuanto puse los pies fuera de la cámara, me di cuenta de la difícil situación en que se encontraba el *Rayo*. El viento y el mar no solo le impedían entrar en Cádiz, sino que lo arrastraban con furia hacia el norte. No tardamos en rebasar la bahía. A nuestra derecha iban quedando Rota, Punta Candor y Chipiona.

Las velas se habían arriado en cuanto resultó evidente que el barco podía irse a pique. Luego se bajaron los masteleros, y finalmente, se echaron abajo los grandes mástiles para evitar que el navío volcase. De todos modos, ya nada podía impedir la pérdida del buque. Nadie dudaba de que el *Rayo* se estrellaría cerca de la desembocadura del Guadalquivir.

65

Después de unas horas de terrible angustia, el buque encalló en un banco de arena. Cabeceó de uno y otro costado, hundió la popa y, tras un espantoso crujido, quedó inmovilizado. Todo había terminado. Para salvar nuestras vidas debíamos atravesar el espacio de mar que nos separaba de la costa. Era imposible hacerlo en los frágiles botes del *Rayo*, pues el oleaje los destrozaría. Disparamos dos cañonazos, confiando en que alguien los oyera y viniera en nuestro auxilio. El fondo del buque se había abierto al encallar, y la estructura no aguantaría mucho tiempo.

Dios quiso que una balandra que había salido de Chipiona oyera los cañonazos y acudiera a rescatarnos. Estaba anocheciendo. El transbordo de los heridos a las

lanchas se organizó enseguida. Rafael Malespina fue uno de los primeros en bajar, acompañado de su padre. Mientras ellos embarcaban, fui a buscar a Marcial. Yacía sobre cubierta. Su rostro mostraba tal expresión de abatimiento que me dio miedo.

—Gabrielillo, no me abandones —me dijo al verme.

—¡A tierra, Marcial! —exclamé yo—. ¡Vamos todos a tierra! Él sacudió la cabeza con tristeza.

—No puedo —dijo.

Traté de ayudarlo a levantarse, pero después del primer esfuerzo se dejó caer otra vez.

—Gabriel, no me abandones —volvió a decirme.

66 No había tiempo que perder. Casi toda la popa se había hundido, y los estallidos de las maderas medio podridas anunciaban que aquella mole dejaría de ser un barco en cualquier momento. Me dirigí a algunos marineros que corrían hacia las lanchas, rogándoles que cargaran a Marcial, pero no me hicieron caso. Bastante tenían con intentar salvarse ellos mismos.

Una vez más, traté de levantarlo yo solo, pero mis escasas fuerzas apenas lograron alzar sus brazos del suelo.

—Déjalo —me dijo Marcial—. Lo mismo da a bordo que en tierra. Márchate tú, chiquillo. Corre, que te dejan aquí.

Yo no sabía qué hacer. Si me quedaba allí, moriría sin remedio. Pero tampoco podía dejar solo al viejo marinero.

Di unos pasos hacia la borda. Retrocedí para abrazar

al pobre viejo, y luego corrí hacia el punto donde esperaban las lanchas.

Ya no había ninguna al costado del *Rayo*. La lancha más cercana desaparecía en aquel momento en medio de la oscuridad de la noche. Tampoco se veía la balandra. Bajo mis pies, el casco del *Rayo* se quebraba en pedazos.

—¡Me han dejado! —grité—. ¡Nos han abandonado!

Apoyándose en una mano, el viejo marinero se incorporó con mucho trabajo y recorrió con la mirada el espacio que nos rodeaba.

—No se ve nada —dijo—. Ni lanchas, ni luces, ni tierra. No volverán.

Acababa de decir aquello cuando un terrible chasquido resonó bajo nuestros pies. Los últimos restos del *Rayo* iban a ser tragados por las olas.

—Ya no hay esperanza, Gabrielillo —dijo Marcial—. Puesto que Dios así lo quiere, los dos moriremos aquí. A mí no me importa; soy un viejo y ya no sirvo para nada. Pero tú... Abrázate a mí, Gabrielillo, y no tengas miedo. Ya verás cómo dentro de un rato estás danzando por el Cielo, que está alfombrado de estrellas. Allí la felicidad no se acaba nunca, porque es eterna y sigue mañana, y al día siguiente, y al otro...

No pudo seguir hablando. Me agarré con fuerza a *Medio-hombre*. Un violento golpe de mar sacudió la popa. Sentí que el agua me azotaba la espalda. Cerré los ojos, pensé en Dios, y en ese instante perdí el sentido.

Cuando recuperé la conciencia, estaba tendido en la arena de una playa, temblando de frío. Había varios hombres a mi alrededor, observándome. Reconocí a algunos marineros del *Rayo*. Ellos me contaron lo que había sucedido.

Una segunda balandra se había acercado a reconocer los restos del *Rayo*. Me encontraron inconsciente junto a Marcial y me rescataron. Mi amigo ya estaba muerto cuando llegaron.

68

Les pregunté a los marineros por el joven Malespina y su padre, pero no supieron decirme qué les había sucedido. Al parecer, alguna gente se había ahogado durante la travesía desde el barco a la balandra y luego hasta la costa. Me informaron de que el *Santa Ana* había logrado llegar felizmente a Cádiz. Esa noticia me decidió a ponerme inmediatamente en camino para reunirme con mi amo.

Hice el viaje hasta Cádiz a pie, en compañía de un marinero. Por el camino nos contamos nuestras respectivas experiencias. Estaba relatándole mi traslado a bordo del *Rayo* con el joven Malespina cuando el marinero me interrumpió.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Es un joven oficial de artillería que fue luego transportado de ese barco a la balandra?

—El mismo —respondí—. Nadie ha sabido decirme dónde se encuentra.

—Pues fue uno de los que perecieron en la segunda lancha, que no llegó a tierra. Todos los heridos se ahogaron. De los sanos, solo se salvaron algunos, entre ellos el padre del oficial. Yo mismo le oí contar a ese caballero, con una angustia que partía el corazón, cómo había tenido que elegir entre salvar la vida de su hijo y la de los demás. Escogió esto último para salvar más vidas.

Pensé en el dolor que Rosita experimentaría al enterarse, y todo el rencor que yo había sentido contra el desdichado Malespina se borró de mi alma. Por un momento estuve a punto de no volver a Cádiz, para no tener que llevar tan malas noticias. Pero tenía que ir. Era algo que le debía a don Alonso.

Por fin llegamos a Cádiz. La ciudad estaba alborotada con las noticias del desastre. Allí pude conocer su verdadera magnitud. De nuestros quince navíos, siete se habían ido a pique durante la batalla o a causa de la tempestad, y tres más quedaron en poder de los ingleses. Nuestros aliados también sufrieron grandes pérdidas, pero no pagaron tan caras las consecuencias de la derrota. La víspera de la batalla de Trafalgar, los ejércitos franceses obtuvieron en Ulm un gran triunfo sobre los austriacos, y dos meses después, Napoleón ganó en Austerlitz la mayor de sus victorias. Cuando le comunicaron el triunfo de sus enemigos en Trafalgar, el emperador se limitó a encogerse de hombros, diciendo: «Yo no puedo estar en todas partes».

Traté de retrasar el momento de presentarme ante mi amo, pero al fin el hambre y la falta de techo me obligaron a ir. Mi corazón latía con fuerza al aproximarme a la casa de doña Flora. La pena que iba a causar anunciando el triste final del joven Malespina pesaba sobre mi alma tanto como si yo fuera el responsable de su muerte.

Llegué a la casa y entré en el patio. Sentí fuertes pasos en la galería, y aún no había tenido tiempo de decir una palabra cuando me vi estrechado con fuerza entre los brazos de doña Flora, la prima de mi amo. Subí las escaleras.

—¡Ahí está! —le oí exclamar a don Alonso antes de entrar en la sala—. ¡Gracias a Dios!

70

Doña Francisca vino a mi encuentro.

—¿Y don Rafael? —me preguntó con ansiedad—. ¿Dónde está?

Yo no tenía valor para darles la fatal noticia. En ese momento, Rosita salió de una habitación contigua, mostrando en su rostro la angustia que la dominaba. Al verla, me eché a llorar. No fue necesario que yo pronunciara ninguna palabra. Rosita lanzó un grito terrible y se desmayó. Don Alonso y su esposa corrieron a atenderla.

Durante un cuarto de hora no se oyeron más que llantos y sollozos, porque también estaba allí la familia Malespina. Pasados esos quince minutos, sucedió algo inimaginable. En el patio se oyó una voz ruidosa y chillona. Era la de don José María Malespina, que, tan alegre como de costumbre, llamaba a su mujer, a mi amo

y a los demás. Su alegría me pareció indecente después de la desgracia ocurrida.

Corrimos a su encuentro, y lo encontramos muy contento.

—Pero ¿don Rafael....? —preguntó mi amo con asombro.

—Sano y salvo —contestó don José María—. Bueno, sano no, pero sí fuera de peligro. El bruto del cirujano opinaba que se moría, pero ya sabía yo que no sería así. Lo he curado yo mismo, mediante un procedimiento que solo yo conozco.

Sus palabras dejaron atónitos a mis amos. Después, una viva alegría reemplazó a la tristeza anterior. Luego se acordaron de mí y me riñeron con severidad por el gran susto que les había dado. Yo me disculpé alegando que no había hecho más que decirles lo que me habían contado. Don José María se enfureció y me llamó embustero.

Más tarde supe que don José María, llevado por su incontenible pasión por fabular, se había inventado la historia de la muerte de Rafael y de su propio sacrificio al elegir la salvación de los demás antes que la de su hijo. Aunque yo sabía que el viejo Malespina era un consumado embustero, jamás habría pensado que pudiera llevar tan lejos sus mentiras.

Rosita se casó con Rafael Malespina dos meses después de la batalla de Trafalgar. El mismo día de la boda, los recién casados partieron para Medina Sidonia. Doña Francisca me ordenó que fuera yo también allí para ponerme a su servicio. Hice el viaje de noche. Por el camino

fui luchando con mis sentimientos, que oscilaban entre aceptar aquel puesto o rechazarlo para siempre.

Llegué a la casa a la mañana siguiente, entré en el jardín, puse el pie en el primer escalón de la puerta y me detuve allí, pensativo. Creo que permanecí en aquella actitud más de media hora.

Un profundo silencio reinaba en la casa. Sin duda, los dos esposos dormían el primer sueño de su amor, sin que ninguna pena les turbara. Todo lo que veía parecía expresar esa felicidad, y era, al mismo tiempo, como un insulto a mi soledad.

El sonido de una alegre voz interrumpió mis meditaciones e hizo que mi alma se estremeciera. Era la voz de Rosita. Al oírla experimenté una sensación indefinible, no sé si de miedo o de vergüenza. Salí corriendo del jardín, como un ladrón que teme ser descubierto.

Abandoné Medina Sidonia, decidido a no servir ni allí ni en la casa de Vejer. Me dirigí a Cádiz, y de allí me fui a Madrid. Muchas cosas me han ocurrido desde entonces. El mismo destino que me llevó a Trafalgar me condujo después a otros escenarios, gloriosos o funestos, pero todos ellos dignos de ser recordados. Seguid leyendo, y sabréis lo que me sucedió en ellos.



EL 2 DE MAYO

1

75

Sin amigos ni parientes, pero lleno de ganas de vivir, llegué a Madrid una fría tarde de noviembre de 1805.

Yo no conocía otro oficio que el de servir, así que puse un anuncio en el *Diario* de la capital ofreciéndome como criado. La Providencia, que por lo visto no quería abandonarme, acudió una vez más en mi ayuda, y a los tres días una actriz del teatro del Príncipe llamada Pepita González me tomó a su servicio.

El trabajo no era escaso, pero sí divertido, y muy apropiado para adquirir en poco tiempo un amplio conocimiento del mundo. Entre mis deberes estaba ayudar al peinado de mi ama, ir a comprarle cosméticos y telas, pasearme por la plazuela de Santa Ana fingiendo que miraba las tiendas pero prestando disimulada atención a lo

que se decía en los corrillos formados por cómicos del teatro de la Cruz, rivales de los del Príncipe; ayudar a mi ama en el estudio de sus papeles y acompañarla al teatro; representar en ocasiones algún papel insignificante, como el de paje que entra con una carta y dice simplemente: «Tomad», y otras mil tareas que no cito para no aburriros.

Todas la ropas de mi ama, tanto las de teatro como las de calle, las confeccionaba doña Justa, una costurera de la calle de Cañizares. Doña Justa tenía una hija de quince años llamada Inés, que la ayudaba en sus tareas, pues la buena mujer estaba enferma de tanto trabajar.

76 Jamás he conocido a nadie como Inés. Todo en ella, hasta su belleza, era pura sencillez. Tenía un don muy especial, el de poner todas las cosas en su verdadero lugar. Jamás decía nada que no fuera la más clara expresión de la verdad. Poseía un sentido innato de la equidad y la moderación del que yo carecía. Amé a Inés desde que la conocí, y lo que aprendí de ella contribuyó decisivamente a formar mi carácter.

Inés vivía con su madre y con su tío, don Celestino del Malvar, un sacerdote de una bondad y una candidez inagotables. Aunque don Celestino era un hombre muy culto, jamás pudo conseguir una colocación. Se pasaba la vida escribiendo al ministro Godoy, de quien era paisano y había sido, en la niñez, amigo, pero ni Godoy ni nadie le hacían caso.

Siempre que mi ama me mandaba a casa de doña Justa, me detenía allí todo el tiempo posible, y también

acudía en mis ratos de ocio, gozando al contemplar la tranquila existencia de aquella familia. Nuestras conversaciones eran siempre entretenidas. Yo les hacía reír dándoles a conocer los locos proyectos que imaginaba para mi futuro.

—Comprenderás que un muchacho como yo no debe contentarse con servir a cómicos toda su vida —le dije a Inés un día en que nos habían dejado solos—. A ver, de todo lo que yo puedo ser, ¿qué te gustaría más? ¿Capitán general, primer ministro como Godoy, obispo? No, obispo no, porque no podría casarme contigo.

Inés se echó a reír como quien oye un cuento absurdo.

—Ríete de mí, pero contesta, ¿qué te gustaría más?

—Lo que yo quiero —respondió Inés, dejando la cos-
tura— es verte general, primer ministro, gran duque o em-
perador, pero de tal modo que, cuando te acuestes por la
noche, puedas decir: «Hoy no he hecho mal a nadie ni na-
die ha muerto por mi causa».

—¡Qué escrupulosa eres, Inés! Si te hiciera caso, mi vida se encerraría entre cuatro paredes. Yo voy a lo mío, y los demás, que se arreglen como puedan. Ya veo que tú no te entusiasmas como yo. ¿Quieres que sea sincero contigo? Estoy convencido de que algún día tendré una alta posición. No sé cómo llegaré a ella. Quizá una dama poderosa o un gran señor me harán su secretario. Mira si no a Godoy, un simple guardia de corps sin más ciencia que la de tocar la guitarra, convertido en duque, príncipe y jefe del Ejército.

Sin dejar de reírse, Inés volvió a coger la aguja.

—Deberías saber —me dijo— que si algún día llegas a ser un hombre ilustre y poderoso no por tus propios méritos, sino porque a una señora caprichosa o a un vejete rico se le ocurra protegerte, volverás a caer con la misma facilidad con que hayas subido, y todo el mundo se reirá de ti.

En aquel tiempo se oía hablar a todas horas de personas sin méritos ni valía elevadas a una alta posición por sus amistades cortesanas, y yo había llegado a creer que también a mí la Providencia me reservaba un repentino ascenso. Pero a pesar de mi petulancia, comprendí que las palabras de mi amiga encerraban un profundo sentido.

—Lo único que sé —le dije— es que te quiero, que te amo y que te adoro, y que no haré ninguna cosa sin consultarte.

Me despedí de ella y volví a casa de mi ama.

Mi ama era íntima amiga de algunas importantes señoras de la Corte. Ha llegado el momento de hablar de una de ellas, cuyo título nobiliario, uno de los más ilustres de España, no voy a revelar por temor a que la familia que todavía lo lleva pueda enojarse. Para referirme a ella, recurriré al nombre ficticio de Amaranta.

La condesa de... quiero decir, Amaranta, tenía unos treinta años, y era andaluza. Su belleza causaba en quien la contemplaba un sentimiento extraño, parecido a la tristeza. Era alta, de tez pálida, de ojos y cabellos negros... Todo lo que pudiera salir de mi pluma sería poco para describirla.

79

Amaranta era una persona muy metida en los enredos de la Corte, y gozaba de la confianza de la reina. Debo decir, por si no lo sabéis, que aquel era un tiempo de gran confusión. Aparentemente, el rey Carlos IV gobernaba la nación, pero quien verdaderamente manejaba el timón era el ministro Manuel Godoy. Godoy debía todo su poder a la protección de la reina María Luisa. El pueblo le odiaba, suponiéndole peor de lo que era. En cambio, todos amaban al príncipe de Asturias, don Fernando, atribuyéndole cualidades que, desgraciadamente, nunca tuvo.

Para enredar todavía más las cosas, veinte mil soldados franceses estaban cruzando España camino de Portugal. Se hablaba de un acuerdo secreto entre Napoleón y Godoy para repartirse el país vecino, aunque mucha gente, dejándose llevar por sus deseos, creía que aquellas tropas habían entrado en España para quitar a los reyes y a Godoy y poner en el trono a don Fernando.

Una noche, Amaranta, su tío —un viejo marqués que había desempeñado cargos diplomáticos en diversas cortes europeas— y una duquesa amiga suya fueron a cenar a casa de mi ama. Yo servía la mesa. No sé en qué momento, me di cuenta de que aquella hermosa mujer, que hasta entonces nunca había reparado en mí, me miraba con atención.

80

Al sentir aquellos ojos, los más perfectos que jamás haya visto, clavados en mi rostro, la fuente se me escapó de las manos, cayó al suelo y se rompió. Volví a la cocina y me miré en un espejillo roto que allí había, preguntándome a mí mismo si tenía algo en la cara.

Cada vez que regresaba a la sala, Amaranta volvía a clavar-me los ojos. Por fin, en cierta ocasión en que yo recogía los platos vacíos que tenía delante, me dirigió la palabra, aprovechando que los demás discutían acaloradamente sobre la situación política.

—¿Estás contento con Pepita? —me preguntó.

Sin atreverme a mirarla, contesté:

—Sí, señora.

—¿Y no te gustaría cambiar de ama? Pareces un muchacho de valía.

—Según con quien fuera —respondí.

Cuando concluyó la cena, acompañé, como de costumbre, a los invitados, precediéndolos con un farol. Disimuladamente, Amaranta se acercó a mí y me susurró una dirección al oído.

—Ven a verme mañana —me dijo—. Tengo que hablarte.

Volví a casa con el corazón agitado. No me cabía ninguna duda de que le había caído en gracia a aquella maravillosa mujer. ¡Qué digo, en gracia! Por su forma de mirarme, estaba claro que Amaranta me amaba. No me parecía extraño, pues algunas personas me habían dicho que yo no estaba de mal ver.

«Quién sabe, Gabriel», me decía a mí mismo aquella noche al acostarme, «si dentro de pocos años no te encuentras hecho duque, conde o almirante. ¿No oyes decir todos los días que Godoy era antes un pelanas y ahora es todo cuanto puede ser un hombre? ¿Y todo por qué? Por el favor de una alta dama. ¿Y por qué lo que le ha sucedido a él no puede sucederme a mí? ¡Oh, divina Amaranta! ¿Qué haré para merecerte? ¡Cómo se alegraría la pobre Inés si me viera desempeñando un alto cargo! Inés es tan buena que la amaré siempre. Pero debo amar a Amaranta... Mas ¿cómo voy a dejar de amar a Inés? Pero tengo que amar a Amaranta sobre todas las cosas. Pero Inés... Amaranta...».

Al día siguiente, después de cumplir mis obligaciones en casa de la González, me dispuse a acudir a mi cita con Amaranta. Aunque mis ropas eran modestas, me vestí y me peiné con el mayor esmero. Cuando me miré en mi espejillo, me comporté, por primera vez en mi vida, como un presumido. Después, recordándolo, a menudo he sentido ganas de abofetearme.

82 Por el camino encontré a mi amigo Pacorro Chinitas, el afilador, que tenía establecida su industria portátil en la esquina de nuestra calle. Pacorro aparentaba más edad de la que de verdad tenía, a causa de los disgustos que le daba su mujer, una famosa buñolera del Rastro a quien apodaban la Primorosa. Era esta una hembra desvergonzada y pendenciera. Se decía que era capaz de partir un par de mandíbulas de un bofetón. Pacorro, por el contrario, era un hombre pacífico, dotado de un gran sentido común. Yo valoraba mucho su opinión.

—¡Hola, Chinitas! —le dije al verle—. ¿Cómo te va? Dicen que ya tenemos a los franceses en España.

—Eso dicen —contestó—. Y la gente se alegra de ello.

—Parece que van a apoderarse de Portugal. ¿Y qué nos importa a nosotros Portugal?

—Mira, Gabrielillo —dijo Chinitas, apartando unas



tijeras de la piedra de afilar—, tú y yo podemos ser unos brutos que no entienden nada de cosas importantes. Pero te diré que, en mi opinión, toda esa gente que se alegra porque han entrado los franceses va a ver muy pronto cómo la criada les sale respondona. Si los franceses se apoderan hoy de Portugal, mañana se apoderarán de España.

—La gente se alegra porque cree que Napoleón viene a quitar a Godoy y a poner en el trono al príncipe de Asturias.

—Mira, chiquillo —respondió mi amigo, aplicando otra vez las tijeras a la piedra y haciendo girar la rueda con un movimiento del pie—, yo me río de todas esas cosas que cuentan por ahí. Es verdad que Godoy es un hombre ambicioso, que solo piensa en enriquecerse. Pero si ha llegado a ser duque, príncipe y ministro, ¿de quién es la culpa sino de quienes le han permitido llegar hasta ahí sin merecerlo? Y te diré algo más, pero que no nos oiga nadie. Pienso que el príncipe de Asturias no vale para maldita la cosa, y que tiene muchas ganas de ser rey antes de que muera su padre. Cuando Napoleón, que ha conquistado Europa, vea que los reyes y los príncipes andan a la greña, ¿no tendrá ganas de echarle la zarpa a España? Gabrielillo, aquí vamos a ver cosas muy gordas. Debemos estar preparados, porque de nuestros reyes nada podemos esperar, y todo lo tendremos que hacer nosotros.

Me separé de Chinitas sin saber muy bien qué pensar. En mi ignorancia, no podía hacerme una idea exacta de lo que estaba sucediendo. No me parecía mal que un con-

quistador como Napoleón, al que admiraba, se apoderase de un pequeño reino como Portugal. En cuanto a Godoy, no había duda de que la mayoría de los españoles deseaba su caída, unos por envidia, otros porque lo consideraban un inepto, y muchos porque estaban convencidos de que nos iría mucho mejor cuando nos gobernara el heredero de la corona.

Es curioso que todos se equivocaran respecto al curso posterior de los acontecimientos, menos mi amigo el afilador. Hoy, después de mucho meditar sobre las cosas de entonces, puedo decir que el hombre de más talento que conocí en aquellos días fue Pacorro Chinitas.

En octubre de 1807 dejé a Pepita González y entré al servicio de Amaranta. Relatar detalladamente todo lo que me sucedió mientras estuve a su lado me apartaría demasiado del propósito de esta narración, así que intentaré contar lo esencial con pocas palabras.

Como sin duda habréis supuesto, Amaranta no estaba, ni mucho menos, enamorada de mí, aunque es cierto que aquella bella dama había reparado en algunas de mis cualidades. De entre todas, la que más le atraía era mi capacidad de observación. Mi nueva ama deseaba que yo pusiera esa capacidad a su servicio. Pronto descubrí que Amaranta no buscaba en mí un criado, sino un espía.

—Para medrar en los palacios —me dijo un día en El Escorial, adonde nos habíamos trasladado para estar cerca de los reyes— no hay otro camino que el que te propongo. Es indudable que te pintas solo para observar y dar cuenta de cuanto ves. El espionaje agudizará tu ingenio y te ayudará a convertirte en un hombre respetable y poderoso.

Las palabras de mi ama me dejaron aturdido. Intenté explicarle que, aunque era cierto que yo tenía algunas ambiciones, deseaba labrar mi fortuna por medios nobles y decentes. Amaranta se rio de mí.

—Cuando lleves dos semanas a mi servicio, tus escrúpulos se disiparán y te darás cuenta de las ventajas de vivir aquí. Pronto serás un hombre de influencia. Es más, ¿quieres que te demuestre cómo, sin quererlo, ya empiezas a serlo? ¿Hay alguien a quien desees favorecer? Dime su nombre, y obtendrá mi recomendación.

Le dije que el tío de Inés llevaba catorce años solicitando en vano a Godoy un nombramiento, y ella apuntó el nombre de don Celestino en un papel. Mientras lo escribía, yo la miraba, y sentía que su propia hermosura, que empezaba a parecerme terrible, me empujaba a apartarme de ella. Amaranta me había deslumbrado como una luz brillante; quise acercarme a ella, y me quemé. Esa era mi sensación en aquel momento, la de una quemadura en el alma.

87

Nuestra estancia en El Escorial coincidió con la conspiración urdida por el príncipe de Asturias y sus partidarios para arrebatarles la corona a sus padres. Descubierta la conjura, el propio don Fernando, en uno de aquellos actos de vileza a los que los españoles tendríamos que acostumbrarnos en el futuro, denunció a sus cómplices, a los que culpó de la conspiración. Amaranta, partidaria de los reyes, deseaba que yo espicara a algunas cortesanas rivales para obtener pruebas de su implicación en aquella conjura.

Al día siguiente me levanté de muy mal humor. Fui a pasear por los claustros del monasterio, y mientras le daba vueltas en la cabeza a mi situación, me vinieron mil pensamientos. Recordé todo lo que me había dicho Amaranta, y comparando sus ideas con las mías, no pude menos que

sentirme orgulloso de mí mismo. Os lo explicaré, para que no me consideréis un engreído. Recordaréis que en medio del desastre de Trafalgar comprendí por primera vez con claridad la idea de la patria. Pues bien, en El Escorial, en medio de la desastrosa catástrofe de mis ridículas ilusiones, hice una nueva conquista de un inmenso valor, la idea del honor.

«Yo soy un hombre de honor», me dije a mí mismo, «y siento una repugnancia invencible ante cualquier acción que me deshonne a mis propios ojos. Claro que quiero llegar a ser una persona de provecho, pero de tal modo que mis acciones me enaltezcan ante los demás y al mismo tiempo ante mí, porque de nada vale que mil tontos me aplaudan si yo mismo me desprecio».

88

Lo más curioso era que, mientras pensaba tales cosas, el recuerdo de Inés daba vueltas en mi cabeza, como esas mariposas que se nos aparecen a veces en días tristes para traernos, según cree la gente, alguna buena noticia.

En aquel momento decidí dejar a mi ama y abandonar El Escorial.

Al atravesar una sala, oí ruido de pasos a mis espaldas. Temiendo que se tratara de Amaranta, corrí a ocultarme tras un tapiz. Desde allí pude reconocer a la duquesa que había estado cenando con Amaranta en casa de la actriz. La acompañaba otra mujer a la que yo no conocía.

Las dos se detuvieron muy cerca del tapiz, tanto que, a pesar de que hablaban en voz muy baja, pude oír parte de su conversación.

—Estoy segura de que no se meterán conmigo —decía la duquesa—. Conozco demasiados secretos como para que se atrevan a algo así. Y no solo estoy al tanto de los que conciernen a Godoy. ¿Sabes que, por una afortunada coincidencia, descubrí el gran secreto de juventud de nuestra amiga Amaranta? Me lo reveló una mujer que vive a orillas del Manzanares, junto a la casa de Goya, el pintor. Antes de su matrimonio con el conde, Amaranta tuvo un amor oculto y desgraciado con un joven de familia noble. De ese amor nació una criatura. No sé si vive todavía.

—Nunca me habías hablado de eso —dijo la otra dama.

—Los padres de Amaranta se las arreglaron para ocultar su deshonra, y el joven amante huyó a Francia. Al parecer, murió allí durante las guerras anteriores a la llegada de Napoleón. Ya lo ves, querida, poseo un buen escudo para defenderme de las asechanzas de mi amiga.

Las dos damas se alejaron. Yo me sentí asqueado, no porque me importasen los pecados de juventud de quien ya consideraba mi antigua ama, sino porque al final había acabado haciendo, en contra de mi voluntad, lo que ella pretendía, convertirme en espía.

Decidido a salir de allí cuanto antes, me dirigí al cuerpo de guardia mientras pensaba alguna mentira creíble que me franqueara el paso. Pero no fue preciso recurrir a eso. Los guardias no me prestaron la menor atención. Crucé la puerta y me di buena prisa en alejarme de allí.

Al llegar a Madrid me dirigí a casa de mis amigos. En cuanto entré me di cuenta de que pasaba algo grave, porque Inés no vino corriendo a mi encuentro. Don Celestino salió a recibirme con semblante compungido.

—Hijo mío —me dijo—, tenemos una gran desgracia. Mi cuñada, la pobre Juana, se nos muere sin remedio. No sé qué va a ser de Inés y de mí.

Incapaz de contener la impaciencia, fui a buscar a Inés. La encontré en la habitación principal, junto a la cama de su madre, que dormía profundamente. Al verla, me pareció mil veces más hermosa que la terrible Amaranta.

—Inesilla, Inesilla de mi corazón —le dije, y corrí a abrazarla.

90 Por única respuesta, señaló a la enferma y me indicó que no hiciera ruido.

—Tu madre se pondrá buena. ¡Ay, Inés, qué ganas tenía de verte, de decirte que soy un bruto y que tú tenías razón! Estoy arrepentido de mi gran estupidez.

—¿Entonces —dijo ella— ya no quieres que una gran dama o un gran señor te ayuden a llegar a lo alto?

—No, niña mía. Ya no me interesan los palacios. El que quiere medrar en ellos tiene que cometer mil bajezas contrarias al honor. Mira, tengo un proyecto...

—¿Otro proyecto?

—Sí, pero este te va a gustar. Voy a aprender un oficio. Platero, ebanista, comerciante. Lo que tú quieras. Todo, menos criado. Y tengo otro proyecto aún mejor: quiero casarme contigo.

—Gabriel —repuso Inés en voz muy baja—, ahora somos muy pobres. Si me quedo huérfana, lo seremos mucho más. Mi tío no puede ayudarnos, pues no tiene ingresos. ¿Qué va a ser de nosotros, Gabriel?

—No temas, Inés. Dentro de cuatro años habré ganado más de lo que peso. Hasta entonces, ya nos arreglaremos. Para algo te ha dado Dios esa inteligencia. Ahora sé que sin ti nada valgo ni sirvo para nada.

La enferma se despertó y llamó a su hija, y nuestra conversación se interrumpió.

—Si no me dan pronto un destino y Juana se muere, lo vamos a pasar muy mal —se lamentó don Celestino mientras me acompañaba a la puerta.

—Una vez le oí decir a Inés que su madre tiene unos parientes ricos —le dije yo.

—Sí, Mauro Requejo y su hermana Restituta. Tienen un comercio de telas en la calle de la Sal. Son unos avaros. Jamás han hecho nada por su prima Juana ni por Inés.

—Menudos miserables.

—Cuando yo me instalé en Madrid, hace catorce años, conocí a ese Requejo. Juana ya estaba viuda, e Inés era solo una criaturita, pero tan linda y adorable como ahora. Le eché en cara a Requejo su mezquindad al no ayudarlas, y él me respondió que no podía hacer nada por ellas, porque Juana había renegado de su familia. En cuanto a Inés, me dijo que estaba seguro de que no era de su sangre, que era una niña abandonada a quien Juana había recogido, haciéndola pasar por hija suya. Por supuesto, no

era más que un pretexto para disculpar su avaricia. Desde entonces, no he vuelto a verle.

—De modo que no podemos contar con esos parientes.

—No, Gabrielillo. Como si no existieran.

Ya en la calle, reflexioné sobre la triste suerte de aquella familia. Hubiera deseado tener todos los tesoros del mundo para ponérselos a Inés en el cestillo de la costura. Pero yo no tenía un real. ¿Cómo podía hacer para conseguir dinero? Sí, estaba decidido a aprender un oficio. Pero entre tanto, ¿cómo podría impedir que mis amigos pasaran hambre?

Era impensable que mi antigua ama, la actriz, volviera a tomarme a su servicio después de haberla dejado por Amaranta. Pasé los dos días siguientes merodeando por los alrededores del teatro del Príncipe, con la vana esperanza de que alguno de los conocidos de la González me ofreciera cualquier trabajo. Aunque no me atrevía a presentarme en casa de Inés con las manos vacías, la tarde del segundo día fui allí para interesarme por la enferma.

Don Celestino me abrió la puerta. Me di cuenta de que había estado llorando.

—La pobre Juana ha muerto hace dos horas.

En la casa reinaba un silencio sepulcral. El cuerpo de doña Juana yacía sobre el lecho con las manos cruzadas, en actitud de orar. La apacible expresión de su rostro invitaba a pensar más en la paz y en el descanso que en la idea de la muerte.

Junto a ella, con la cabeza entre las manos y apoyada en el lecho, estaba Inés. Su llanto tranquilo expresaba un dolor resignado, propio de quien acepta con la misma naturalidad las penas y las alegrías.

Don Celestino me pidió que saliera.

—La pobre Juana —me dijo enjugándose una lágrima— no ha tenido tiempo de compartir la satisfacción que durante tantos años he esperado. Mira, hijo mío.

Me mostró un papel en el que pude leer su nombramiento como cura de la iglesia parroquial de Aranjuez.

—Al fin se me ha hecho justicia —dijo don Celestino—. De algo tenía que servir mi antigua amistad con el ministro Godoy. Dios acude oportunamente a nosotros en medio de esta desgracia. Inés ya no quedará desamparada.

Yo vi en aquel papel la mano de Amaranta, pero no quise desengañar a aquel buen hombre.

—¡Ah, es preciso que te cuente algo más, querido Gabriel! —añadió el tío de Inés—. ¿Sabes que Juana me ha hecho una revelación sorprendente antes de morir? A ti puedo contártelo, porque eres casi de la familia. Verás, después de confesarse, me dijo que Inés no es hija suya, sino de una gran señora que...

—¿Qué dice usted?

—Lo que oyes. Se trata de una de esas aventuras secretas que deshonran a una familia noble. La verdadera madre abandonó a esa pobre niña.

—¡El nombre! —exclamé, lleno de agitación—. ¿Cuál es el nombre de esa señora?

—Cálmate, Gabriel. Juana iba a revelármelo cuando la palabra se quedó temblando en sus labios, paralizados ya por la muerte.

Oír aquello me produjo una espantosa confusión. Fui a la sala donde yacía la difunta y contemplé su cadáver, casi esperando que el nombre deseado brotara de sus labios. Por un momento tuve la esperanza de que Dios escucharía mis ruegos y le devolvería por un momento la vida para revelarme el misterio del nacimiento de Inés.

«Qué loco estoy», me dije. «Ya encontraré el medio de averiguarlo».

Después del entierro, acompañé a Inés y a su tío a Aranjuez, donde se instalaron. Yo regresé a Madrid y conseguí trabajo como cajista. A los cuatro meses ya componía con cierta destreza, y ganaba tres reales por cada cien líneas en la imprenta del *Diario de Madrid*. Al principio, mi vida era tan triste y monótona como aquel oficio, pero mi espíritu pronto aprendió a quedarse libre, mientras las letras pasaban de la caja al molde, para volar hacia horizontes más amplios y honrosos que los de la oscura y sofocante imprenta. Los domingos, la alegría de viajar a Aranjuez para visitar a Inés compensaba con creces la tristeza de los demás días.

—El tío Celestino ha recibido una carta de Madrid que le ha puesto muy contento —me dijo Inés un domingo al recibirme. Era marzo de 1808.

—¿De quién es la carta? —le pregunté.

—No me lo ha dicho, ni tampoco lo que en ella pone. Solo me ha dicho que trae muy buenas noticias para mí. Nos lo contará cuando nos sentemos a la mesa.

Antes de comer, don Celestino quiso que le contara las últimas noticias que corrían por Madrid.

—Aquí la gente está bastante alarmada —me dijo—. ¿Pasa allí lo mismo?

—Allí no saben qué pensar —respondí—. Y no es para menos. Temen a los franceses, que están entrando en gran número en España. El rey dio permiso a Napoleón para que sus tropas pasaran por nuestro país de camino a Portugal, pero no autorizó el paso de tantos soldados. Dicen que Napoleón pronto será el amo de España.

—¿Y qué sabrán los que dicen tal cosa? —repuso el sacerdote—. Napoleón y mi buen amigo Godoy saben bien lo que se hacen.

—Entonces, don Celestino, si los franceses vienen con buena intención, ¿por qué se han apoderado por sorpresa de las principales plazas y fortalezas? Primero se metieron en Pamplona engañando a la guarnición; después se colaron en los castillos de Montjuich y Figueras, y por último, se han metido en el de San Sebastián. Yo creo que esos hombres no vienen como amigos.

—Tonterías. ¿Crees que Godoy, que se desvive por hacernos felices, iba a permitir algo así? Ya te lo he dicho, Gabriel, él sabe muy bien lo que se hace. Pero dejemos de preocuparnos por cosas que no hemos de resolver nosotros. Vamos a comer, que ya es hora y el cuerpo lo pide.

Nos sentamos a la mesa. Durante la comida, el sacerdote nos comunicó el contenido de la carta. Era de don Mauro Requejo, aquel primo de la madre de Inés que poseía un comercio de telas en Madrid. Por lo visto, la muerte de su pariente les había tocado el corazón a él y a su hermana, y ahora estaban dispuestos a acoger a Inés en su casa, donde aseguraban que no le faltaría de nada.

—Estoy asombrada —dijo Inés—. Debe de haber algún motivo que no comprendemos para que de repente mis tíos me quieran tanto.

—Será que Dios les ha abierto los ojos —opinó don Celestino—. ¿Por qué debemos pensar mal de todas las cosas? Inesilla, alégrate del porvenir que te espera. ¿Sabes qué dice la carta? Que dejarán a su querida sobrina todo lo que poseen. Pero ellos mismos te explicarán mucho mejor que yo el cariño que te tienen. El próximo domingo vendrán a Aranjuez para conocerte y, de paso, visitar unas tierras que han comprado cerca de aquí.

Nos quedamos todos callados. Yo daba vueltas en mi cabeza a extraños pensamientos. De repente, le pregunté a Inés:

—Ese hombre, ¿está casado?

—No —repuso ella—. Es viudo.

Volvimos a quedar en silencio.

Pasé una semana de gran ansiedad. Por fin vino el domingo. Llegué a Aranjuez antes que los Requejo. Durante la comida, traté de animar a mis amigos con fingido buen humor, pero no pude conseguirlo.

Los Requejo llegaron cuando estábamos acabando de comer. Abrazaron a Inés con una ternura que hizo derramar algunas lágrimas a don Celestino, pero que a mí me pareció muy exagerada. Debo reconocer que yo estaba bastante predispuesto en su contra, pero creo que los Requejo le habrían parecido a cualquiera, como a mí, un par de gansos.

Bastaba mirar a don Mauro Requejo para darse cuenta de que todo en él era torpe, inepto, brusco y embarazoso. Sus propias manos parecían estorbarle; al verle mirar de un lado para otro, se creería que buscaba un rincón donde arrojar aquellos miembros inútiles. Era un hombre extraordinariamente inquieto, como si un número infinito de picazones mortificara su cuerpo. Su cara era redonda como un reloj. En sus ojos brillaba la astucia, mientras que su boca tenía todos los mohínes que los palurdos marrulleros estudian para engañar a sus semejantes.

Era imposible decir si doña Restituta era más joven o más vieja que su hermano. Los dos parecían sobrepasar con mucho los cuarenta. A diferencia de don Mauro, Restituta era una mujer que no se estorbaba a sí misma y que sabía estarse quieta. Era alta y flaca, con un rostro impasible que más parecía un forro que una cara. A primera vista, su aspecto no predisponía ni a favor ni en contra. Pero al escucharla, se advertía en ella algo escurridizo como una culebra.

99

Los dos hermanos dedicaron un largo rato a hablar de la abundancia, la felicidad y la tranquilidad que se respiraba en su casa.

—Nuestra única pena —dijo Restituta— ha consistido en no tener hasta ahora una persona querida a quien dejarle todo lo que poseemos cuando Dios se sirva llamarnos a su santa gloria.

—Pero he aquí —continuó Requejo— que Dios nos depara a nuestra querida sobrinita, a esta rosa temprana, a

esta señorita que parece un ángel. Todo cuanto tengo y pueda tener será para esta palomita, pues todo se lo merece ella con su carita de princesa.

—¡Ay, Inesita! —exclamó Restituta—. Me parece que si ahora te separaran de mí, no tendría fuerzas para vivir.

Diciendo esto, volvió a abrazar a Inés.

—Puesto que Inés está impaciente por irse con nosotros —dijo Requejo—, esta misma tarde nos la llevaremos.

—¡Cómo! —saltó Inés—. ¡Esta tarde!

—Sí, mi niña —dijo Requejo—. No hace falta que disimules más el cariño que nos tienes. Ahora —añadió, volviéndose hacia don Celestino—, mi hermana y yo vamos a visitar las tierras que le dije. Por la tarde, cuando volvamos, Inés estará preparada para venirse con nosotros a Madrid.

—No tengo inconveniente, si ella está conforme —repuso el sacerdote mirando a su sobrina.

Los Requejo no dieron tiempo a que Inés expresara su opinión. Se levantaron y salieron, dejando a don Celestino muy complacido, a Inés muy confundida y a mí furioso.

Como yo no quería que Inés oyera lo que tenía que decirle a su tío, le pedí que nos dejara solos.

—¿Será usted capaz, don Celestino —le dije cuando ella salió— de consentir que Inés vaya a vivir con ese ganso de don Mauro y la lechuza de su hermana?

—Hijo —respondió—, Requejo es muy rico, puede darle a Inesilla las comodidades que yo no tengo y, ya lo has oído, puede hacerla su heredera cuando estire la pata.

—¿Y usted se cree eso? Parece mentira que tenga más de sesenta años. Creo que ese don Mauro es un farsante y un hipócrita. Usted sabe muy bien que Inés no es hija de doña Juana, sino de una gran señora de la Corte cuyo nombre ignoramos. Y sabiéndolo, ¿no comprende la intención de los Requejo?

—¿Qué intención?

—Los Requejo siempre despreciaron a doña Juana y jamás hicieron nada por ella ni por Inés. Si ahora se les cae la baba mirando a su sobrinita, solo puede ser porque han descubierto quiénes son los padres de Inés. Han comprendido que la muchacha es un tesoro. ¡Ay, Dios, no me cabe duda de que ese hombre trae entre ceja y ceja el proyecto de casarse con Inés, obligándola a ello en cuanto la pille en su casa!

101

—Tranquilízate, Gabriel. Bien puede suceder que su intención sea la que dices, pero también puede ser la que ellos han manifestado. No dudaré de su sinceridad hasta que los hechos me prueben lo contrario. En caso de que traten mal a mi sobrina, la recogeremos.

Al hablar conmigo, Inés no disimuló la repugnancia que le inspiraban los Requejo, pero como no quería contrariar a su tío, no se atrevió a quejarse.

Los Requejo vinieron a recogerla a media tarde. Inés subió llorosa al coche, y los dos hermanos se sentaron a un lado y a otro, como si temieran que se les fuera a escapar. El coche partió. Cuando lo vimos perderse entre la arboleda, don Celestino no pudo contenerse y sacó su pañuelo.

—¡Ay, Gabriel! —gimió—. ¡Se la llevaron!

Yo también sentía una gran emoción, y no pude contestarle nada.

Los Requejo se llevaron a Inés el 14 de marzo. Cinco días después estalló el famoso motín de Aranjuez.

La hostilidad contra el primer ministro Godoy era mayor cada día. El pueblo lo consideraba vendido a Napoleón, y todo su odio se concentraba en él. No comprendía que también Godoy había sido engañado, que quizá era el primer tonto, la víctima más torpe del gran timo napoleónico.

Fue en Madrid donde se empezó a formar la tromba que acabó descargando en Aranjuez, adonde la Corte se había trasladado desde El Escorial. El 18 de marzo, vispera del motín, pude darme cuenta de que algo se preparaba. Yo estaba en una taberna. Vi cómo Pujitos, un famoso majo, se subía a un tonel. Pujitos era uno de esos que se distinguen por creer que los gritos sirven para algo, y le gustaba hablar cuando le escuchaban más de cuatro personas. Con la capa terciada y el sombrero echado sobre la ceja derecha, aquel personaje, pequeño de cuerpo pero de alma grande, con los ojuelos brillantes por los vapores que le subían del estómago, habló así:

—*Jeñores: denque los güenos españoles vimos quese ministro de los demonios tenía vendió el reino a Napoleón, resolvimos ir a palacio pa icirle a su majestad cómo estemos*

cansaos de que nos gobierne como nos está gobernando. Mientras aquel otro se guarda el dinero de la nación, el pueblo no come. Madrid no quiere al *menistro*, conque ¡*juera* el *menistro*! Ese hombre nos ha *robao*, nos ha *perdío*, y esta noche nos ha de dar cuenta de *to*, y *hamos* de *icirle* al rey que le mande a *presillo* y que nos ponga al príncipe Fernando. *Jeñores*, estamos ya hasta el gañote, y ahora no hay *na* más sino dejarse de *pedricar* y coger las armas *pacabar* con Godoy. ¡Viva el príncipe Fernando!

Un alarido colosal resonó en el patio, y el orador bajó de su escabel. Mientras se limpiaba el sudor de la frente, la moza de la taberna se acercó a escanciarle vino.

104 La muchedumbre no tardó en salir para Aranjuez, engrosada por los partidarios del príncipe de Asturias. Había entre ellos muchos personajes de alcurnia disfrazados de plebeyos, como el conde de Montijo, al que se vio por las calles de Aranjuez vestido de palurdo, con montera, garrote, chaqueta de paño pardo y polainas.

Yo no presencié el motín que derribó a Godoy, aunque algunos testigos me contaron luego con detalle lo que pasó. La turba asaltó el palacio del príncipe de la Paz, sin que por ninguna parte apareciesen tropas para contenerla ni guardias que le diesen el alto. Mezclado con la multitud iba un buen número de cocheros, lacayos, pinches y mozos del príncipe de Asturias. Eran ellos quienes más gritaban. Al llegar al palacio, forzaron la puerta, penetraron como un huracán y recorrieron los aposentos destruyendo cuanto encontraban y gritando: «¡Muera Godoy!».

Como Godoy no aparecía por ninguna parte, dirigieron su rencor contra sillas, sofás, tapices, candelabros, cuadros, espejos, relojes y otros mil perversos cómplices de la infame política del primer ministro, los arrojaron por los balcones y los quemaron en una hoguera.

A la mañana siguiente corrió la noticia de que Godoy había sido encontrado en su propia casa. Era cierto: el ministro se había escondido en un desván, dentro de un rollo de esteras. Allí permaneció durante dos noches y un día, sin comer ni beber. Al final, prefiriendo la muerte a la angustia, el hambre y la sed que le devoraban, bajó de su escondite y se presentó ante los guardias que custodiaban el palacio. Salió de allí en medio de un piquete de guardias montados, apoyando sus brazos en los arzones de dos caballos. La multitud, que había ido a buscarle, intentaba apartar a la escolta. Llovían insultos y piedras, y los más furibundos blandían garrotes y navajas bajo las barrigas de los corceles.

Con los ojos cerrados y la frente ensangrentada, el ministro fue llevado medio en volandas, medio a rastras, hasta el cuartel de caballería, donde lo arrojaron sobre un montón de paja. Así terminó la carrera de Manuel Godoy, primer ministro, generalísimo de mar y tierra y príncipe de la Paz. Solo la intervención de su mayor enemigo, el príncipe de Asturias, que deseaba su caída pero no su asesinato, logró calmar a la muchedumbre e impedir que asaltara el cuartel para darle muerte.

Los instigadores del motín no solo pretendían derribar a Godoy. También querían la abdicación de Carlos IV.

Como no era fácil conseguirla, trataron de irritar aún más al populacho para que el rey tuviera miedo y soltara la corona. Colocaron un coche a la puerta del cuartel e hicieron correr la voz de que Godoy iba a ser puesto a salvo por orden del rey. La turba, a la que es muy fácil engañar, destrozó el carruaje, y luego corrió hacia el palacio real dando vivas a Fernando VII.

Abandonado por sus cortesanos y privado de su primer ministro, Carlos IV anunció que abdicaba en favor de su hijo don Fernando. Los partidarios del príncipe de Asturias no cabían en sí de gozo. En su ignorancia y estupidez, no se daban cuenta de que habían envilecido el Trono, ni de que habían hecho creer a Napoleón que una nación donde príncipes y reyes se jugaban la Corona a cara o cruz sobre la capa rota del populacho podía ser fácilmente conquistada.

El 23 de marzo, a los cuatro días del motín de Aranjuez, los franceses entraron en Madrid. En la capital de España no fueron pocos los que pensaron que venían para cubrir de rosas al nuevo rey, y a obsequiarnos a los españoles con jamones y longanizas. Menudo chasco se llevaron.

Tras mi regreso a Madrid, decidí visitar a Inés en casa de sus tíos. Antes de presentarme allí, se me ocurrió informarme de la verdadera condición y carácter de aquellos señores. Por suerte, conocía a un maestro talabartero instalado en una calle contigua a la de la Sal, donde tenían su tienda los Requejo.

—Menudo bicho es el tal Requejo —me dijo mi amigo—. Dinero tiene, ¿cómo no va a haber dinero en una casa donde no se come? Dicen que doña Restituta va a la plaza cada tres días, compra una cabeza de carnero y sebo del mismo animal, y con ello pringa la olla; con esto y legumbres van viviendo. Alguna vez, los dos salen a tomar un café. Beben un poquito, y lo demás lo echa ella disimuladamente en un cantarillo que oculta bajo las faldas. Llevan el café a casa, y echándole agua, lo alargan hasta ocho días. ¡Y mira que tienen dinero! Entre la tienda y la casa de empeños, se han puesto las botas.

Esas noticias confirmaron la opinión que me había formado acerca de los tíos de Inés. Me di cuenta de que me sería muy difícil entrar en su casa y trabar amistad con ellos. Pero una vez más, la Providencia acudió en mi ayuda. Aquella tarde, en la imprenta del *Diario*, el encargado me entregó un papelucho manuscrito y me ordenó

que lo compusiera inmediatamente. Era un anuncio solicitando un joven de mi edad para trabajar como mozo en la tienda de... sin duda lo habréis adivinado: don Mauro Requejo, calle de la Sal, número 5.

Abandoné mi profesión de cajista, y al día siguiente me presenté en la tienda. Nada más observar su aspecto exterior, supe que en aquella casa, que también era vivienda de los dueños, Inés no encontraría ninguna de las comodidades, lujos y riquezas que los Requejo tanto habían ponderado en su visita. Como yo también había estado presente en aquella ocasión, temía que los dos hermanos pudieran reconocerme. Pero no, no me reconocieron, supongo que debido a que en Aranjuez no me habían prestado la menor atención.

108

Gracias a una recomendación del encargado del *Diario* y a mi disposición a aceptar —con cierto regateo, para no despertar sospechas— el mezquino salario que me ofrecieron, aquel mismo día empecé a trabajar en la tienda y casa de los Requejo.

La tienda, sin dejar de ser muy pequeña, era lo más amplio y luminoso de aquella triste morada. La trastienda servía a la vez de almacén y de comedor. Desde ella, por una angosta escalera, se subía al entresuelo, donde estaba el mostrador en el que los Requejo ejercían la usura. Había allí además una sala que servía de taller, en la que Inés cosía desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche. Doña Restituta le había prohibido salir de aquel cuarto, salvo para bajar a la trastienda a la hora de comer.

La tía y la sobrina dormían en una habitación interior, semejante en todo a una caverna. Mi cuarto estaba al fondo del pasillo, junto a la cocina, y no era más amplio de lo necesario para dar cobijo a un jergón de paja. El entresuelo se comunicaba con la escalera general del edificio, por la que subían los que iban a empeñar alguna cosa.

La casa de los Requejo era oscura y lóbrega, pero es de justicia añadir que había cierta limpieza, la limpieza propia de todos los sitios donde no existe nada: la de la mesa donde no se come, de la cocina donde no se guisa, del pasillo donde no se corre.

Después de cenar, los Requejo rezaban el rosario en la trastienda, donde luego recibían a algún vecino con el que permanecían un buen rato en tertulia. Mi llegada no alteró aquella costumbre. Fue en la trastienda donde volví a encontrarme con Inés. Me había visto llegar a la casa desde la ventanita de la sala donde cosía, y comprendió que no era conveniente, si yo quería seguir allí, que los Requejo estuvieran al tanto de nuestra amistad.

Nos hallábamos todos en la trastienda, acompañados por Juan de Dios, el mancebo de los Requejo, cuando, en el momento de terminar el rezo, sonó la campanilla del entresuelo.

—Ve a abrir —me dijo mi ama—. Es nuestro vecino, el licenciado Lobo.

Obedecí. Abrí la puerta y me encontré a un hombre alto y flaco, de nariz ganchuda, anteojos verdes y dientes

del mismo color. Me miró un instante con curiosidad, y luego se dirigió a la escalera que bajaba a la trastienda.

—Señores —dijo Lobo, sentándose en una caja de medias—, hoy estamos de enhorabuena. Ya tenemos a nuestro rey en el trono. ¿No han salido ustedes? Está Madrid que parece un ascua. ¡Qué luces, qué banderas, qué gentío por las calles!

—Nosotros no salimos a ver lucecitas —contestó el tío—. Bastante tenemos que hacer en casa.

—Bueno, bueno —repuso Lobo—, ahora tienen a Inesita para que les ayude.

—La niña ha salido algo holgazana —dijo Restituta—. Hoy solo ha cosido camisa y media. Debería comprender que nos hemos echado encima una carga muy pesada al recogerla aquí. Tendría que estarnos agradecida. ¡Ay, señor Lobo, si viera usted qué miseria había en la casa de ese cura de Aranjuez donde estaba mi sobrina!

—Conozco a ese cura —dijo Lobo enseñando con una sonrisa sus dientes verdes—. Era amigo de Godoy, pero ya le daremos lo suyo. Pienso redactar un escrito de ocho folios para probar que don Celestino era el principal confidente del príncipe de la Paz. Así le quitarán la parroquia y se la darán a un primo mío que la pretende.

Tuve que hacer un esfuerzo para contener mi indignación. Inés parecía aterrada. El licenciado Lobo trabajaba en los tribunales, y era un hombre peligroso.

Lobo volvió a sonreír, esta vez dirigiéndose a Requejo. —¿Y para cuándo la boda? —le preguntó.

Don Mauro levantó los brazos, y luego los dejó caer sobre la mesa.

—Ya se lo he dicho, y la niña no tuvo a bien contestarme. Aunque bien sé que, si por ella fuera, mañana mismo...

Alargando el brazo hacia Inés, le acarició la barbilla. La muchacha se estremeció como si la hubiera rozado un animal asqueroso.

—¿Qué modales son esos, niña? —dijo don Mauro—. ¡Cuando te anuncio que me casaré contigo!

—Yo no me caso con usted —dijo Inés enérgicamente.

—¿Que no? —chilló Restituta—. Pero bueno, mocosa, ¿cuándo has podido soñar tú con un hombre como mi hermano? ¡Y eso después de que te hayamos sacado de la miseria!

—A mí me han sacado ustedes de la felicidad para traerme a esta miseria en que vivo —dijo Inés llorando—. Pero mi tío vendrá a buscarme y no volveré a verlos nunca más. ¡Casarme yo con ese hombre! Prefiero la muerte.

Requejo se levantó, agarró a Inés del brazo y la lanzó contra la pared. Luego avanzó hacia ella lleno de furia. Al ver aquello, se me nublaron los ojos y sentí que la sangre me hervía. Alargué la mano hasta tocar la empuñadura de un cuchillo que había sobre la mesa. Afortunadamente para mí y para todos, Requejo se con-
tuvo. Lobo y Juan de Dios acudieron a calmarle, y Restituta se llevó a Inés de allí.

—Ya ajustaremos cuentas —le dijo a su sobrina.

Juan de Dios se fue a su casa y yo subí a mi cuarto. Como temía lo que Restituta pudiera hacerle a Inés, salí silenciosamente al pasillo y permanecí al acecho de cualquier ruido. En el entresuelo no se oía nada; en cambio, de la trastienda llegaban las voces de don Mauro y de Lobo. Algo que dijo este último despertó mi interés. Me acerqué a la escalera, y echándome en el suelo, escuché con atención.

112 —Le doy mi palabra de que es así —decía el licenciado—. Inesita fue abandonada y recogida por doña Juana. Su madre, que es una de las principales señoras de la Corte, desea encontrarla. Yo poseo los papeles con los que se la puede identificar. De modo que si usted se casa con ella... Amigo, la condesa posee los mejores olivares de Jaén, las mejores yegadas de Córdoba, además de treinta mil fanegas de pan en Olmedo y Don Benito, sin herederos directos que se lo disputen a esa niña.

—Pero ya lo ha visto usted —repuso don Mauro—. La muchacha es un puercoespín. Le hago una caricia y me da un manotazo; le digo que la quiero, y me escupe a la cara.

—Amigo don Mauro —dijo el licenciado—, el sistema que ustedes siguen no es el mejor para hacerse querer de la niña. Debería traerla en palmitas. Sea más amable con ella.

—Tiene usted razón. Trataré a Inesita como ella se merece, y antes de un mes la llevaré a la parroquia.

Al día siguiente me fue imposible cruzar una sola palabra con Inés, pues cuando su tía bajaba a la trastienda la dejaba encerrada y guardaba la llave en un bolsillo. Solo pude acercarme un momento a la puerta de su encierro y susurrarle unas palabras de ánimo.

—Te sacaré de esta casa, niña mía —le dije—, o no me llamo Gabriel. Dime, ¿me quieres menos que antes?

—No —respondió—. Te quiero más, mucho más.

Los dos besamos la barrera que nos separaba y el breve diálogo terminó, porque la culebra regresaba.

113

Aquella noche acudió a la tertulia de los Requejo doña Ambrosia, una tendera de la calle del Príncipe. Era la noche del 23 de marzo. Ese día, los franceses habían entrado en Madrid.

—¿Cómo puede ser? —les decía doña Ambrosia a los Requejo—. ¿Así que no han ido ustedes a presenciar la entrada de los franceses? Pues les aseguro que era cosa de ver. ¡Qué majos son! ¡Daba gloria ver tan buenos mozos! Y son tantos que parece que no caben en Madrid. Hay unos que andan vestidos como moros, con calzones hasta el tobillo y turbantes en la cabeza. Me parece que los llaman los *zamacucos*. También vienen unos que creo que son los *tragones* de la Guardia Imperial, y llevan unas co-

razas como espejos. Detrás de todos venía el general que los manda. Dicen que está casado con la hermana de Napoleón. Es ese que llaman el gran duque de *Murraz* o no sé qué. Es el mozo más guapo que he visto. ¡Ay, hija, qué ojazos! Pero no saben lo mejor. Mañana hará su entrada en Madrid el nuevo rey de España, Fernando VII.

—Pues no nos quedaremos sin ir a verle —dijo don Mauro—. Ya lo oyes, Restituta. Y tú también, Inés. Mañana no se trabaja. Tú también descansarás, Gabriel. Vendrás con nosotros, y así me enderezarás el rabo de la coleta si se me tuerce.

Llegó el 24 de marzo y salimos a la calle. Dios mío, cómo estaban la Puerta del Sol, la calle Mayor, la calle de Alcalá. Es difícil hacerse una idea de aquel gentío, de aquel júbilo, de aquel delirio. La muchedumbre se arremolinaba y estremecía como un monstruo atado. Sus oscilaciones nos llevaron de un punto a otro de la Puerta del Sol, hasta que logramos agarrarnos a la verja del Buen Suceso.

Oímos las exclamaciones de la multitud apelmazada en la calle de Alcalá:

—¡Ya viene por la Cibeles!

De repente, la muchedumbre volvió a agitarse como una ola. La causa de aquel movimiento fue la irrupción de una nueva masa humana en aquel espacio donde ya había tanta gente. Un destacamento de la Guardia Imperial, con el propio Murat a la cabeza, apareció por la calle del Arenal. Fue como si un pie quisiera meterse en una bota

donde ya había otro pie. Murat, que era tremendamente vanidoso, se había obstinado en presentarse con sus mamelucos y sus dragones —los *zamacucos* y *tragones* de doña Ambrosia— en la carrera por donde debía pasar el rey. Cuando los franceses penetraron en la estrecha plaza, fueron recibidos con una tempestad de silbidos e insultos. Aquella fue la primera manifestación del pueblo español contra los invasores.

El desconcierto y la agitación crecían. De repente, la multitud olvidó sus penas. El rey, montado en un caballo blanco, ya embocaba la Puerta del Sol. El pueblo arrojó una lluvia de flores sobre Fernando VII, millares de gorras cruzaron el aire, y como los pañuelos no eran lo bastante expresivos, se desplegaron las capas como banderas triunfales.

115

A nuestro alrededor, la masa de gente avanzó con empuje irresistible. Don Mauro y doña Inés fueron arrastrados por aquella marea, dejándonos solos a Inés y a mí. Nos abrazamos. El gentío, al comprimirse, estrechaba a Inés contra mí, como si quisiera hacer de nuestros cuerpos uno solo.

Yo ya no veía ni al rey, ni al pueblo, ni a la Guardia Imperial. No veía más que a Inés.

—Gracias a Dios que nos han dejado solos —dijo ella, estrechándose aún más contra mí.

—¡Inés de mi corazón! ¡Cuánto deseaba hablarte! ¡Cuántas cosas tengo que decirte! Escúchame: estamos fuera de esa maldita casa. Somos libres, Inés, y serás rica y poderosa. Tendrás todo lo que es tuyo.

—Yo no tengo nada —contestó.

—Sí lo tienes. Yo te devolveré a tus padres, que son muy ricos.

—¿Mis padres?

—Sí. Tú no eres hija de doña Juana. Ya te lo explicaré. Te llevaré a donde debes estar, y serás lo que debes ser. Huiremos por la calle de Alcalá en cuanto se despeje. Pero dime, ¿no te avergonzarás de mí, no me despreciarás? ¿Seré siempre para ti lo mismo que soy ahora?

—¡Siempre, siempre!

En ese momento, la multitud vomitó a los Requejo, y ambos extendieron los brazos para asir con fuerza a Inés.

—¡Pobrecita mía! —exclamó don Mauro—. Pensamos que te perdíamos. Si no es por ti, Gabriel, se nos pierde.

Pasé muchos días sin poder hablar con Inés, aunque viviéramos tan cerca el uno del otro. Su encierro y la vigilancia de Restituta eran cada día más implacables. Don Mauro estaba unos días triste y otros furioso. Se había dado cuenta de que Inés jamás le amaría. Su única alegría se la proporcionaba el proyecto de conseguir la contrata del abastecimiento de las tropas francesas.

—Ojalá los franceses se queden aquí mil años —dijo una noche en la tertulia—. Como consiga esa contrata, puede ser que salga de pobre.

117

—¿Y daría usted de comer a esa gente? —le preguntó doña Ambrosia—. ¿Por qué no les echa veneno para que revienten todos?

—¿Pero no decía usted que eran tan majos y tan buenos mozos? —le preguntó a su vez el licenciado Lobo a la tendera.

—¡Demonios de franceses! —exclamó doña Ambrosia—. ¿Pues no salen ahora con que don Carlos IV vuelve a ser rey, y el príncipe se queda otra vez en príncipe? Y todo porque así se le antoja a Napoleón.

—¡Bah! —dijo Lobo—. ¿Y para qué ha ido a Burgos nuestro rey sino a que le reconozca el emperador?

En realidad, el rey no había ido a Burgos, sino a Bayona. Después de volverse atrás en su abdicación, Carlos IV

había solicitado la protección de Napoleón, y el emperador los había convocado tanto a él como a su hijo Fernando en aquella ciudad francesa.

—Pues aquí todos están muy alarmados —siguió diciendo doña Ambrosia—. Esta mañana estuvo en mi casa Pujitos. Me dijo que en el Rastro y en las Vistillas, en cuanto ven a un francés, le silban y le arrojan cáscaras de frutas. También me dijo que así como él fue uno de los principales en derribar a Godoy, también será uno de los primeros en levantarse contra los franceses.

—Quiera Dios que no se levanten contra ellos —dijo Requejo.

118 La perspectiva de que un levantamiento diera al traste con la ambicionada contrata puso a don Mauro de un pésimo humor. Para desahogarse, lo volcó contra Inés.

—Estoy furioso —oí que le decía un día a su hermana—. Mañana se enterará esa niña de quién es Mauro Requejo. La encerraremos en el sótano y le diremos que no probará bocado ni beberá gota de agua hasta que no consienta en ser mi mujer. Si no accede por las buenas, lo hará por las malas.

Dicho y hecho: a la mañana siguiente don Mauro dispuso que la muchacha no saliera de su cuarto ni siquiera para comer. Además, cerró la ventanita de su habitación asegurándola con clavos, y le dijo que no vería la luz del sol si no era para ir con él al altar.

La situación de Inés era insostenible, y yo me decidí a intentar liberarla a la primera ocasión.

Un día de comienzos de mayo, don Mauro salió muy temprano para acordar con otros comerciantes las condiciones de la contrata del abastecimiento. Restituta salió poco después para llegar antes que nadie a una subasta de muebles que se iba a celebrar aquel día. Juan de Dios todavía no había llegado. No me lo pensé dos veces. Cogí un pequeño barrote de hierro en forma de escoplo que había en la sala de los empeños y corrí a la habitación de Inés. Intenté hacer saltar la cerradura, pero esta no cedía. Al fin, ayudado por Inés, que empujaba desde dentro, logré desquiciar una de las hojas de la puerta.

—¡Eres libre, Inés! —exclamé, casi enloquecido—. ¡Huyamos, deprisa!

Abrí la puerta que conducía a la escalera del edificio, bajamos por ella y salimos a la calle. No nos detuvimos a recuperar el aliento hasta que nos vimos en la Puerta del Sol. El chorro de la fuente alegraba nuestras almas con su rumor. Ya empezaba a amanecer.

—No olvidaré nunca la mañana de este día feliz —dije yo—. Hoy es lunes, 2 de mayo.

Antes de echar a andar otra vez, Inés y yo contemplamos un instante el cielo, que hacia el Este se teñía de un vivo color de sangre.

Antes de emprender la fuga nos convenía descansar un rato. Yo vivía en la calle de San José, en el barrio de Maravillas. Encontramos en mi casa al bueno de don Celestino, que había llegado la noche anterior, expulsado de su parroquia de Aranjuez por los manejos del licenciado Lobo. Los tres nos alegramos mucho de estar juntos otra vez. El bondadoso sacerdote estaba muy afligido por nuestras mutuas desgracias. Yo ya le había informado por carta de la verdadera situación en casa de los Requejo.

120

—Dios nos protegerá, hijos míos —nos dijo—. ¿Cómo es posible que los malvados triunfen tan fácilmente? Vosotros huís de la perversidad de esos hermanos, y yo también huyo, perseguido como un criminal por mi amistad con Godoy. Se me acusa falsamente de conspirar para entregar España a Napoleón. Qué infamia.

—Ahora debemos pensar, señor cura —le dije yo— en la manera de salir de este laberinto. ¿Adónde podemos ir?

—Hijo mío, Dios no nos abandonará. Esta noche se me ha ocurrido una idea. Hace una semana estuvo en Aranjuez la marquesa de..., una mujer de buen corazón. Me visitó varias veces. No dejaba de preguntarme por Inés. Me dijo que tenía muchas ganas de conocerla. La última vez que la vi, me rogó encarecidamente que si en alguna ocasión venía a

Madrid no dejase de ir a visitarla en compañía de mi sobrina. La verdad es que ese empeño por ver a Inés me ha llamado mucho la atención.

—También a mí —repuse.

No era para menos. Yo sabía que aquella marquesa era tía de Amaranta, mi antigua ama.

—Por lo que sé, la marquesa está ahora en casa de su hermano, por la Cuesta de la Vega, en un palacio que se asoma al Manzanares. ¿Por qué no acudir a ella, ya que muestra tanto interés por mi sobrina?

—Creo que ese interés no es simple curiosidad —respondí—. En fin, lo mejor será visitarla hoy mismo. Da la casualidad de que yo conozco a la sobrina de la marquesa. Si le parece bien, don Celestino, iré ahora mismo para allá. Le diré que voy de su parte y le contaré en qué situación se encuentran Inés y usted.

Inés permanecía en silencio, asomada a la ventana. Contemplaba el gran patio interior del cuartel de artillería de Monteleón, que estaba frente a mi casa. Le aconsejé que se tumbara un rato, y salí a la calle después de que don Celestino me echara unas bendiciones.

Alejándome todo lo posible del centro de la Villa, llegué a la plazuela del Palacio Real, donde un gran gentío que bajaba por todas las calles me impidió seguir avanzando. Era imposible luchar contra aquel inmenso oleaje humano. Me arrimé al muro del Palacio y pregunté a los que me rodeaban:

—Pero ¿qué quiere toda esta gente?

—¡Se llevan a los infantes! —respondió un muchacho de mi barrio—. ¡No lo podemos consentir!

En mis circunstancias, poco o nada me importaba que se llevaran o no a la familia de Carlos IV. Yo tenía otras cosas de que ocuparme. Intentaba abrimme paso cuando, de repente, me sentí cogido por un brazo. Me volví. Era mi amigo Pacorro Chinitas, el afilador.

—Así que se los llevan —me dijo.

—¿A los infantes? —respondí—. Eso parece, Chinitas. Pero te aseguro que a mí me tiene sin cuidado.

—Pues a mí no. Hasta aquí ha llegado la cosa. Ya no aguantamos más. Y tú, ¿es que no eres español?

—Sí lo soy.

122

—Pues entonces, o no tienes corazón o no eres hombre.

—Soy hombre, y tengo corazón para lo que haga falta.

—¿Y a qué estás esperando? ¿No tienes armas? Pues coge una piedra y rómpele la cabeza al primer francés que se te ponga delante.

—¿Qué es lo que pasa, Chinitas? He estado muchos días sin salir a la calle.

—Todavía no ha pasado nada, pero pasará. ¡Ay, Gabrielillo, lo que tu amigo Chinitas te decía ha resultado cierto! Ya no tenemos reyes. Se han ido y nos han dejado solos con los franceses. Ahora son ellos los que mandan.

—Eso no puede ser —dije yo—. Nuestro rey, el que sea, no lo consentirá.

—Ya no tenemos rey. Y ahora se llevan a todos los infantes.

—Pero habrá duques, generales y ministros que les pararán los pies a los franceses.

—Todos esos señores se han ido a Bayona detrás de los reyes, y allí discuten si deben obedecer a Carlos o a Fernando.

—Pero en Madrid hay tropas que no consentirán...

—Han recibido órdenes de obedecer a los franceses. No pueden ni verlos, pero aquí, en Madrid, son uno por cada veinte gabachos. Han ido entrando poquito a poquito, y ahora, Gabriel, hasta esta baldosa que pisamos es tierra de Napoleón.

—¡Chinitas, eso no se puede consentir! —exclamé, lleno de cólera—. Si las cosas van como dices, todos los españoles que tengan vergüenza cogerán un arma.

—No tenemos armas. Y piensa que Napoleón ha vencido a todas las naciones.

—Entonces, ¿qué remedio hay? Solo nos queda echarnos a llorar y meternos en nuestras casas.

—¡Llorar! —exclamó el afilador, apretando los puños—. Mira, yo soy hombre de paz, pero cuando veo lo que está pasando, me entran ganas no de llorar, sino de matar. Si un francés me roza la ropa con su codo... abro la boca y me lo como. No tengo nada contra los franceses; fue uno de ellos el que me enseñó mi oficio. Pero que se queden allá, en su tierra.

Un empujón me separó de Chinitas. La multitud seguía aumentando, apretándose cada vez más. Había allí personas de todos los sexos y de todas las clases, reunidas

por un misterioso llamamiento que, sin partir de ninguna voz oficial, había resonado de pronto en los oídos del pueblo entero. Me di cuenta de que aquel era un movimiento espontáneo, muy distinto del motín instigado cuarenta días atrás por los partidarios de don Fernando.

La tensión se agravaba minuto a minuto. En los rostros había, más que ira, una profunda tristeza. Algunas mujeres se lamentaban, mientras grupos de hombres discutían en voz baja no sé qué planes de lucha.

El primer acto de hostilidad contra los franceses fue rodear a un oficial que atravesó la plaza de la Armería. Un oficial español acudió en su ayuda. Hombres y mujeres, sobre todo estas últimas, volcaron su ira sobre ambos. Tuvo que acudir un piquete de soldados franceses para poner fin al incidente.

La mañana avanzaba. Como no quería perder más tiempo, traté de seguir mi camino. En ese momento sentí un ruido que me pareció de cañones arrastrados por las calles inmediatas.

—¡Que viene la artillería! —gritaron algunos.

La multitud echó a correr hacia la calle Nueva. También yo corrí allá, impulsado por la curiosidad. De pronto, una espantosa detonación me heló la sangre en las venas. Vi caer, no lejos de mí, a algunas personas heridas por la metralla. Muchos rugieron de ira, otros huyeron aterrorizados. Los heridos y los moribundos se lamentaban bajo las pisadas de la multitud, que se dirigió hacia la calle Mayor. «¡Armas, armas, armas!», gritaban

en la calle y desde los balcones. Cada uno corría a su casa, a la del vecino o a la más cercana en busca de un arma, y si no la encontraba, echaba mano de cualquier herramienta. Todo valía, con tal que sirviera para matar.

La calle Mayor y las contiguas hervían de rabia. Por lo que luego me dijeron, entre las nueve y las once todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto. La insurrección se había propagado como las llamas en un bosque seco azotado por el viento.

De todos los barrios de la ciudad acudía gente armada, pero el mayor número apareció por la Plaza Mayor y los portales de Bringas. Frente a la Cava de San Miguel presencié el primer choque con los franceses. Veinte soldados que iban a incorporarse a sus regimientos fueron atacados de improviso por una cuadrilla de mujeres, ayudadas por media docena de hombres. Los extranjeros tenían buenos fusiles, pero no contaban con la multitud de brazos que les agarraban por delante y por detrás, ni con el incansable pinchar de miles de herramientas.

Tres coraceros franceses corrieron a todo escape hacia la Puerta del Sol. Al darse cuenta de que algunos disparaban contra ellos, se enfurecieron y cargaron contra un grupo de paisanos apostado en una esquina. De un sablazo, uno de los jinetes le abrió la cabeza a una mujer en el momento en que entregaba a su marido el fusil recién cargado. El furioso alarido de la mujer avivó el coraje de los hombres, que se arrojaron navaja en mano contra los coraceros.

Eché a correr hacia la Puerta del Sol buscando un lugar más seguro. Encontré a Chinitas en unos soportales. Su mujer salió de un grupo cercano.

—¡Han matado a Bastiana! —exclamó la Primorosa, fuera de sí—. Más de veinte hombres hay aquí, y ninguno valéis un *rial*.

—Mujer —dijo Chinitas cargando su escopeta—, quítate de en medio. Aquí las mujeres solo servís de estorbo.

—¡Cobarde, calzonazos, corazón de albondiguilla! —gritó la Primorosa intentando arrancar el arma de su marido—. ¡Yo te enseñaré a disparar!

En ese momento, un coracero francés se lanzó al galope hacia nosotros, blandiendo el sable.

126 —¡Menegilda! —gritó la esposa de Chinitas—. ¿Tienes navaja?

—Tengo tres: la de cortar, la de picar y el cuchillo grande.

—¡Aquí estamos, espantapájaros! —rugió la Primorosa tomando de manos de su amiga un cuchillo carnicero.

El coracero clavó las espuelas a su corcel y se arrojó sobre nosotros. Vi las patas del corpulento caballo sobre los hombros de la Primorosa; pero esta, agachándose más veloz que el rayo, hundió el cuchillo en el pecho del animal. Mientras el caballo expiraba con un frenético pataleo, el jinete prosiguió el combate a pie, ayudado por otros cuatro que llegaron en aquel momento.

Chinitas, herido en la frente y con una oreja menos, se había retirado a otro portal.



—¡Gabrielillo! —me gritó—. ¿Qué haces con ese fusil? ¿Lo quieres para escarbarte los dientes?

Yo no me había dado cuenta de que tenía el arma en las manos. Debía de habérsela quitado a algún combatiente herido. La Primorosa me dio un fuerte manotazo en el hombro.

—¿*Pa* qué está aquí esta lombriz? Descosío, coge ese fusil con más garbo. ¿Te crees que tienes en las manos un cirio de procesión?

—Aquí no hay nada que hacer —dijo Chinitas, encaminándose con sus compañeros hacia la Puerta del Sol.

Me eché el fusil al hombro y los seguí.

—¿Se han acabado los franceses? —dijo una mujer mirando a todos lados—. ¡Viva España y el rey Fernando!

128

En efecto, no se veía un solo francés en toda la calle Mayor. Pero cuando nos acercábamos a las gradas de San Felipe, oímos ruido de tambores; después cornetas; después, pisadas de caballos; después, estruendo de cureñas rodando con precipitación.

Nos detuvimos. Los madrileños se miraban unos a otros con preocupación. Habían sostenido una lucha terrible con los soldados franceses que encontraron a su paso, pero no contaban con las formidables divisiones y cuerpos de ejército acampados en los alrededores de Madrid.

Por la calle de la Montera apareció un cuerpo de ejército; por la de Carretas, otro, y por la carrera de San Jerónimo, el tercero, el más formidable.

—¿Son muchos? —preguntó la Primorosa.

—Muchos —respondió alguien—. Y también vienen por esta calle. ¿No sientes los tambores?

Frente a nosotros y a nuestra espalda teníamos a los infantes, los jinetes y los artilleros vencedores de Austerlitz. Al verlos, la Primorosa reía. Yo, en cambio, me eché a temblar.

La embestida comenzó en cuanto las tropas llegaron a la Puerta del Sol. La carnicería fue espantosa. Primero los cañones nos barrieron con su metralla, y luego los lanceros polacos y los famosos mamelucos cayeron a sablazos sobre nosotros. Los que nos hallábamos en la calle Mayor nos llevamos la peor parte, porque los feroces jinetes nos atacaban por ambos flancos. Yo tenía a mi lado a la Primorosa, a un anciano bien vestido que parecía aristócrata y a dos honrados tenderos a los que conocía de hacía tiempo.

A mano izquierda, un callejón nos servía de parapeto y de posible vía de escape. Desde allí, el viejo aristócrata y yo dirigíamos nuestros tiros contra los primeros mamelucos que aparecieron en la calle. Desde los balcones también salían muchos tiros de pistola, además de tiestos, ladrillos, pucheros y todo lo que se pudiera convertir en arma arrojada. Pero aquel fuego, mal dirigido, no servía de mucho. Los mamelucos habían conseguido despejar gran parte de la calle y seguían avanzando.

Mientras unos disparábamos desde las ventanas y desde la calle, otros atacaban a los jinetes navaja en mano. Las mujeres clavaban sus dedos en la cabeza del caballo, o agarraban al jinete por los brazos. Acudían otros dos, tres,

diez, veinte, que eran atacados de la misma manera. Al final vencían los de a caballo, y cuando la multitud corría hacia la Puerta del Sol, la metralla le cerraba el paso.

En uno de aquellos choques perdí de vista a la Primorosa, pero luego la vi reaparecer, lamentándose de haber perdido su cuchillo. Me arrancó el fusil de las manos. En ese momento, una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular hasta la acera de San Felipe el Real. El anciano noble cayó al suelo herido, gritando: «¡Muera Napoleón! ¡Viva España!».

Aunque nos acuchillaban sin piedad, tuve la suerte de ser uno de los más cercanos a la pared de San Felipe. Una muralla de carne humana me defendía de los sables y de los proyectiles. Nos replegamos por la calle Mayor. Algunos entramos en una casa, decididos a continuar la lucha desde los balcones. Yo subí al segundo piso. Se hacía fuego desde todas las ventanas, pero la escasa pólvora acabó por agotarse. Entonces los mamelucos asaltaron la casa. No había salvación.

Algunos de los nuestros decidieron romper a golpes un tabique para pasar a la casa contigua. Mientras penetrábamos en el agujero, oímos vociferar a los mamelucos en las habitaciones que habíamos abandonado. Una de las muchachas que allí vivían lanzó un grito espantoso y desgarrador. Lo que allí debió de ocurrir no es para contarlo.

Cuando pasamos a la otra casa, nos encontramos en una habitación pequeña y oscura, donde distinguí a dos

hombres que nos miraban con espanto. Yo también me aterré al verles, pues uno era el licenciado Lobo y el otro Juan de Dios, el mancebo de los Requejo. Habíamos pasado al mismo edificio en el que los tíos de Inés tenían su tienda y su morada.

Lobo creyó que los franceses habían entrado en su casa y salió huyendo, pero Juan de Dios, que también estaba aterrorizado, logró dominar su miedo al reconocirme.

—¡Gabriel! —exclamó—. ¿Qué has hecho con Inés, tu nante?

Los franceses venían detrás de nosotros, y yo no tenía tiempo para explicárselo. Bajamos por la escalera y salimos a la calle, donde un grupo de paisanos hacía correr la voz de que era preciso dirigirse al cuartel de artillería.

—¿Qué sucede allí? —le pregunté a uno.

—Hay un combate terrible —respondió—. Los artilleros se han negado a entregar el cuartel a los franceses.

—¡Dios mío! —exclamé sin poderme contener—. ¡Corro hacia allí!

Juan de Dios me agarró un brazo.

—Espera, Gabriel. ¿Qué ocurre?

—¡Inés está en mi casa, y yo vivo frente al cuartel!

Corrí como loco por las calles, seguido por Juan de Dios. Buscamos las vías más apartadas del centro. Varias veces tuvimos que volver atrás para escapar de los mameucos. En otros puntos, pelotones de granaderos hacían retroceder a todo el mundo a punta de bayoneta. En la

calle de Fuencarral encontramos un gran gentío. Todos corrían hacia el cuartel de Monteleón, de donde llegaba el estruendo de las descargas.

Dando un gran rodeo, logramos llegar a mi calle. Sería cerca de la una del mediodía. Desde lejos distinguí las altas ventanas de mi casa entre el denso humo de la pólvora. Ahora se oían menos tiros. Vimos a un grupo de franceses que se retiraba, y a unos paisanos que agitaban las gorras desde un balcón en señal de victoria.

—¡Inés! ¡Allí está Inés, en el balcón de arriba! —le dije a Juan de Dios—. ¿No la ves? Está mirando hacia el cuartel. Ya se retira. Corramos. Ahora nos será fácil entrar en la casa.

El combate había terminado con la derrota y retirada del primer destacamento que intentó atacar el cuartel. Pacorro Chinitas, que había sido uno de los primeros en acudir a aquel sitio, se me acercó, lleno de júbilo por aquel triunfo, que los paisanos creyeron definitivo. Sin embargo, los oficiales del cuartel estaban seguros de que pronto serían atacados con más fuerzas y se preparaban para resistir. Mientras subíamos la escalera de mi casa, sentí el rumor de las tropas que se acercaban.

Inés y don Celestino se alegraron muchísimo de verme a salvo. En el momento en que ambos me abrazaban, sonó una nueva detonación que hizo estremecer la casa.

—¡Va a empezar otra vez! —exclamó Inés—. Creía que ya había acabado.

Cerró la ventana, y me contó cómo aquella mañana habían presenciado la llegada al cuartel de hombres y

mujeres que pedían armas. Los oficiales discutieron unos instantes, y luego se abrazaron y abrieron las puertas. Los disparos comenzaron enseguida, primero los tiros de fusil, y luego los de los cañones, que salieron a la calle empujados por mujeres.

Una segunda detonación, seguida del estruendo de la fusilería, nos dejó paralizados. Inés se puso a rezar. Yo abrí de nuevo la ventana. Desde lo alto pude ver los movimientos de los combatientes como si tuviera delante un plano de campaña con figuritas en miniatura. Funcionaban cuatro cañones. Los artilleros no pasaban de veinte, y tampoco eran muchos los de infantería, pero había numerosos paisanos, hombres y mujeres. Un oficial, de uniforme azul, mandaba las dos piezas colocadas frente a la calle de San Pedro la Nueva, por la que atacaban los granaderos imperiales en gran número. Otro oficial, del mismo uniforme y graduación, tenía a su cargo los dos cañones que enfilaban las calles de San Miguel y San José.

134

Para contrarrestar el empuje de los franceses, los nuestros disparaban las piezas con la mayor rapidez posible. Y cuando el enemigo intentaba tomar los cañones a la bayoneta, era recibido por los paisanos con una batería de navajas.

Cayeron muchos artilleros, y también un buen número de paisanos. Mientras uno de los oficiales de artillería hacía uso de su sable sin desatender el cañón, el otro, acaudillando un pequeño grupo, se arrojaba sobre la avanzadilla francesa y la destrozaba antes de que tuviera

tiempo de reponerse. Aquellos dos oficiales eran los capitanes Daoíz y Velarde. Ellos, junto al teniente Ruiz, de infantería, se anticiparon a la declaración de guerra de las Juntas que, en los días siguientes, se organizaron en toda España para dirigir la resistencia, y descargaron los primeros golpes sobre el invasor.

Pese a que nuestras bajas eran inmensas, parecía que los franceses iban a sufrir una segunda derrota. Entonces hicieron venir a toda una división reforzada con artillería. Sus cañonazos pronto estremecieron nuestra casa.

—¿Cómo podrán resistir los nuestros? —exclamó don Celestino—. ¡Ah, Gabriel, si yo tuviera tu edad! Aunque tengo un miedo horrible, cogería un fusil. ¿No ves cómo la metralla barre a los nuestros? ¡Mira a esas mujeres que con los brazos despedazados empujan un cañón hasta embocarlo en esta calle! Gabriel, ¿sabes lo que es el deber? ¿Sabes lo que es el honor? ¡Si yo tuviera veinte años, bajaría ahora mismo a la calle para alentar a esos valientes!

Yo me avergoncé de permanecer como un mero espectador, sin disparar un tiro ni lanzar una piedra en defensa de los que luchaban delante de mi casa. Solo me contenía la presencia de Inés. Pero cuando vi que don Celestino se precipitaba fuera de la casa, sentí un repentino entusiasmo y corrí también escaleras abajo.

En la calle encontré un fusil. Lo cogí y me situé junto a la entrada del cuartel, desde donde podía hacer fuego con cierta protección. Allí volví a ver una cara conocida, aunque horriblemente desfigurada. Pacorro Chinitas se incorporó entre un montón de tierra y el cuerpo de un moribundo.

—Gabriel —me dijo con voz desfallecida—, yo me acabo. Ya no sirvo para nada.

136

—Ánimo, Chinitas —le dije—, levántate.

—¿Levantarme? Ya no tengo piernas. Dame, yo te cargaré el fusil. ¿Ves esta sangre? Pues toda es mía y de este compañero que se va.

Empecé a disparar, primero con mucha torpeza, después con algún acierto. Entretanto, oía la voz del afilador, que se iba apagando.

—Adiós, Madrid. Gabriel, apunta a la cabeza. Yo ya me voy, que Dios me perdone. Los franceses ocuparán el cuartel, pero de cada gota de esta sangre saldrá un hombre con su fusil, hoy, mañana y al otro día. Gabriel, ponte más adentro. Si no tienes navaja, coge la mía, porque vendrán a la bayoneta. Ay, ya no veo más que un cielo negro. ¿De dónde viene este humo? ¿Me darás agua cuando esto se acabe? ¿Por qué no traen agua?

Cuando me aparté de allí, Chinitas había dejado de existir.

Me reuní con el centro de nuestras fuerzas, ya muy debilitadas. Apenas quedaban artilleros, y dos mujeres servían la pieza principal. Una de ellas era la Primorosa. Le vi soplar la mecha, que estaba a punto de extinguirse.

La artillería enemiga avanzaba hacia nosotros. Animados por Daoíz, los paisanos rechazaron por última vez el asalto de la infantería francesa.

—¿Vio usted cómo se fueron, señor general? —gritó la Primorosa—. Solo con mirarlos con mis ojos les hice volver *pa tras* muertos de miedo. ¡Viva España y muera Napoleón! Chinitas, ¿no estás por ahí? Ven acá, cobarde, calzonazos...

De repente, la valerosa mujer calló, pues la maja que estaba a su lado se desplomó con la cabeza abierta por un casco de metralla.

Sentí una mano que se apoyaba en mi brazo. Volví los ojos y vi a don Luis Daoíz. Herido en una pierna, se apoyó en mí para no caer al suelo. Extendí mi brazo alrededor de su cintura.

El fuego cesó, y el jefe de las fuerzas francesas se acercó a nosotros. En vez de tratar decorosamente las condiciones de rendición, habló a Daoíz de forma grosera y amenazadora.

—Si fuerais capaz de hablar con vuestro sable, no me trataríais así —respondió Daoíz.

El francés ni siquiera le escuchó. Dio una orden, y sus hombres se arrojaron sobre nosotros con terrible empuje.

El primero en caer fue Daoíz, con el pecho traspasado a bayonetazos. Todos los que pudimos retrocedimos precipitadamente hacia el interior del cuartel. Mientras don Pedro Velarde intentaba contenernos, un oficial enemigo lo mató de un pistoletazo por la espalda. La mayoría de los nuestros fueron pasados a cuchillo. Solo unos pocos pudimos escapar, saltando una tapia al fondo del cuartel.

138 Por fortuna, yo únicamente tenía una herida leve en la cabeza. Me puse a cubierto y luego me dirigí hacia mi casa dando un rodeo. Los franceses se habían retirado, después de dejar una pequeña guarnición en el cuartel. Mi calle estaba llena de gente, sobre todo mujeres, que intentaba reconocer los cadáveres. La Primorosa había recogido el cuerpo de Chinitas. También se habían llevado los de Daoíz y Velarde.

Cerca de mi casa me encontré con Juan de Dios. Andaba de aquí para allí, como un borracho o un demente. Llevaba las ropas destrozadas y la mano derecha envuelta en un pañuelo manchado de sangre.

—¡Se los han llevado, Gabriel! —exclamó al verme.

—¿Qué quieres decir?

—Los franceses se han llevado a Inés, y también al cura.

Mi sorpresa y mi angustia fueron tales que, por un instante, me sentí más muerto que vivo.

—Después de tomar el cuartel, los franceses entraron en las casas para detener a todos los que habían hecho fuego desde ellas —me explicó Juan de Dios entre sollozos—. Yo

había entrado en una taberna para echarme un poco de agua en la mano, pues una bala se me había llevado dos dedos. Desde allí vi que sacaban a Inés. ¡Cómo lloraba la pobrecita! Los franceses decían que les habían tirado una cazuela de agua hirviendo desde la casa. Le rogué a un sargento que la soltase, pero me dieron un golpe tan fuerte que casi pierdo el sentido. También prendieron al cura. Dicen que llevaba un cuchillo en la mano.

Al oír el relato de Juan de Dios las lágrimas acudieron a mis ojos. Luego sentí tanta indignación que empecé a dar gritos como un insensato.

—He oído que a los prisioneros los han llevado a la Casa de Correos —dijo Juan de Dios—. Vamos allá, Gabriel, a ver si conseguimos algo.

Fuimos a la Puerta del Sol. La inocencia de Inés y de su tío era para mí tan obvia que empecé a albergar esperanzas de que los franceses pusieran en libertad a mis dos amigos. Permanecimos ante la Casa de Correos hasta media tarde, junto a otra mucha gente que se lamentaba por sus parientes o amigos, detenidos por los franceses. Allí circulaba toda clase de rumores. No se nos permitía la entrada, y del edificio solo salían oficiales llevando órdenes. Finalmente, una compañía de granaderos y algunos mamelucos nos dispersaron.

Nos dirigimos a los Caños del Peral. Vimos a un pelotón de soldados que conducían, maniatados como salteadores, a dos ancianos y a un joven. Luego encontramos otra lúgubre procesión en la que iban una mujer joven, un

sacerdote, dos caballeros y un hombre vestido como un vendedor de la plaza, y luego otra más, compuesta de más de veinte personas de todas las clases sociales.

Ya no se oían gritos patrióticos. Había tropas francesas por todas partes. Empezaba a anochecer, y ya apenas encontrábamos españoles por las calles. Juan de Dios y yo nos separamos, prometiendo reunirnos en la Puerta del Sol una hora después.

Fui a casa de la marquesa, pero el portero me dijo que tanto ella como Amaranta habían partido dos días antes para Andalucía. Desesperado, volví al centro, e intenté inútilmente entrar en la Casa de Correos. Al rato llegó Juan de Dios.

140

—He oído que a todos los presos que estaban aquí se los han llevado a la Moncloa, al Retiro y a otros lugares. ¿Has leído el bando de Murat? Los que sean encontrados con armas serán fusilados. Los que se junten en grupos de más de ocho personas serán fusilados. Los que hagan daño a un francés serán fusilados. ¡Van a fusilar a todo Madrid!

—Pero ¿dónde está Inés? —pregunté yo—. ¿Dices que se los han llevado al Retiro?

—O a la Moncloa, o aquí mismo, a la iglesia del Buen Suceso. Ve tú al Retiro. Yo entraré en el Buen Suceso por la parte del hospital. Conozco a uno de los enfermeros.

Nos separamos a toda prisa, y yo corrí por la carrera de San Jerónimo. Solo encontré a algunas personas que también corrían. Oí a lo lejos las pisadas de las patrullas

francesas. De rato en rato, hacia el Prado, se distinguía un lejano resplandor, seguido de una terrible descarga de fusil.

Aquellos resplandores en medio de la negra noche y aquellos ruidos pavorosos me llenaban de una espantosa angustia. Oí una descarga muy cercana. Allá abajo, en la esquina del palacio de Medinaceli, el fogonazo iluminó un montón de personas colocadas en distintas actitudes. Tras la descarga se oyeron quejidos de dolor e imprecaciones que acabaron apagándose en el silencio de la noche. Los movimientos de unos faroles indicaban la marcha de los verdugos hacia el fondo del Prado.

142

Me acerqué al palacio, y vi a algunas personas que acudían a reconocer a los fusilados. Yo también los fui reconociendo uno por uno. Algunos todavía estaban vivos, aunque atrocemente heridos. Se arrastraban pidiendo socorro o suplicaban que se les rematase. Entre aquellas víctimas solo había una mujer, y no era Inés. Tampoco encontré a ningún sacerdote.

De allí me dirigí al Retiro. Los centinelas me detuvieron en la puerta del primer patio.

—Señor —le dije a un oficial que se acercó a la entrada—, busco a dos personas de mi familia que han sido traídas aquí por equivocación. Son inocentes.

El oficial, que no me entendía, hizo un movimiento para echarme, pero yo me arrodillé delante de él y seguí

suplicando hasta que el estrépito de otra descarga me hizo enmudecer. Finalmente, el oficial se apartó a un lado y me indicó que entrara.

En uno de los patios las víctimas, todavía palpitantes, yacían por el suelo. No lejos de ellas, otras esperaban la muerte. Vi cómo las ataban codo con codo y las obligaban a arrodillarse, unos de espalda, otros de frente. Ninguna clase de juicio ni de preparación espiritual precedía a aquella salvajada. Los granaderos hacían fuego una o dos veces, y los fusilados se revolvían en charcos de sangre. La mayoría sufría una atroz agonía antes de expirar, pues los franceses, aunque desde muy cerca, disparaban mal, algunos con visible repugnancia.

Las linternas colocadas delante de cada grupo alumbraban la escena con una luz siniestra. Ni entre los fusilados ni entre los que aguardaban el sacrificio vi a Inés ni a don Celestino. Unos soldados me ordenaron que saliera de allí. A la entrada hallé a un hombre que buscaba a un familiar. Me dijo que los que habían sido apresados en mi barrio estaban en la Moncloa. Corrí hacia allí con todas mis fuerzas, y no me detuve hasta llegar a la portalada que daba a la huerta del Príncipe Pío.

Ni con ruegos ni con llantos ni con amenazas logré que los centinelas me permitieran pasar.

—Déjeme entrar —le dije a uno de ellos con palabras sugeridas por la desesperación—. Vengo a que me fusilen.

El centinela me miró con lástima y me apartó con la culata de su fusil.

—¡Tienes lástima de mí, y no la tienes de los que busco! Pues no, no me tengas lástima. Mira.

Busqué en mis bolsillos y saqué la navaja que Chinitas me había dado.

—¿No ves lo que tengo aquí? Con esta navaja he matado a muchos franceses. Mira, aún gotea sangre.

Era una razón muy convincente, y el centinela no dudó en detenerme. Entré en la huerta. Apenas había dado unos pasos cuando mi alma se llenó de gozo. Inés y don Celestino estaban allí. Pero ¡de qué manera! En aquel momento los estaban atando como eslabones de la cadena humana que iba a ser sacrificada. Corrí hacia ellos, y los tres nos abrazamos.

144

Inés empezó a llorar amargamente.

—Inés —le dijo su tío—, tú eres la más inocente. Implora por nosotros si, como creo, llegas la primera al goce de la dicha eterna. Y tú, Gabriel, haz lo mismo que yo, y ya verás con qué tranquilidad recibes la muerte.

Yo no podía tener la serenidad que don Celestino me pedía. Me volví hacia un oficial que nos observaba.

—¡Fusiladnos a todos, fusilad al mundo entero —le grité—, pero poned en libertad a esta infeliz muchacha! ¡Yo he matado a cincuenta franceses, pero ella no ha hecho nada!

El oficial pareció conmoverse. Se acercó a Inés y la miró con atención. En ese momento llegó otro oficial con una linterna, seguido de dos hombres que nos examinaron. Al llegar a Inés, se detuvieron.



—Esta —dijo uno de ellos.

Eran Juan de Dios y el licenciado Lobo.

Lo que entonces ocurrió lo recuerdo siempre como esas formas vagas que la fiebre hace pasar ante nuestros ojos cuando estamos enfermos.

Los dos oficiales hablaron un instante, y el que antes nos custodiaba fue a desatar a Inés y se la entregó al otro. Inés no quería separarse de nosotros y nos abrazaba con sus manos ya libres. Pero fue inútil; nos la quitaron. Nunca olvidaré la extraña sensación que experimenté al perder el calor de sus manos y su cara. Vi cómo se la llevaban y desaparecía de entre las filas, sostenida, arrastrada por Juan de Dios.

146 Un instante después sentí un estruendo horroroso; luego, un zumbido dentro de la cabeza, un hervidero en todo el cuerpo, un calor intenso, seguido de un penetrante frío; después, una debilidad incomprensible, como si me hubiera quedado sin piernas; una acelerada palpitación en el corazón y un súbito detenimiento de sus latidos; la pérdida de toda sensación en el cuerpo, la absoluta reconcentración de todo mi yo en mi pensamiento; una profunda oscuridad, un vago reposo, un olvido creciente y, por último, nada, absolutamente nada.

BAILÉN

1

147

—Me hacen ustedes reír con su ignorancia respecto al hombre más grande y poderoso que ha existido en el mundo. ¡Si sabré yo quién es Napoleón! Yo, que le he visto, que le he hablado, que le he servido. Cuando el emperador venga en persona, España tendrá que someterse. Esta es la pura verdad.

Así hablaba un hombre para mí desconocido. Tendría unos cuarenta años, cierta hermosura marchita en sus rasgos, una mirada muy viva y una sonrisa entre melancólica y truhanesca. Llevaba el pelo corto y sin empolvar. Su casaca, oscura y de un corte poco frecuente; su chaleco, también de corte extranjero, y el bigote, que casi nadie llevaba en nuestro país, le hacían pasar como nacido fuera de España, aunque era español.

Fue el bigote lo que más me llamó la atención cuando, al abrir los ojos, le vi inclinado sobre la mesa, comiendo ávidamente unas gachas mientras amenizaba la cena contando entre cucharada y cucharada las proezas de Napoleón. Un hombre y una mujer, ambos de avanzada edad y también desconocidos para mí, componían su auditorio.

—España no se someterá, señor de Santorcaz —dijo el anciano—. Aquí no somos como esos cobardes prusianos y austriacos de los que habla. España echará a los franceses, aunque los manden todos los emperadores nacidos y por nacer.

148 —No te sofoques, Santiago —le dijo la anciana apaciblemente—. Yo pienso como tú, pero no es cosa de que te dé el reuma por lo que diga este mala cabeza de Santorcaz.

—Déjame, Gregoria —repuso el anciano—. Dígame, señor, ¿cree usted que les tenemos miedo? ¿A que no sabe lo que me han contado hoy en la Secretaría de Guerra? Me han dicho que mi pueblo, Valdesogo de Abajo, ha declarado la guerra a Napoleón. Y mi pueblo no es cualquier cosa. Allí pueden juntarse hasta cien hombres como cien castillos, tan feroces que despacharán un regimiento francés como quien fríe un huevo.

—Pues una mujer que ha venido de la sierra —dijo doña Gregoria— me ha contado que el mío también va a declarar la guerra a ese ladrón de caminos. Sí, señor de Santorcaz, mi pueblo, Navalgamella. Y allí no se andan con jueguitos. Ay, usted ha vivido tanto tiempo allá que se

ha vuelto muy extranjero, y no comprende cómo nos tomamos aquí las cosas.

—Precisamente por haber estado fuera tantos años —repuso Santorcaz— tengo motivos para saber lo que digo. He servido algunos años en el ejército francés. Sé lo que es Napoleón para la guerra y lo que son capaces de hacer sus generales y sus soldados.

—Ya —replicó el anciano—. Y supongo que usted, que los admira tanto, habrá venido para ponerse de su parte.

—No —respondió Santorcaz—. Yo he vuelto a España por un asunto personal. En unos días partiré para Andalucía. Cuando arregle mi negocio, me volveré a Francia.

—¡Ay, señor de Santorcaz, qué mal camino ha seguido usted! —se lamentó doña Gregoria—. ¡Y su familia llorando su ausencia durante quince años, desde aquella desafortunada aventura! Pero chitón; me parece que el chico se ha despertado.

Los tres me miraron. Sí, yo ya estaba despierto, y por fin podía darme cuenta de dónde me hallaba. Estaba tendido en una cama, en un rincón de aquel cuarto, con un brazo y la cabeza envueltos en vendas que olían a ungüentos y a vinagre.

Doña Gregoria se acercó a mi lecho.

—¿Estás despierto, niño? ¿Puedes hablar? ¿Entiendes lo que decimos? Pobrecito, ya se te ha quitado la fiebre. Ya estás fuera de peligro, y vivirás.

—En verdad, no sé cómo el infeliz ha podido sobrevivir —le dijo el anciano a Santorcaz—. Tenía tres balazos

en el cuerpo: uno en la cabeza, que no es más que una rozadura; otro en el brazo izquierdo, que no le dejará manco, y el tercero en un costado. Si no le hubieran sacado la bala, no le veríamos ahora tan despierto.

—¡Ay, chiquillo! —suspiró doña Gregoria, sentándose a mi lado—. ¡Cuánto se va a alegrar Juan de Dios cuando te vea!

—¿Juan de Dios? —exclamé con enorme sorpresa—. ¿Dónde está? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué ha sido de Inés?

—¡Otra vez Inés! No has dejado de pronunciar ese nombre. Déjate de Ineses, y ahora, descansa.

Santorcaz se acercó y me miró con interés.

150 —Cuentan que mataste a más de veinte franceses —me dijo—. Seguro que se te han quitado las ganas de volver a hacer de las tuyas. Ya ves que esa gente gasta bromas muy pesadas.

Tras decir aquello, tomó su capa y se marchó. Yo les hice mil preguntas a los dos ancianos, pero ellos se limitaron a decirme que me estuviera quieto y sin pensar en nada, para que no me volviera la fiebre.

Cuando, ya avanzada la noche, llegó Juan de Dios, sentí tal inquietud que, si mi debilidad no me lo hubiera impedido, habría saltado del lecho para correr hacia él.

—¿Dónde está Inés? —le pregunté lleno de ansiedad.

—Gabriel, todavía estás enfermo —repuso Juan de Dios—, y si te digo la verdad... No lo sé, amigo mío. No sé dónde está. El licenciado Lobo y yo la sacamos de la huerta del Príncipe Pío. Si no te salvamos también a ti fue

porque no pudimos, te lo juro. Llevamos a Inés a casa de unas conocidas de Lobo. Inés me hizo prometerle que volvería a buscaros a don Celestino y a ti, y eso fue lo que hice. Anduve de un lado para otro entre los grupos que reconocían los cadáveres hasta que os encontré. El sacerdote estaba muerto, pero tú vivías. Tus heridas no parecían de mucha gravedad. Después de dar sepultura a tu amigo te traje a esta casa, en la que me alojo.

—Pero Inés ¿dónde está?

—¡Ay, Gabriel! Después de traerte aquí, corrí a decirle que estabas vivo. Pero cuando entré en la casa donde la habíamos dejado, Inés ya no estaba allí. Aquellas señoras me dijeron que Lobo se la había llevado. Diez días tardé en encontrar al licenciado. ¿Sabes lo que me dijo? Se rio de mí, y me dijo que no pensáramos en volver a ver a Inés, porque se la había entregado a su verdadera madre, una persona muy importante que no sabía nada de su hija desde hacía muchos años. Lo siento mucho, Gabriel, pero no sé adónde la ha llevado ese monstruo.

Yo no estaba tan sorprendido como Juan de Dios por la conducta de Lobo. Seguramente, el licenciado pensaba obtener una buena recompensa al devolver a Inés a su familia. Yo sabía que estaba al tanto de quién era la madre de Inés, pues le había oído hablar de ello con don Mauro Requejo.

Cerré los ojos y me sentí menos angustiado. Me había apenado mucho oír que don Celestino había muerto, pero me consolaba la certeza de saber que ahora había un

nuevo santo en el Cielo. En cuanto a Inés, yo estaba casi seguro de que por fin se encontraba a salvo y en el lugar que le correspondía, y eso era lo más importante.

La primera persona que vieron mis ojos al día siguiente fue doña Gregoria, a quien ya había empezado a cogerle cariño. Estaba limpiando la sala, procurando no hacer ruido. Cuando desperté, dejó la escoba y corrió a mi lado.

—Hoy tienes mejor cara —me dijo—. Veremos qué dice el veterinario. Hijo, nosotros no podemos permitirnos un médico. Pero si el señor Nolasco no te hubiera sacado la bala, a estas horas estarías en el otro mundo.

Doña Gregoria me contó que su esposo era portero en una oficina de la Secretaría de Guerra. Con su sueldo y lo que Juan de Dios les daba por el alojamiento, pasaban la vida pobres y contentos.

—¿Y su otro huésped, el que vi anoche? ¿Quién es ese hombre? —le pregunté.

—El señor de Santorcaz no es nuestro huésped. Es un joven a quien conocimos en Alcalá, cuando estábamos establecidos allí y él dejaba sus estudios en la universidad para correr la tuna. Ha sido un calavera, y sus padres no lo han vuelto a ver desde que se marchó a Francia hace quince años, huyendo de un escándalo. Allí se hizo soldado. ¡Pobre desgraciado! Pero, a pesar de su mala cabeza, nosotros no le queremos mal, y cuando viene por España, siempre le damos hospitalidad.

Mientras conversábamos, su esposo llegó de la oficina. Don Santiago se quitó el pesado uniforme, que su esposa colgó de la percha, y se sentó a la mesa.

—Traigo grandes noticias, mujer —dijo cuando terminó de comer—. Te vas a poner más contenta...

—Como no sea que Murat ha reventado de un cólico.

—No es eso. ¿No decías que Navalgamella iba a declararle la guerra a esos canallas? Pues no es solo tu pueblo. También Asturias, León, Galicia, Valencia, Toledo, Burgos y Valladolid, y se cree que Sevilla, Badajoz, Granada y Cádiz harán lo mismo. A ti te lo puedo decir, y no importa que lo oiga este chico. Sí, oíd los dos: muchos oficiales se están fugando para unirse a los ejércitos españoles que se están formando. Por ahí se dice que Andalucía se va a sublevar. La Junta de Sevilla ha formado un gran ejército con las tropas que estaban en San Roque, las mejores de España.

En ese momento llegó Santorcaz.

—Muy contento parece usted hoy, don Santiago —dijo al entrar.

—Es que se ha enterado de una buena noticia —le explicó doña Gregoria.

—¿Ah, sí? ¿Y qué noticia es esa?

—Nada, poca cosa —respondió don Santiago con ironía—. Unos ejércitos de nada que se están formando. Cuando los franceses lo sepan, verá qué contentos se ponen también ellos. En todas las ciudades españolas se han nombrado o se van a nombrar Juntas que se negarán a hacer caso de lo que digan en Bayona.

—Pero si Fernando VII ya no es rey de España, porque ha cedido sus derechos al emperador, lo mismo que Carlos IV, ¿qué son esas Juntas, más que cuadrillas de insurrectos?

—Pues esas cuadrillas han reunido un ejército en San Roque —repuso don Santiago—. En toda España se está armando a los paisanos. Y en Castilla...

—Sí, ya lo sé —le interrumpió Santorcaz—, están formando otro ejército con soldaditos acostumbrados a hacer la guerra en los palacios, estudiantes, paletos y contrabandistas. Mire, don Santiago, es una desgracia, pero tenemos que confesar que no podemos enfrentarnos a los franceses. ¿Qué obstáculo puede ofrecer una turba de paisanos a quienes han sometido a toda Europa? Es muy triste que por la torpeza de nuestros reyes hayamos llegado a este extremo, pero ahora ya no nos queda más remedio que someternos.

—¡Someternos! —exclamó don Santiago—. ¡Eso jamás! ¡Es usted un insolente, señor de Santorcaz! Pero ¿qué se puede esperar de alguien que abandonó a su familia para irse a aprender malas artes al extranjero? ¡Salga usted de mi casa y no vuelva a poner los pies en ella!

Santorcaz se sentó a la mesa y se puso a comer tranquilamente, dejando que la ira de su anciano amigo se desvaneciera. Aquella escena se repetía todos los días sin mayores consecuencias, aunque esta vez don Santiago gruñó un poco más de lo habitual.

Si no me falla la memoria, aquella discusión tuvo lugar el 20 de mayo. Pocos días después me encontré con

fuerzas suficientes para levantarme y dar algunos pasos por la casa, y más tarde, para salir a la calle.

La gente de Madrid estaba muy agitada. A todos los dominaba un mismo sentimiento, el odio a los franceses. Era un odio fanático, como jamás se ha conocido otro igual. A pesar del número y de la fuerza de los invasores, había un secreto júbilo entre mis compatriotas, pues todos los días llegaban noticias de nuevos levantamientos, y todo el mundo pensaba que los franceses estaban a punto de retirarse.

En cuanto puse el pie en la calle, me dirigí a casa de la marquesa de... quiero decir, de la tía de Amaranta.

156 Supongo que, a estas alturas de mi relato, habréis llegado a la misma conclusión que yo, y pensaréis con el mismo fundamento que la madre de Inés no podía ser otra que Amaranta. Pues bien, lo que me dijeron en aquella casa confirmó todas mis suposiciones.

El portero, el mismo con el que yo había hablado la funesta noche del 2 de mayo, me dijo que la marquesa seguía en Andalucía. Iba a marcharme de allí cuando de repente vi salir de la casa a un criado en quien reconocí a un muchacho de mi barrio. Se alegró mucho de verme, y yo me alegré todavía más cuando, respondiendo a mis preguntas, me dijo que, efectivamente, el licenciado Lobo, asiduo visitante de aquella casa, se había presentado allí el 3 de mayo con una jovencita llorosa. Al día siguiente, el hermano de la marquesa partió para Córdoba a reunirse con su hermana y su sobrina Amaranta, y se llevó consigo a la jovencita.

—Entonces, ¿ahora están todos en Córdoba? —le pregunté.

—Sí, y por lo que he oído, no piensan volver a Madrid hasta que acabe todo este jaleo.

Le di las gracias por la información y volví a casa de doña Gregoria. Por el camino tomé una decisión: tan pronto como estuviera del todo restablecido, yo también viajaría a Córdoba.

Como le había oído decir a Santorcaz que debía viajar a Andalucía por cierto asunto particular, le pregunté si quería llevarme como escudero. Me respondió que su bolsa no le permitía contratar servidumbre, pero que con mucho gusto me llevaría como compañero y amigo. No le importó esperar unos días hasta que yo recuperase del todo las fuerzas. A finales de mayo o primeros de junio, después de despedirme de Juan de Dios y de mis generosos protectores, los dos nos pusimos en camino.

Santorcaz era pobre, y yo más pobre todavía, así que viajamos como pudimos, unos trechos en carro, otros en mulo, si los arrieros que volvían a la Mancha de vacío nos lo permitían, y las más de las veces a pie. Hacíamos noche en las posadas y ventas del camino, donde Santorcaz demostraba una prodigiosa habilidad para conseguir que le atendiesen bien sin hacer apenas gasto. Solía hacerse pasar por un insigne personaje, mandándome que le llamase excelencia y que me descubriese ante él siempre que nos mirara el mesonero. Con aquella impostura, más de una vez, además de no cobrarnos nada, salieron a despedirnos humildemente, rogándonos que les disculpáramos por el mal servicio.

Más allá de Noblejas se nos unió un mozo que llevaba el mismo camino, y que desde entonces se convirtió en nuestro inseparable compañero. Andresillo Marijuán, que así se llamaba el muchacho, era aragonés, tenía unos veinte años e iba a un pueblo de Andalucía a servir de mozo de mulas en casa de la condesa de Rumblar. Por su carácter franco y alegre, enseguida simpatizó conmigo y nos hicimos muy amigos.

Cruzamos la Mancha, un país triste y solitario. Marijuán y yo nos aburríamos bastante, menos cuando Santorcaz nos

contaba alguno de los extraordinarios sucesos que había presenciado, como la coronación de Bonaparte o la famosa batalla de Austerlitz, en la que Napoleón había derrotado a los emperadores de Austria y Rusia. Para Santorcaz, Napoleón era algo así como un enviado de Dios que había venido para transformar a los pueblos. Más de una vez nos dijo que las pretensiones de los españoles de desafiar a aquel rayo de la guerra, como él lo llamaba, le daban tantas ganas de reír como de llorar.

Una tarde, al acercarnos a Manzanares, distinguimos a lo lejos una gran polvareda, levantada, al parecer, por la marcha de un gran ejército. En la villa nos dijeron que eran las tropas del general Ligier-Belair, que iban en auxilio del destacamento francés de Santa Cruz de Mudela, sorprendido y derrotado el día anterior por los habitantes de esta villa. En Manzanares, los hombres se estaban armando para acudir en socorro de los de Valdepeñas, donde creían que pronto habría un reñido combate.

Al día siguiente encontramos por el camino a un gran número de paisanos de los pueblos vecinos, armados con escopetas y garrotes, que se dirigían a Valdepeñas. Animados por la curiosidad, apretamos el paso. Mucho antes de llegar divisamos una gran columna de humo. Valdepeñas ardía por los cuatro costados.

Tuvimos que abandonar el camino, pues los franceses se interponían entre nosotros y la villa. Seguimos el ejemplo de los demás paisanos y nos metimos entre viñas y sembrados. En la villa, el incendio cobraba colosales

proporciones. Cuando vimos que los franceses se replegaban hacia Manzanares, nos decidimos a entrar en Valdepeñas.

El espectáculo era horroroso. La calle Real estaba materialmente cubierta de jinetes y caballos muertos o gravemente heridos. Algunos intentaban levantarse, pero clavándose de nuevo las agudas puntas de hierro que los habitantes habían diseminado sobre el pavimento cubriéndolas con arena, volvían a caer. En algunas ventanas vimos cadáveres que pendían con medio cuerpo fuera, apretando aún entre los dedos la hoz o el trabuco. Dentro de las casas que todavía no habían sido devoradas por las llamas se veía a hombres, mujeres y niños cosidos a bayonetazos.

160

Abandonamos Valdepeñas y seguimos nuestro camino. Al atardecer, al volver la vista atrás y divisar la columna de humo que seguía alzándose sobre la villa, Marijuán y yo maldijimos en voz alta al tirano invasor de España. En contra de lo que esperábamos, Santorcaz no dijo una palabra y siguió andando muy pensativo.

Cruzamos la sierra y pasamos por poblaciones en las que apenas quedaban hombres, pues la mayoría había ido a incorporarse a las fuerzas que se estaban reuniendo contra los invasores. Pocos días antes, los franceses habían atravesado tranquilamente aquellos pueblos camino de Córdoba, ignorando que bajo las herraduras de sus caballos iba naciendo la hierba de la insurrección.

Llegamos a Bailén, donde residía el ama de Marijuán. Al ir a presentarse ante ella, nuestro amigo nos rogó que le acompañásemos. La condesa de Rumblar nos recibió con mucha hospitalidad.

—A estas horas —nos dijo—, los soldados del general Dupont deben de estar combatiendo contra el ejército de paisanos que salió de Córdoba para defender el puente de Alcolea. Si ganan los españoles, los franceses retrocederán hacia Andújar cometiendo mil atrocidades en el camino. No conviene que salgan ustedes de aquí, salvo que tengan intención, como mi hijo, de incorporarse al ejército que se está formando en Utrera. Pueden quedarse en mi casa.

La condesa nos convenció con sus buenas razones. Nos quedamos en su ilustre mansión, en cuyo interior resplandecía el blanco aseo de las casas de Andalucía.

Doña María Castro de Oro de Afán de Ribera, condesa viuda, era una mujer alta, gruesa, arrogante y varonil. Parecía mayor de cincuenta años, e infundía mucho respeto. Con ella vivía su hijo don Diego, un joven de carácter infantil, y sus hijas, Asunción y Presentación, dos jovencitas lindas, alegres y modestas a pesar de su nobleza. También vivía en aquella casa el ayo del joven don Diego,

un caballero bastante pedante al que todos llamaban don Paco.

El patrimonio de los Afán de Ribera era considerable, aunque muy inferior al de otras familias de Andalucía y de Castilla, pero doña María contaba con convertirlo en uno de los primeros de España cuando su hijo heredara el mayorazgo de unas primas suyas que carecían de descendientes directos. Para facilitarlo, doña María había concebido el proyecto de casar a don Diego con la hija de una de sus primas, que acababan de trasladarse de Madrid a Córdoba. Por desgracia, la invasión francesa la había obligado a suspender aquel proyecto. Todas estas cosas me las contó don Paco confiando en mi discreción.

162

—Hijo mío —le había dicho la condesa a don Diego—, te quiero mucho. Eres mi único hijo varón, y tu muerte no solo me mataría de pena, sino que aniquilaría nuestro linaje. Sin embargo, es preciso que vayas a la guerra. Los hijos de todas las familias nobles de Andalucía se han alistado ya en el ejército del general Castaños. Tú irás también, con una escolta de criados que armaré y mantendré durante toda la guerra.

Nosotros llegamos precisamente cuando se estaban haciendo los preparativos para la partida del condesito, y Marijuán y otros cinco criados fueron destinados a acompañarlo. Mas doña María, al saber que otros jóvenes de familias ricas de los pueblos vecinos habían llevado hasta diez, se fijó en Santorcaz y en mí y nos ofreció una peseta diaria, además del equipo de guerra.

Yo pensé que me convenía más llegar a Córdoba como oscuro soldado que como vagabundo, y acepté sin dudar. Santorcaz tardó algo más en decidirse. Mientras lo meditaba, me pareció muy agitado. Finalmente, le dijo a doña María que aceptaba, a condición de que se le permitiera esperar en Bailén unas cartas relativas a sus intereses que debían llegar de Córdoba y Madrid. En cuanto las recibiera, se incorporaría sin demora a la escolta de don Diego. La condesa accedió a ello.

De ese modo, los dos nos vimos convertidos en soldados de caballería, prestos a incorporarnos al ejército del general Castaños.

Partimos pocos días después. Doña María le entregó a su hijo la espada de los Rumblar, una hermosa hoja toledana que llevaba décadas guardada en un vetusto armario de la sala principal.

—Lo primero que has de hacer cuando llegues a Córdoba —le dijo a don Diego— es visitar a mis primas y darles estas cartas. Mira, aquí van las señas de su palacio. Diles que sentimos mucho que por ahora no pueda celebrarse la boda concertada, pero Dios así lo quiere, y la patria es lo primero.

Luego, adoptando un tono muy distinto, añadió:

—Piensa bien, hijo mío, que vas a defender nuestra patria, nuestro rey y nuestra religión. Si llegases a portarte como un cobarde, no vuelvas jamás a mi casa ni te acuerdes nunca de tu madre.

Los que formábamos la escolta, cada uno armado con un sable y dos pistolas, montamos en los caballos que se

nos habían destinado. El bagaje se repartió entre todos. A mí, junto con otros encargos, me tocó llevar las cartas que don Diego debía entregar en Córdoba. Mientras las colocaba en mi equipaje, pude ver de soslayo los sobres. Quedé sobrecogido al leer en ellos los nombres de Amaranta, de su tía la marquesa y del hermano de esta, el anciano diplomático al que yo había conocido en casa de mi antigua ama, la actriz.

Salimos de la casa y nos dirigimos a Mengíbar. No tomamos el camino real desde Bailén a Córdoba para no tropezar con la retaguardia de Dupont. Desde Mengíbar nos encaminamos hacia Martos, y de Martos, por Alcaudete y Baena, fuimos a buscar en Castro del Río la margen derecha del Guadajoz, que nos llevó a las inmediaciones de Córdoba.

Por el camino nos enteramos de la derrota de los españoles que defendían el puente de Alcolea. Más adelante nos dieron la terrible noticia del saqueo de Córdoba por los franceses. Decidimos tomar el camino de Écija, pero el 16 de junio, cuando supimos que el general Dupont, temeroso de ser sorprendido en Córdoba por las tropas de Castaños, se había retirado a Andújar para esperar refuerzos, retomamos nuestro itinerario inicial. Dos días después divisamos las torres, las espadañas y el blanco caserío de la ciudad.

Entrar en Córdoba nos llenó de emoción. Todavía no se había lavado la sangre que manchaba sus calles, y los cordobeses aún no habían contado el dinero y las alhajas que les habían robado. Solo pensaban en una cosa, en armarse y matar franceses.

En mi caso, a esa emoción se unió la que sentía por la proximidad de Inés. En cuanto nos instalamos en una de las mejores posadas de la ciudad, salí para buscar la casa de Amaranta y de su tía. No me resultó difícil encontrarla, pues había visto la dirección en los sobres que metí en mi equipaje.

Serían las doce cuando llegué a la calle de la Espartería, donde estaba la casa. Cuando di los primeros aldabonazos en la puerta me pareció que golpeaba en mi propio corazón. ¿Estaría allí Inés? ¿Habría olvidado ya que había existido un chico llamado Gabriel, fusilado por los franceses? ¿Sería posible que, deslumbrada por su nueva posición, se avergonzara de haberme amado?

Le rogué al criado que me abrió la puerta que me llevara a presencia de mi antigua ama, la señora condesa. Afortunadamente para mí, Amaranta se dignó recibirme. Estaba en una sala baja, fresca y oscura, vestida de blanco y abrumadoramente hermosa. Sus ojos negros volvieron

a parecerme los más bellos del mundo. La acompañaba su tío el marqués. El anciano diplomático me reconoció, me saludó con cierta cordialidad y se despidió de su sobrina.

—¿Qué vienes a buscar aquí? —me preguntó Amaranta en cuanto su tío abandonó la sala.

—Señora —respondí con cierta turbación—, he venido a Córdoba para incorporarme al ejército del general Castaños, y al saber que su excelencia estaba en esta ciudad, he querido visitar a mi antigua y querida ama.

—Eres un hipócrita. Supongo que no estarás buscando que te tome otra vez a mi servicio.

—No, señora. No quiero servir más. Soy soldado.

—¿Conque soldado? Seguro que pretendes llegar a general.

—No aspiro a tanto. Solo quiero contribuir a echar de España a los franceses.

—¿Y crees que España podrá echarlos? Yo no comparto esa ilusión. Aquí se les opuso resistencia, y los franceses convirtieron esta ciudad en un infierno. Que Dios nos dé valor para resistir lo que todavía nos espera. Y en Madrid, ¿cómo están las cosas?

—¿Piensa su excelencia volver a la Corte?

—¡Oh, sí! Pensamos marcharnos pronto, porque nos llama un asunto que interesa mucho a toda mi familia. No podemos seguir en Córdoba, y menos después de lo que ha pasado aquí.

—¿Ninguna de las personas de la casa fue maltratada por los franceses?

—Ninguna. Solo mi tío, el marqués, sufrió una contusión en la cabeza al esconderse debajo de una cama.

—¿Y las señoras? Oí decir que una sobrinita de la marquesa... o de su excelencia la condesa, no estoy seguro, había venido de Madrid.

—No —contestó Amaranta mirando al suelo.

—Pues debo haberme confundido. Me parece que en Madrid le oí decir al señor licenciado Lobo... pero no, seguramente se equivocó.

—¿Conoces al señor Lobo? —me preguntó con visible inquietud.

—Ya lo creo. Lo conocí cuando yo servía en casa de don Mauro Requejo. Había allí una chiquilla, huérfana de padre y madre.

—¿De qué estás hablando?

—De una chiquilla llamada Inés. Los Requejo la martirizaban. Yo quise sacarla de allí, pero los franceses me fusilaron.

—¡Te fusilaron!

—Sí, señora. Pero sobreviví. Salí de Madrid acompañando al señor de Santorcaz.

—¡Santorcaz! —exclamó la condesa, poniéndose encarnada y después pálida como un cadáver.

Se levantó de la silla, fingió buscar algo, dio media vuelta y volvió a sentarse.

—¿Qué estabas diciendo?

—Decía que salí de Madrid con el señor de Santorcaz, un caballero...

—Eso no me interesa. ¿Decías que esos Requejo martirizaban a aquella chiquilla?

—Sí, señora. A mí se me desgarraba el corazón. Yo había conocido a Inés cuando vivía con su tío, el buen don Celestino del Malvar. Nos conocíamos los dos, y como ella era tan buena... No puedo ocultarle a su excelencia la verdad.

—Pues dímela de una vez.

Una inmensa pena me oprimía el pecho. Olvidando todo tacto y toda prudencia, le dije lo que me dictaba el corazón.

—Señora, Inés y yo éramos novios. Yo la quiero, la adoro. Ella también...

Amaranta se levantó llena de cólera y me mandó callar, llamándome truhan y desvergonzado. Agitó una campanilla, vino un criado, y la condesa le ordenó que me pusiera inmediatamente en la calle.

Mientras yo me moría de pena, en Córdoba todo el mundo esperaba con impaciencia la llegada del ejército de Castaños. Los voluntarios se uniformaban según el gusto y las posibilidades de cada cual. Se hicieron muchos uniformes, pero no bastaban para equipar los dos regimientos, uno de caballería y otro de infantería, que había organizado la Junta de Córdoba. Este inconveniente se resolvió disponiendo que con cada uniforme se vistieran dos hombres: uno llevaba la casaca y el sombrero, y otro el pantalón, la chaqueta y la gorra de cuartel. La verdad es que aquellas tropas daban un poco de risa.

169

Durante aquellos días de espera yo no tenía nada que hacer. Estaba tan triste que procuraba apartarme de mis compañeros. Pasaba el día y parte de la noche vagabundeando a solas por las tortuosas calles de la ciudad. Todos los días pasaba largas horas delante de la casa de Amaranta, contemplando sin esperanza sus cerradas ventanas.

Por fin, el 1 de julio, llegó el ejército de Castaños. Nuestra partida estaba prevista para el anochecer. Unas horas antes salí a despedirme de las laberínticas calles de Córdoba, en cuyos escondidos repliegues mi tristeza había encontrado refugio. Aquel día yo estaba más triste que nunca. Al pasar

por una plazuela me pareció oír mi nombre. Me volví y no vi a nadie. Al otro lado de la plazuela había una iglesia. Una vieja, al salir, hizo rechinar las herrumbrosas bisagras de la puerta. Yo había confundido aquel sonido lastimero con una voz humana.

Iba a marcharme de allí cuando volví a oír mi nombre. Esta vez no era la puerta. Un hombre se me acercó dando muestras de alegría por haberme encontrado. Era el tío de Amaranta.

—¡Gabriel! —me dijo sin dejar de mirar a un lado y otro de la plazuela—. Vas a hacerme un favor. No sé cómo a mi sobrinita y a mi hermana se les ocurre hacerme salir, cuando saben que padezco gota y que estas calles no son seguras. ¿No crees que los franceses pueden regresar en cualquier momento? Yo me vuelvo a casa. Toma, encárgate tú de esto. Lleva esta carta al convento. Mira, en ese callejón está la puerta del torno. Pregunta por la señorita Inés, la novicia. Dile que vas de parte de mi hermana, la marquesa. Dale esta carta. Dile que es preciso que se decida a salir del convento, porque nos vamos para Madrid. Si te da una respuesta, llévala a casa. Yo me voy. Adiós.

El marqués desapareció, llevado por su miedo. Lleno de alegría, corrí a la portería del convento y di fuertes porrazos en el torno. Una voz regañona me respondió. Le dije a la portera que venía a traer un recado para la señorita Inés. La portera me dijo que esperase en el locutorio. Al poco rato aparecieron dos monjas al otro lado de la reja. Una de ellas era Inés. No sé cómo pude mantenerme en pie.

Estaba pálida y delgada, pero la reconocí a pesar de la escasísima luz del locutorio. ¡La hubiera reconocido en la oscuridad de las entrañas de la tierra! Me pareció que, al verme, cerraba los ojos y asía las rejas con sus dos manos para sostenerse.

Durante unos instantes no pude decir una palabra.

—La señora marquesa me ha dado esta carta para la señorita Inés —dije finalmente, introduciéndola a través de la reja—. También me ha dado un recado de palabra, y es que la señorita se prepare para salir del convento y partir con ella hacia Madrid.

—¡Oh! —exclamó la monja que la acompañaba—. La señora condesa y la señora marquesa hacen muy mal en contrariar la decidida vocación de esta niña. La pobrecita ya no quiere cuentas con nadie más que con su prometido esposo, nuestro señor Jesucristo.

—Madre Transverberación —dijo Inés, haciendo un esfuerzo para que su voz no delatase su emoción—, ¿no ha traído el chocolate y los bollos que sus mercedes hicieron ayer para la condesa?

—No.

—¿Tendría la bondad de ir a buscarlos para que se los lleve este mozo?

La monja se alejó gruñendo. En cuanto nos dejó solos, me abalancé sobre la reja.

—¡Inés mía, estoy aquí! Salí vivo de aquel montón de muertos, en el que perdimos para siempre a nuestro querido don Celestino. Ahora le doy las gracias a Dios,

porque al ayudarme a encontrarte me ha salvado dos veces la vida.

—¿Qué debo hacer, Gabriel? —me preguntó Inés con impaciencia—. ¿He de obedecer a esas señoras?

—Sí, Inés, sal de aquí. ¿Qué dice la carta?

—Toma, léela tú.

Leí la carta a la escasa luz del locutorio. En ella, Amaranta y su tía se referían a su decisión de casar a Inés con un joven de alto linaje, aplazada a causa de la guerra. Las dos urgían a su sobrina a salir del convento y a acompañarlas a Madrid.

—Sí, saldré —dijo Inés cuando acabé de leer la carta—. Ya no quiero seguir aquí.

172

—¿Estabas decidida a ser monja?

—Sí, Gabriel. No tenía más consuelo que la idea de encerrarme aquí para siempre. Quienes me trajeron a Córdoba me dejaron en este convento. Luego vinieron esas señoras a decirme que era su sobrina, que me querían mucho, que me iban a casar. Yo les respondí que pensaba quedarme aquí toda la vida. Estaba confundida, asustada, desesperada...

—¿Y ahora?

—Ahora que te he visto, estas paredes se me caen encima. Quiero salir.

—¡Ay, Inés! Ahora perteneces a una familia noble. ¿No te avergonzarás de mí? El otro día fui a visitar a la condesa, y cometí la indiscreción de decirle que te quería. Se enfureció tanto que hizo que me pusieran en la puerta. Solo soy



un criado, Inés, un miserable chico de la calle, indigno de ser mirado por personas de tu categoría. Pero no creas que lo siento. Me gusta verte en el lugar que te corresponde.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Lo que deba hacer. Sal del convento, Inés, ve con esas señoras y espérame. Iré a buscarte, te lo prometo. Si para entonces no has cambiado de opinión, si me sigues queriendo...

Inés pasó su dedo índice por uno de los huecos de la reja, y yo se lo besé. En ese momento, la monja regresó.

—Aquí están el chocolate y los bollos. Hala, ya es hora de que este mocito se marche, que el locutorio se va a cerrar.

—¿Y qué le digo a la señora marquesa en respuesta al recado que he traído?

—Dile que haré lo que me mandan —respondió Inés—, y que cuando quieran venir por mí, estoy dispuesta a salir del convento.

—¿Pero qué dice, niña? —gruñó la monja, alarmada—. ¡Qué pensará su futuro esposo, Jesucristo, si la oye! Nada, nada, rapaz, dile a la señora marquesa que la niña persiste en su ejemplar vocación, y que no quiere saber nada del mundo y de sus tentaciones.

Inés estalló en una carcajada tan fresca y tan jovial que hasta las paredes del convento parecían regocijarse con su alegre sonido.

—¿Qué sucede, niña? —le dijo la monja—. Es la primera vez que se ríe usted de ese modo en esta casa. Adentro, niña, adentro. Tengo que decírselo a la madre abadesa.

El locutorio se cerró, y yo salí a la calle sintiéndome lleno de fuerza y capaz de todo, pues la presencia y las palabras de Inés me habían abierto horizontes sin límite.

Antes de llegar a la posada, el estruendo de los tambores y las cornetas me anunció la salida del ejército. Corrí a buscar mis armas y mi caballo y me incorporé a la escolta de don Diego. Era ya de noche cuando salimos. Toda Córdoba se echó a la calle para despedirnos.

176

La base del ejército de Andalucía eran las tropas estacionadas en San Roque, mandadas por Castaños, a las que debían unirse las que Teodoro Reding traería de Granada. Sumaban unos catorce mil hombres, y estaban compuestas por lo más selecto de nuestra infantería, algunos caballos y una excelente artillería. A ellas había que añadir los regimientos provinciales, que nada sabían de la guerra, aunque estaban dispuestos a aprenderla; un número difícil de precisar de paisanos armados, incorporados voluntariamente o por disposición de las Juntas, y, por último, contrabandistas, granujas, chulillos de Córdoba, vagabundos y holgazanes que pusieron sus malas artes al servicio de la patria. Si estos últimos, por sus costumbres, no eran la mejor tropa del mundo, en cambio no temían combatir, y con un poco de disciplina se convirtieron en excelentes soldados.

Anduvimos toda la noche, y al día siguiente, al salir de El Carpio, nos desviamos a la derecha, tomando el camino

de Bujalance. Ese día encontramos a Santorcaz, que había salido de Bailén en nuestra busca. Había recibido las cartas que esperaba, y ahora se mostraba tan deseoso de enfrentarse a los franceses como los demás. Desde ese momento, se convirtió en el principal personaje de la cuadrilla después de don Diego. Cabalgaba siempre al lado de este, cautivándole con el relato de hazañas extraordinarias.

Nuestra marcha era un verdadero paseo triunfal. La gente de los pueblos nos seguía a un lado y otro del camino, improvisando fiestas y bailes en todas las paradas. Cuando el ejército se detenía, la tropa parecía olvidarse de la invasión francesa, y el campamento se convertía en una feria. Durante la primera semana del mes de julio no nos faltaron víveres en abundancia, y como tampoco tropezamos con el enemigo, establecido al otro lado del Guadalquivir, lo pasábamos estupendamente.

177

El que más parecía disfrutar era el condesito de Rumblar. Don Diego, como creo que ya he dicho, tenía un carácter muy infantil. Don Paco, su ayo, no había sido capaz de ayudarle a desarrollar su inteligencia. Pero ahora, gracias al contacto con tanta gente y, sobre todo, a la gran influencia que Santorcaz ejercía sobre él, empezaba a despabilarse y a adquirir una soltura que antes no tenía.

En Porcuna se nos unió Reding con las tropas de Granada. El ejército comenzaba a impacientarse. Por fin, tras un largo consejo de nuestros generales, el 12 de julio se nos distribuyó en tres divisiones para tomar inmediatamente la ofensiva. La primera la mandaba el general Reding; la

segunda, el marqués de Coupigny, y la tercera, el teniente general Félix Jones. La reserva estaba a las órdenes de don Juan de la Peña. Se formaron además destacamentos sueltos para hostigar al enemigo, como el de los trescientos escopeteros capitaneados por el cura don Ramón de Argote, quien, a mi parecer, hubiera estado mejor diciendo misa.

178 Nuestras fuerzas ascendían a unos treinta mil hombres, de los cuales solo tres mil eran de caballería. Nos extendíamos por la orilla izquierda del Guadalquivir, entre Arjonilla e Higuera de Arjona, cerca de Mengíbar. En la orilla opuesta, Dupont ocupaba Andújar con catorce mil hombres, y Vedel estaba en Bailén con diez mil. Ligier-Belair, el mismo general al que habíamos visto batirse con los vecinos de Valdepeñas, se hallaba frente a Mengíbar, guardando el paso del río.

La primera división recibió orden inmediata de ponerse en marcha, mientras Castaños se dirigía con la tercera y la reserva hacia el puente de Marmolejo, para cruzarlo y atacar a Dupont en Andújar. El día 13, incorporados al regimiento de Farnesio de la división de Reding, el condesito y los que le seguíamos avanzamos hacia Mengíbar. Éramos unos seis mil hombres: los regimientos de la Corona, de Irlanda y de Jaén, los guardias suizos y valones, los granaderos provinciales, los fusileros de Carmona, la caballería de Farnesio y seis cañones muy respetables.

Cuando llegamos a Mengíbar, encontramos a la población muy alborotada. Un destacamento francés enviado

en busca de víveres había asolado toda la comarca después de cometer terribles atrocidades en Jaén. Se hablaba de frailes asesinados en sus hospitales, de mujeres acuchilladas, de niños degollados en la cuna. Al vernos llegar, la gente acudía en tropel, suplicándonos que no dejáramos vivo un francés. En la plaza del pueblo, dos frailes que habían logrado escapar a la carnicería de Jaén predicaban el exterminio de los invasores. Escuchando aquellos gritos y lamentos, comprendí las crueldades de las que, por su parte, empezaban a ser víctima los franceses cuando se rezagaban.

La tarde del 15 de julio, un grupo de jinetes llegó con noticias del campamento de la segunda división, situado entre nuestras fuerzas y la de Castaños. Desde allí habían visto una gran polvareda en la orilla derecha. Al parecer, la división de Vedel marchaba desde Bailén a Andújar para reforzar a Dupont, que ya debía de haber trabado combate con Castaños.

180 —¿Y a qué espera Coupigny para acudir con su división en su ayuda? —preguntó Santorcaz con la suficiencia que le caracterizaba.

—Por ahora, el marqués se está quieto —respondió uno de los jinetes—. Al parecer, se ha puesto de acuerdo con Reding para atacar juntos Bailén.

—Pero si Vedel marcha ya sobre Andújar —objetó Santorcaz—, ¿a quién vamos a atacar en Bailén? Lo que habrá que hacer es ocupar ese pueblo y avanzar a continuación hacia Andújar para embestir a Dupont y a Vedel por la espalda, mientras Castaños le ataca de frente. Ese es sin duda el plan de nuestros generales, pero ya deberían haberlo puesto en ejecución. Si llegamos mañana, solo Dios sabe lo que pasará.

Todos estábamos seguros de que el paso del río era inminente. Sin embargo, al anochecer se nos ordenó mar-

char río arriba. No comprendimos el sentido de aquella maniobra hasta que nos explicaron que vadearíamos el Guadalquivir en un punto distinto del previsto por los franceses. Algunas fuerzas de infantería y dos cañones cruzaron por el vado del Rincón. Nosotros seguimos marchando río arriba, y no pasamos al otro lado hasta poco antes del amanecer.

Permanecimos ocultos en un terreno bajo. No se veía a los franceses por ningún lado, pero empezamos a oír un intenso tiroteo hacia el vado del Rincón. Entonces se nos ordenó marchar en aquella dirección. La infantería avanzó por un sendero, mientras los de a caballo lo hacíamos por un terreno más alto. Avistamos a la infantería francesa, que, atrincherada en espesos matorrales, hacía un mortífero fuego sobre nuestros compañeros.

181

Como a dos tiros de fusil de allí, sobre una loma, distinguimos una brillante masa. Era un escuadrón de coraceros, la mejor caballería del ejército francés. Los jinetes españoles contemplamos el resplandor de las bruñidas corazas, a las que el sol naciente arrancaba plateados reflejos, y después, sin decir nada, nos miramos unos a otros, como si contáramos nuestro número. El único rumor que se oía en nuestras filas era el tintineo casi imperceptible de las espuelas, producido por el temblor de las piernas de los jinetes al comienzo de toda batalla.

El tiroteo arreció, y nuestra infantería consiguió desalojar a los franceses de sus posiciones. Mientras estos se replegaban en desorden hacia la carretera, los coraceros

descendieron de la loma en perfecta fila. Sus caballos relincharon, y los nuestros relincharon también, aceptando el reto. Recibimos la orden de bajar a terreno llano y converger sobre el flanco de nuestra infantería. Teníamos ya delante de nosotros a los coraceros, que protegían la retirada de sus fusileros. Pero la caballería francesa, al observar nuestro movimiento y reconocer su inferioridad, invadió precipitadamente la carretera. En ese momento, nos dieron orden de cargar.

—¡Viva España, Fernando VII y la Virgen de Fuensanta!

Nos lanzamos al galope. Ya nadie tenía miedo; por el contrario, todos los de mi fila rabiábamos por no estar en las de vanguardia, a las que veíamos acometer a sablazos a los franceses. Como Marijuán y yo no encontrábamos a francés alguno, descargábamos nuestro furor causando grandes estragos con nuestros sables en los arbustos del camino.

Los enemigos huyeron a toda prisa hacia Bailén. Una vez posesionados del camino, seguimos adelante. Hacia las diez, nos dieron orden de detenernos para reagruparnos en columnas y avanzar más despacio, pues nuestros jefes temían que el enemigo, después de recibir refuerzos, lanzara un contraataque. Y eso fue, en efecto, lo que sucedió.

A eso del mediodía, nuestras columnas avanzadas recibieron el fuego de los franceses, que habían logrado rehacerse con el apoyo de un destacamento recién llegado de Linares. Enfurecidos por el revés anterior, acometieron briosamente a nuestra vanguardia. Nuestra infantería se

desplegó a los lados del camino y se dispuso a repeler el ataque. Los de a caballo, lejos todavía de la acción, aguardábamos ansiosos que se nos enviara a lo más recio de la lucha cuando, de repente, el fuego cesó. Vimos con sorpresa que los franceses retrocedían a la desbandada hacia Bailén. Según supimos luego, el jefe de aquellas fuerzas, el general Gobert, había sido mortalmente herido por un disparo.

Al ver que el enemigo se retiraba, prorrumpimos en gritos de júbilo.

—Hoy es 16 de julio, día del Carmen —dijo don Diego—. ¡Viva la Virgen del Carmen y mueran los franceses!

Nos preparábamos ya a marchar sobre Bailén cuando se nos ordenó volver hacia Mengíbar para pasar otra vez a la orilla izquierda del río. Aquella orden nos pareció incomprensible.

—Señor de Santorcaz —le pregunté a mi compañero mientras vadeábamos el Guadalquivir con el agua al estribo—, ¿por qué, después de esta victoria, desandamos lo andado?

—Gabriel —me respondió—, eres un zopenco. ¿Te crees que no hay más franceses que esos cuatro gatos que has visto? Esto solo ha sido una fiestecilla, y todavía no ha empezado lo bueno. O mucho me equivoco, o no emprendemos un nuevo ataque hasta que nos reunamos con la segunda división. Hasta entonces, no volveremos a cruzar el río.

Acampamos en un alto, a espaldas de Mengíbar. Era una de esas noches del verano andaluz: serena, caliente, con un cielo inmenso y una atmósfera clara. Tendidos sobre la caldeada tierra a orillas del río, pasamos las horas hablando, cantando o discutiendo los pormenores de la escaramuza, que a los paisanos nos parecía la más gloriosa acción de los tiempos modernos.

184 Don Diego, siempre arrimado a Santorcaz; Marijuán y yo y algunos más formábamos un grupo muy animado. Después de cantar, la conversación recayó en tema de mujeres.

—Yo me voy a casar muy pronto —dijo el condesito de Rumblar—, y a todos los convidó a mi boda. Mi señora madre lo ha arreglado todo con otras dos señoras de Córdoba. La verdad es que no he visto a la novia, aunque sus tías me dieron un medalloncito con su retrato. Por miedo a perderlo, se lo he dado al señor de Santorcaz, para que él me lo guarde.

—Será para cuando acabe la guerra, porque ahora no está el horno para bollos —dijo Marijuán—. Yo también me casaré. Mi novia es de Almunia, y tiene siete parras, media casa y burro y medio que heredar. También yo los convidó a todos a mi boda. Y tú, Gabriel, ¿no piensas casarte?

—No voy a ser menos que vosotros —respondí—. Cuando acabe la guerra, pienso casarme con una condesa.

—¡Ahí es nada, una condesa! —exclamó Marijuán—. ¿Y en qué reales alcázares está tu novia?

—Este Gabriel es un bobalicón, que no sabe ni lo que habla —dijo don Diego—. Pero dejémonos de novias. ¿Queréis que os diga un romance? Me sé uno muy bonito. Me lo enseñó mi hermana Presentación.

Sin esperar a que los demás dijéramos nada, el condesito empezó la siguiente retahíla:

Allá arriba, en aquel alto,
hay una fuente muy clara,
donde se lava la Virgen
sus santos pechos y cara...

185

—¡Basta de romances! —exclamó Santorcaz de improviso, asustándonos a todos—. Eso es cosa de chiquillos, no de hombres hechos y derechos. ¿No sabe usted más que eso?

—Sé muchos más —dijo el joven con timidez—. Me los ha enseñado don Paco para que los diga en las tertulias.

—¿Y no le ha enseñado nada más ese zopenco?

—Anda, pues un poco de latín. Pero mi madre ha dicho que no hace falta que lo aprenda.

—¿Y qué libros ha leído usted?

—Nada más que la *Guía de pecadores*, donde está eso del infierno, que da mucho miedo y luego uno sueña con ello.

Santorcaz sonrió.

—Señor don Diego —le dijo—, la educación que usted ha recibido no puede ser más deplorable en un joven mayorazgo, que por su alta posición debería cultivar su entendimiento. Aunque, o mucho me equivoco, o todo eso de los mayorazgos se va a ir muy pronto a donde yo me sé. Díganme —añadió, volviéndose hacia los demás—, ¿no les parece que el mundo está muy mal arreglado?

—Como que Dios debería volver a hacerlo —dijo uno de los presentes—. Eso de que se lo lleve todo el que primero salió del vientre de la madre y los demás se queden a dos velas no está bien.

—No, no está nada bien —opinó Marijuán—. ¿No somos todos hijos de Dios?

186

—¿Sabéis lo que decían en Sevilla? —dijo otro—. Pues que las Juntas se van a poner de acuerdo para quitar muchas cosas malas que hay en el gobierno de España, cosa que podemos hacer nosotros sin que tengan que venir los franceses a enseñárnoslo.

—Pues entonces que quiten los mayorazgos, y que todos los hermanos, varones y hembras, entren a heredar por partes iguales.

—Eso no puede ser. El rey no va a ser tan tonto de quitar los mayorazgos, por la cuenta que le tiene. Si los quitara, se acabarían las grandes casas nobiliarias que sostienen el reino.

—Es que si el rey no quiere quitarlos, no faltará quien los quite —dijo Santorcaz.

Todos se echaron a reír al oír aquello.

—Sois unos zotes. ¿Creéis que nadie manda más que el rey?

—Nadie —dijeron varios.

—Y si todos los españoles dijeran con una sola voz: «Queremos esto, señor rey, porque nos da la gana», ¿qué haría el rey?

Todos abrieron la boca, pero nadie supo contestar.

—Sois unos animales —siguió diciendo Santorcaz—. ¿Qué es lo que está pasando en España? Hace cuatro meses había en Aranjuez un mal ministro, sostenido por un rey bobo, y dijisteis: «No queremos ese ministro y ese rey», y Godoy se fue y Carlos abdicó. Después Fernando VII puso sus tropas en manos de Napoleón, y las autoridades recibieron orden de doblar la cabeza, pero los madrileños dijeron: «No nos da la gana de obedecer al rey, ni al Consejo, ni a Murat», y acuchillaron a los franceses en las calles. ¿Qué pasó después? El nuevo rey y el viejo rey van a Bayona, donde les aguardaba Napoleón, y le regalan la corona de España. Y Napoleón coge la corona y se la da a su hermano José, mientras les dice a ustedes: «Españoles, conozco vuestros males y voy a remediarlos». Ustedes se encabritan y contestan: «No, camarada, aquí no entra usted. Si tenemos sarna, nosotros nos la rascaremos. No hay más rey de España que Fernando VII». Fernando se dirige a los españoles y les dice que obedezcan a Napoleón. Pero entretanto, el alcalde de un pueblo de doscientos vecinos escribe un papelucho, diciendo que se armen todos contra los franceses; ese papelucho va de pueblo en pueblo,

y a su paso se va levantando toda la nación, desde Madrid a Cádiz, y lo mismo en el norte. Los pueblos grandes, igual que los pequeños, forman sus Juntas, que dicen: «Aquí no manda nadie más que nosotros. No reconocemos las abdicaciones, ni admitiremos de rey a ese don José, ni nos da la gana de obedecer al emperador, porque los españoles mandamos en nuestra casa». ¿Lo comprendéis? Esto es, ni más ni menos, lo que está pasando aquí. Y ahora contestadme, alcornos, ¿quién manda, quién hace y deshace, el rey o la nación?

Aquellas palabras nos dejaron a todos admirados y estupefactos.

La conversación terminó en aquel punto. Todos empezaron a rendirse al sueño, menos el condesito de Rumblar y Santorcaz. Los dos siguieron hablando animadamente, como si discutieran planes de gran importancia para ambos. Yo me aparté del grupo y me eché sobre el suelo lejos de allí, sin poder ni querer cerrar los ojos. Y así, meditando sobre todo lo que había visto y oído desde mi salida de Madrid, aguardé la aurora.

Al día siguiente, 17 de julio, hicimos otro movimiento incomprensible para nosotros, río arriba, y el 18 parte del ejército se entretuvo en marchas cuyo sentido se nos seguía escapando. Por fin, ese día, al anochecer, nos reunimos en Mengibar con la división de Coupigny. Solo nos detuvimos el tiempo necesario para recoger provisiones, y ya de noche, emprendimos el camino de Bailén. Éramos catorce mil hombres, y todo indicaba que íbamos a enfrentarnos al ejército francés en una verdadera batalla.

189

Por lo que sabíamos, Dupont seguía en Andújar, reforzado por la división de Vedel. No teníamos noticias de Castaños. Quizá aún no había atacado Andújar, aguardando a que nuestras dos divisiones cayeran sobre la espalda de Dupont bajando desde Bailén.

Entramos en Bailén ya avanzada la noche, sorprendidos de no encontrar allí tropas francesas. ¿Cómo era posible que ni siquiera hubieran dejado un par de batallones en un punto tan importante? Los vecinos salieron en masa a recibirnos y nos dijeron que la división de Vedel había pasado por allí en dirección a La Carolina.

—Pensamos que estarían ustedes en Linares —nos dijo don Paco, el ayo del condesito, mientras abrazaba jubiloso a su discípulo—. Vengan un rato a casa, donde

la señora condesa y las niñas están rezando por el éxito de la guerra.

Reding había ordenado marchar inmediatamente sobre Andújar, pero aun así tuvimos tiempo de tomar un tentempié en una de las salas de la casa de los Rumblar. Allí nos recibió la condesa, cubierta con un manto negro. Sus hijas se arrojaron llorando en los brazos de su hermano. También doña María lo abrazó, y luego nos saludó a los demás con mucho afecto. Santorcaz era el único de la cuadrilla que no estaba presente. Le había pedido a don Paco papel y pluma y se había retirado al despacho de este a escribir unas cartas.

190 —Hijo mío —le dijo la condesa a don Diego, tomando asiento en un sillón—, nadie me ha dicho que destacaras en el combate del otro día. ¿Has tenido miedo?

—¡Miedo! —exclamó don Diego riéndose—. No, señora. Hasta ahora me he limitado a cumplir con mi deber, pero no se impaciente. Aunque no soy más que un soldado, espero lucirme.

—Tú no eres un simple soldado —dijo la condesa—. ¿Qué se diría de nuestro apellido si no hicieras algo superior a lo que corresponde a un simple soldado?

—Señora, haré lo que pueda, y según lo que haga, seré más o menos que los demás. Ahora no soy nada, por muchos papeluchos viejos y escudos de armas que haya en esta casa.

La condesa se puso encendida como la grana. Entretanto don Diego reparó en que los demás permanecíamos

respetuosamente detenidos en la puerta de la sala, y con un gesto de campechana confianza nos dijo:

—¡Ea, muchachos, entrad todos aquí! ¿Qué hacéis en la puerta? Poneos los sombreros, que aquí todos somos iguales, pues somos compañeros de armas. Bebamos juntos, ¿o es que tenéis vergüenza porque soy noble y mayorazgo? Fuera necedades, que las Juntas quitarán todas esas anti-guallas, y entonces cada cual valdrá según lo que tenga y sepa.

Esta vez, doña María se puso verde.

—Recordarás, hijo mío —le dijo— que te entregué una espada que fue de tus abuelos. Espero que no la deshonorarás.

—¡La espada! —exclamó el condesito con sorpresa—. No me acordaba de la dichosa espada. Ya no la tengo.

—¿Que no la tienes? —preguntó doña María estupefacta.

—No, señora. ¡Si no sirve de nada! Cuando nos lanzamos al ataque en Mengíbar, a los primeros golpes que di con ella en unas hierbas observé que no cortaba. La hoja estaba mellada, y cubierta de moho de la punta a la empuñadura. ¡Para qué me servía? Como no tenía filo, la cambié por un sable nuevo que me dio un sargento.

—¡Diste la espada, la espada! —exclamó la condesa, levantándose de su asiento.

—Señora madre, ¡si no servía más que de estorbo! Muy bonita, eso sí, toda llena de inscripciones y dibujos de plata y oro, pero no cortaba. Vea usted este sable. No tiene adornos, pero corta que es un gusto.

La ira desfiguró el rostro de doña María. Dio un paso hacia su hijo con los brazos extendidos, luego retrocedió, vaciló y, por último, se repuso. Miró a su hijo con desdén, señaló la calle, donde empezaba a oírse un fuerte redoblar de tambores, y le dijo:

—El ejército se va. Marcha, corre. Cuando se acabe la guerra, ajustaremos cuentas. Si eres valiente y vuelves con vida, a palmetazos te enseñaré a respetar tu nombre. Pero si eres cobarde, ya lo sabes. No vuelvas.

Salimos a toda prisa, y montando en nuestros caballos ocupamos las filas. Santorcaz se nos unió al momento.

Asomadas a una de las ventanas, las dos hermanas del condesito nos despedían agitando los mismos pañuelos con que secaban sus lágrimas. Ninguna de las dos había entendido la conversación que habían escuchado.

Las pobrecillas veían desaparecer un mundo y nacer otro nuevo sin darse cuenta de ello.

Las columnas empezaron a salir de Bailén de madrugada. Mientras la artillería y la infantería se ponían en movimiento, nosotros estuvimos más de media hora formados a la salida del pueblo, esperando la orden de marcha. Nos dirigíamos a Andújar para atacar a Dupont, que al mismo tiempo debía ser atacado por Castaños desde Marmolejo. Pero ¿y la división de Vedel, cuyos movimientos eran la clave del problema estratégico planteado a nuestros jefes? Os diré lo que ocurría con Vedel.

193

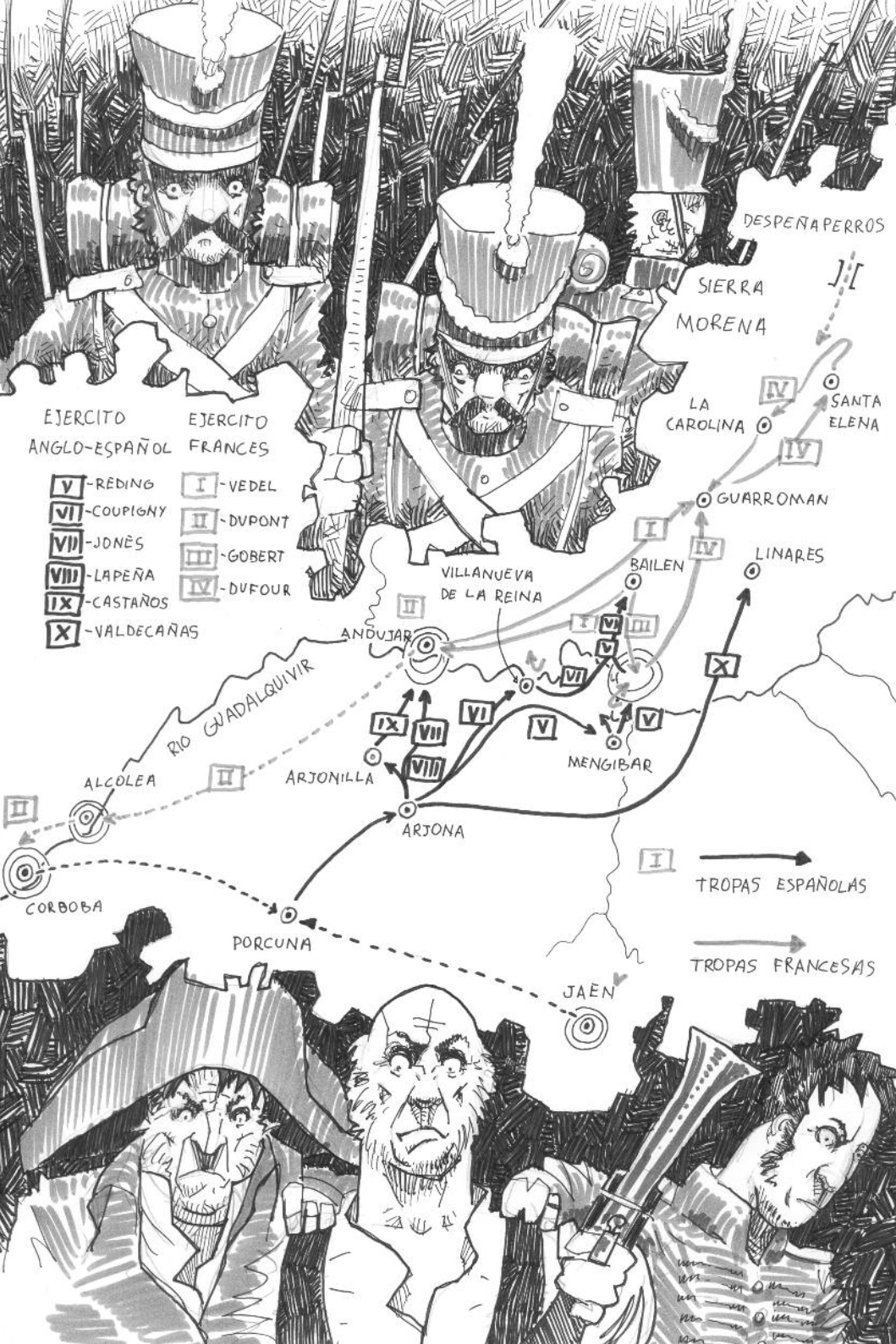
Vedel estaba en Andújar el día 16, cuando desalojamos a los franceses de las posiciones que ocupaban frente a Mengíbar. Al enterarse Dupont de la derrota de Ligier-Belair y de la muerte de Gobert, le ordenó a Vedel que regresara a Bailén. Mientras tanto, nuestra vuelta a la orilla izquierda y las marchas río arriba que tanto nos desconcertaron a mis compañeros y a mí confundieron también a Ligier-Belair. Este acabó creyendo que Reding pretendía cruzar el río más arriba de Mengíbar, para dirigirse por Linares a La Carolina y cortar el paso de la sierra. Convencido de que esa era la intención de nuestro general, Ligier-Belair decidió anticiparse y emprendió la marcha hacia el norte. Cuando Vedel llegó a Bailén, los pocos franceses que allí quedaban le dijeron que los españoles íbamos por Linares a cortar el paso

de la sierra para impedirles la retirada. Vedel se apresuró hacia La Carolina para alcanzar a Ligier-Belair, después de enviar un correo a Dupont apremiándole a que se reuniera con él.

A causa de aquella suma de torpezas, una gran parte de las fuerzas francesas corría hacia la sierra persiguiendo a un fantasma, mientras nosotros, en Bailén, nos disponíamos a marchar sobre Andújar. Íbamos a luchar solamente contra Dupont, a menos que Vedel, dándose cuenta de su error, retrocediera a tiempo de caer sobre nuestra espalda. Reding se decidió a correr ese riesgo después de que un valeroso teniente, disfrazado de arriero, hiciera el camino de ida y vuelta a La Carolina y confirmara que Vedel había pasado ya más allá de aquella población.

Así andaban las cosas aquella madrugada del 19 de julio. Pero Reding no lo había previsto todo. No había previsto que Dupont, inquietado por el mensaje que le alertaba de la fantasmal ocupación de los pasos de la sierra, había abandonado aquella misma noche Andújar, sin que el ejército de Castaños se percatara de ello, y se acercaba ya a Bailén.

Cerca del amanecer, cuando nuestras columnas apenas habían iniciado la marcha, oímos un tiro, luego otro, y otro... Las columnas se detuvieron. Todos enmudecimos, prestando atención al tiroteo, que sonaba delante de nosotros, a la derecha del camino, a bastante distancia. Hubo algún movimiento en nuestra vanguardia, aun-



DESPEÑAPERROS

SIERRA MORENA

LA CAROLINA

SANTA ELENA

GUARROMAN

LINARES

BAILÉN

VILLANUEVA DE LA REINA

ANDUJAR

MENGIBAR

ARJONA

ARJONILLA

ALCOLEA

PORCUNA

JAÉN

TROPAS ESPAÑOLAS

TROPAS FRANCESAS

EJERCITO ANGLO-ESPAÑOL

EJERCITO FRANCÉS

- | | |
|-----------------------|---------------------|
| V - RÉDING | I - VEDEL |
| VI - COUPIGNY | II - DUPONT |
| VII - JONÈS | III - GOBERT |
| VIII - LAPEÑA | IV - DUFOUR |
| IX - CASTAÑOS | |
| X - VALDECAÑAS | |

que nosotros no podíamos verlo. Un oficial que se dirigía a la retaguardia nos sacó de dudas. Los franceses venían a nuestro encuentro. Teníamos enfrente a Dupont con todo su ejército. Debían de estar tan sorprendidos como nosotros. Ellos pensaban que estábamos en La Carolina, y nosotros les hacíamos a ellos en Andújar.

Nuestros generales empezaron a señalarnos las posiciones. Sacaron a la caballería de la carretera por el lado derecho. Subimos una ligera pendiente, luego bajamos, volvimos a subir y, al fin, se nos mandó hacer alto. No se veía nada, ni el terreno ni al enemigo. Desde nuestra posición solo distinguíamos los movimientos de la artillería española, que avanzaba por la carretera. Oímos un nuevo tiroteo camino abajo. A lo lejos, el canto de los gallos anunciaba la aurora.

Nos hicieron cambiar otra vez de posición, llevándonos más adelante, detrás de una batería de cañones. Gran parte de la caballería fue trasladada al lado izquierdo, pero a nosotros nos tocó permanecer en el ala derecha.

Una granada francesa estalló a nuestra izquierda. Era como un saludo, una bravata para explorar el ánimo del contrario. Nuestra artillería, poco amiga de fanfarronadas, calló.

Por fin las tinieblas comenzaron a disiparse. Vislumbramos el perfil de los cerros cercanos; comenzamos a distinguir el ondular de la carretera y las masas negras del ejército, diseminado en columnas y en líneas; empezamos a ver la azulada masa de los olivares, en el fondo y a mano

derecha, y las colinas que iban descendiendo hacia el río, a la izquierda. Mirándonos unos a otros, nos encontramos con las mismas caras del día anterior. A lo lejos, las masas enemigas se movían sin cesar de derecha a izquierda.

La luz, lo único que faltaba para comenzar la batalla, había llegado.

Ya se podía distinguir perfectamente todo el campo. El centro de nuestro ejército, con una poderosa batería de cañones y considerables fuerzas de infantería, ocupaba la carretera delante de Bailén. Hacia la izquierda se levantaba un cerro que luego caía en la margen del río Guadiel, casi seco en aquella época del año. En ese lado se hallaba Coupigny con los regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo y Cuenca, los zapadores y el regimiento de caballería de España. A la derecha de la carretera se alzaban unas pequeñas lomas. En ese lado estábamos la caballería de Farnesio, los tercios de Tejas, los suizos, los valones, los regimientos de Órdenes, Jaén e Irlanda y los voluntarios de Utrera.

Los franceses ocupaban la carretera en dirección hacia Andújar. Su principal punto de apoyo estaba en un espeso olivar situado frente a nuestra derecha. También ocupaban los cerros del lado opuesto. A su espalda tenían el arroyo de Herrumblar, también seco en verano.

Tal era la situación de los dos ejércitos cuando la primera luz del día nos permitió vernos las caras. Creo que ambos nos encontramos respectivamente muy feos.

Un formidable estruendo retumbó en las avanzadas de

ambos ejércitos. Las columnas francesas del ala derecha se desplegaron en línea y abrieron fuego contra nuestra izquierda. La táctica francesa consistía en atacar el punto que consideraban más débil para desconcertar a su enemigo desde los primeros momentos. Nuestras tropas no estaban convenientemente distribuidas en aquel lado, y las que aún se hallaban en la retaguardia corrieron velozmente para apoyar a los de primera línea. Mientras tanto, nuestra artillería castigaba el centro de la línea francesa. Los de la derecha permanecíamos quietos. De pronto, las columnas francesas ocultas en el olivar que teníamos delante se desplegaron y arrojaron un diluvio de balas sobre nuestra infantería. La caballería permanecía detrás, quieta y relinchante.

198

En aquel primer período de la batalla, todo el interés se situó en el ala izquierda. Atacados con pasmosa valentía por los franceses, nuestros batallones retrocedieron un momento, pero se rehicieron enseguida y tomaron la ofensiva con el apoyo de dos cañones y de la caballería de España. Nuestra gente se lanzó con intrepidez sobre las lomas que ocupaba el enemigo entre el camino y el río Guadiel y logró desalojarlo de allí.

Al oír los gritos de júbilo de nuestra ala izquierda, los cañones del centro avanzaron. Por un instante, el desorden en las filas francesas fue extraordinario. Para rehacer sus columnas tuvieron que retroceder al otro lado del puente del Herrumblar. Se produjo entonces una corta tregua, aunque la batalla estaba muy lejos de concluir. Se

retiró a los heridos del ala izquierda, que no eran pocos. En el ala derecha, que había permanecido a la defensiva, las bajas eran muy escasas. Nuestro regimiento permanecía intacto, reservado sin duda para algún momento crítico.

Los franceses no tardaron en intentar recuperar el puente perdido. Su primer ataque, con la caballería, fracasó, pues el lugar era demasiado angosto para una carga a caballo. El segundo ataque, a la bayoneta, fue tan fiero que nuestros regimientos de línea retrocedieron aterrados.

Eran las seis de la mañana, y el calor empezaba a dejarse sentir. Apenas habíamos probado alimento desde la noche anterior, pero las punzadas del hambre eran insignificantes comparadas con la sed que desde la mañana empezó a atormentarnos. Multitud de mujeres salían de Bailén con cántaros de agua para refrescarnos, pero solo una pequeña parte de la tropa podía participar de este socorro, pues los que estaban combatiendo no tenían tiempo para beber. Cuando alguna mujer, exponiéndose al fuego, llevaba agua a uno de los puntos de mayor peligro, el cántaro se rompía en el choque con las veinte manos que lo querían coger, el agua caía al suelo, y la tierra, aún más sedienta que los hombres, se la tragaba en un momento.

La pérdida del puente sobre el Herrumblar hizo que nuestra ala derecha retrocediera buscando una posición mejor. Los generales sabían que un terrible ataque era inminente. Los soldados veteranos lo preveían, los demás lo intuíamos. Incluso nuestros caballos, reculando y estrechándose unos contra otros, parecían olfatear la proximidad de una gran carnicería.

200 ¿Por dónde nos atacarían los franceses? El principal objetivo de Dupont era abrirse camino hacia Bailén. Dado que en aquel momento nuestro centro era inexpugnable y nuestra ala izquierda ocupaba una excelente posición, Dupont decidió atacar el ala derecha, esperando abrir en ella un boquete que les diera paso.

La artillería francesa nos cañoneó, protegiendo la formación de las poderosas columnas que debían avanzar hacia nosotros. Sin esperar el ataque, los batallones del ala derecha se desplegaron y marcharon hacia el enemigo. El primer momento nos fue favorable, pero el olivar vomitó más y más franceses sobre nuestra infantería. Confundidas ambas líneas en una densa nube de polvo y humo, no se podía saber quién llevaba ventaja. Por fin, observamos síntomas de confusión en nuestras filas. Vimos que sus líneas se rompían y retrocedían. Entonces, los tercios de

Tejas y el regimiento de Órdenes avanzaron para restablecer el orden, arrojándose sobre el enemigo con una sangre fría que nos hizo gritar de entusiasmo.

Como si una gigantesca hoz la segara, la primera fila del regimiento de Órdenes cayó bajo la metralla y la fusilería enemiga, pero la segunda pasó sobre los cuerpos de los caídos. Los franceses recibieron refuerzos, y desplegando una nueva línea, avanzaron a la bayoneta con fuerza incontenible. Nuestros cañones, cargados con clavos y metralla, enfilaron las líneas enemigas, y un diluvio de puntas de hierro detuvo el avance francés.

Entonces, todos nuestros caballos patalearon, expresando en su desconocido lenguaje que comprendían que el momento había llegado. Apretamos con fuerza los sables y medimos la tierra que se extendía delante de nosotros. La caballería iba a cargar.

Un general se nos acercó al galope, seguido de gran número de oficiales. Era el marqués de Coupigny, alto, fuerte, rubio, con el rostro encendido como si despidiera fuego. Esperamos la orden con atención. Con un gesto, nos señaló la dirección, y luego nos miró. No necesitamos más.

—¡Viva España! —exclamamos todos—. ¡Viva el rey Fernando! ¡Mueran los franceses!

El escuadrón se puso en movimiento. Nos desplegamos en orden de batalla y bajamos a buen paso, pero sin precipitación, de la altura donde habíamos estado. Maniobramos para tener a nuestro frente el flanco enemigo. Nuestro jefe gritó:

—¡A la carga!

Picamos espuela y caímos sobre los franceses como una avalancha. Yo, como Santorcaz, el condesito y los demás de la partida, iba en la segunda fila. La primera penetró impetuosamente en las líneas enemigas, haciendo grandes destrozos. A los de la segunda nos costó más trabajo, porque los de delante avanzaron demasiado y quedamos envueltos por la infantería. Vi al condesito, ciego de ira, luchando cuerpo a cuerpo con un francés; vi a Santorcaz demostrando su habilidad con el sable. Yo usaba el mío con toda la destreza que me era posible.

202

Nos internamos impetuosamente por el grueso de la infantería enemiga. A pesar del daño que le causábamos, esta, sin embargo, no retrocedía. Hubo un momento en que vi la muerte muy cerca. A mi lado no había más que dos o tres jinetes que se hallaban tan apurados como yo. Nos miramos, y comprendiendo que era necesario un supremo esfuerzo, arremetimos a sablazos para abrirnos paso. La llegada del regimiento de caballería de España, traído a escape desde el ala izquierda, nos dio un respiro. Hundí las espuelas, y mi caballo se puso de un salto entre las filas recién llegadas.

No vi más caras conocidas que la de Marijuán. El condesito y Santorcaz habían desaparecido. En ese momento, mi caballo flaqueó de los cuartos traseros. Intenté hacerle avanzar clavándole las espuelas. El noble animal dio algunos saltos, pero cayó al fin, escarbando la tierra con furia. Había recibido una terrible herida en el vientre. Aspiró

con ansia el aire caliente, sacudió el cuello y finalmente se tendió sobre el campo, indiferente al tronar de los cañones y a la carnicería que se desarrollaba alrededor.

Viéndome desmontado, me dirigí a buscar un puesto entre la escolta de la artillería o en el servicio de municiones. Al dar los primeros pasos me di cuenta de que apenas podía tenerme en pie. Decir que hacía calor no bastaría para describir aquella atmósfera abrasadora. La exaltación y el furor patriótico que antes me dominaban desaparecieron. Solo pensaba en beber agua. Con esa única idea en la cabeza, caminé un largo trecho por la retaguardia de nuestro centro.

Vi con alegría que desde el pueblo venían corriendo algunos hombres con cubos, pero enseguida nos dijeron que aquella agua no era para nosotros. Otras bocas, las de los cañones, necesitaban refrescarse antes que las nuestras si queríamos ganar la batalla.

El fuego de nuestros cañones y la carga de la caballería habían rechazado el ataque sobre nuestra derecha. Por fin se podía pensar en beber, pero ¿dónde?

Los soldados del regimiento de Órdenes acababan de divisar una noria ocupada por los franceses, quienes, al fracasar su ataque sobre nuestra ala derecha, iban a verse forzados a abandonarla. Considerándola el mayor premio a su victoria, los nuestros corrieron hacia la noria. Los franceses, que se resistían a desprenderse de aquel tesoro, se aprestaron a defenderlo con uñas y dientes.

Yo oí decir: «¡Allí hay agua!», y no necesité más. Recogí un fusil del suelo y corrí con los demás en dirección a la

noria. Atravesamos un campo a medio segar. Llevado del frenético afán de conquistar un sorbo, fui a meterme donde los españoles llevábamos la peor parte. De repente sentimos que el calor se duplicaba a nuestras espaldas. Mirando hacia atrás, vimos que las secas espigas ardían como la yesca, inflamadas por algunos cartuchos caídos por allí. Las llamaradas nos freían la espalda. «O tomar la noria o morir», pensamos todos. La desesperación nos hizo redoblar el esfuerzo. Ya no éramos hombres, éramos animales. Arrojándonos sobre el enemigo, conquistamos la noria.

Aplacada la sed, corrimos hacia nuestras líneas. Un caballo sin jinete pasó por delante de mí. Me apoderé de sus bridas y volví a convertirme en jinete. Busqué con la vista el escuadrón más próximo. Vi que el regimiento de España estaba formando en columna a retaguardia del centro. Cabalgué hacia allí y me incorporé a sus primeras filas.

—Los franceses van a hacer el último esfuerzo —dijo uno de los soldados que estaban a mi lado—. Dicen que hay tropas que todavía no han entrado en combate, y que son las mejores que Napoleón ha traído a España. ¡Fijaos! Van a atacar nuestro centro.

En aquel momento yo tenía más hambre que ganas de combatir. Registré el saquito de cuero amarrado a la silla de mi caballo y encontré un mendrugo de pan. Fue todo un hallazgo, pero como aquello no bastaría para matar mi hambre, llevé mi exploración hasta el fondo del saco. Mis

dedos sintieron el contacto de unos papeles. Los saqué. Eran un pequeño envoltorio y tres sobres, uno cerrado y los otros abiertos. En el primero que se me vino a la mano estaba escrito el nombre del destinatario, don Luis de Santorcaz. Me había montado en su caballo.

En aquel instante me olvidé de todo, de los gritos y de los cañonazos. Abrí enseguida el envoltorio, que guardaba un pequeño objeto. Al ver lo que contenía, mi alma se llenó de luz, y al mismo tiempo, sentí una dolorosa punzada en el corazón. Era un medallón con el retrato de Inés. Estreché aquella Inés en miniatura contra mi pecho y la guardé bajo mi camisa.

206 Sentí la necesidad de leer aquellas cartas, pues podían aclararme algunas dudas. Al principio me detuvo la vergüenza de leer cartas ajenas, pero me decidí después de considerar que Santorcaz debía de haber muerto.

La primera carta, dirigida a él, como he dicho, llevaba la firma de Amaranta, y decía así:

«¿Eres un malvado o un desgraciado? Después de una ausencia de muchos años, durante los cuales nadie ha logrado traerte al buen camino, ahora vuelves a España con pretensiones absurdas a las que mi dignidad no me permite acceder. Nunca creí que aspiraras a tanto».

Al llegar aquí, el golpe de un peso que cayó, chocando con mi rodilla, me hizo levantar la vista de la carta. El soldado que formaba junto a mí había caído al suelo, herido mortalmente por una bala. Vi delante de nosotros, envueltas en un espeso humo, las columnas francesas

que venían a atacar el centro. Volví a fijar los ojos en el papel.

«En vano para conmoverme finges gran interés por aquella desgraciada criatura que vino al mundo como testimonio del fatal error de su madre. ¿A qué viene ese sentimiento tardío? Ese niña ya no existe; te han engañado los que te han dicho que yo la he recogido. ¿A qué te conduce el amenazarme con ella? Por última vez te aconsejo que desistas de tus locas pretensiones».

Así terminaba la carta de Amaranta. Alcé de nuevo los ojos y vi delante de las filas de la caballería a los seis cañones de nuestro centro, cuyo mortífero fuego había sido nuestra principal baza en la batalla. Hacia ellos, por la carretera, avanzaban las mejores tropas francesas, el batallón de marinos de la Guardia Imperial. Los encabezaba un hombre de elevada estatura, con el rostro cubierto de polvo y el lujoso uniforme destrozado. Era el desgraciado general Dupont, que había venido a Andalucía seguro de alcanzar el bastón de mariscal de Francia.

Los disparos de metralla no lograban detener a los franceses. De rato en rato, media fila desaparecía, como si una manotada gigantesca la barriera. Pero en cada claro asomaba otro soldado azul, y el frente de la columna se rehacía al instante.

Abrí la carta cerrada, dirigida a Amaranta. Era la respuesta de Santorcaz a la anterior.

«Señora condesa: Vuestra carta me anuncia que nada puedo esperar de vos. No me sorprende. En ella reconozco

las ideas de vuestra tía la señora marquesa, que en otro tiempo os dijo que antes quería veros muerta que casada con un hombre inferior a vuestra clase. Esta será la última carta que os escriba.

»Cuando supe en Madrid que habíais recogido a nuestra hija después de un largo abandono, os prometí legitimarla casándome con vos, como corresponde a personas honradas. Me respondisteis con una larga sarta de insultos. Acepto el bofetón de vuestro orgullo. Lo que no me explico es la desfachatez con que negáis haber recogido a vuestra hija.

»Yo sé que la habéis recogido y que está en un convento; sé que su boda con el conde de Rumblar está concertada y que ese matrimonio es imprescindible para salvaguardar poderosos intereses de ambas familias; sé que, para llevar a cabo la legitimación, se ha perpetrado una superchería poco digna de personas como vos. También sé que, sin recursos, no puedo esperar nada de la Justicia, que solo defiende a los poderosos. Pero mi hija me pertenece, y si hoy no está en mi poder, os aseguro que lo estará mañana».

Volví a levantar la vista. Los marinos de la Guardia Imperial se lanzaban al asalto de los cañones. Nuestros soldados apenas tenían ya fuerzas, y los artilleros empezaban a desfallecer. Oímos decir que escaseaba la pólvora de cañón. Si las bocas de nuestros cañones enmudecían... Pero en aquel momento, yo solo podía prestar atención a aquellas cartas. La tercera la firmaba un criado de Amaranta, al que yo había conocido en Madrid.

«Señor don Luis de Santorcaz: Voy a relatarle lo ocurrido. Por ahora le dan a usted con la puerta en las narices. Cuando la señora condesa leyó la carta de usted, en la que le proponía legitimar a la señorita Inés por subsiguiente matrimonio, se la mostró a su tía, y esta, furiosa y fuera de sí, le preguntó si quería deshonorarse para siempre siendo la esposa de semejante perdido. La condesa lloró un poco, lo cual es indicio de que aún le queda algo de aquel amor. Por último, las dos convinieron en no admitirle a usted en la familia en ningún caso.

»Ya sabe usted que el mayorazgo de esa familia, al no haber herederos directos, pasaría a su pariente de segundo grado, el primogénito de los Rumblar. La actual condesa de Rumblar, enterada de la aparición de una heredera, anunció a mi ama que entablaría un pleito. Para evitar la ruina que eso significaría, ambas familias se han puesto de acuerdo en casar a la señorita Inés con don Diego de Rumblar. La señora marquesa ha resuelto de un modo muy ingenioso el problema de la legitimación de la señorita. No pudiendo legitimarla su madre, porque las leyes se oponen a ello, ni conviniendo tampoco la adopción, pues esta no da derecho a la herencia del mayorazgo, se acordó lo que le voy a decir a usted, y que sin duda le llenará de admiración. La señorita Inés ha sido reconocida por...».

Un violento golpe me arrebató la carta de las manos. Oí la risa de un soldado que decía: «Aquí no se viene a leer cartas». Todos mis compañeros proferían exclamacio-

nes de frenética alegría. Delante de los cañones había una espesa columna de humo, que al disiparse permitía distinguir los diezmados restos del batallón de marinos. Una bandera blanca avanzaba hacia nosotros.

La batalla había concluido, y Napoleón había sufrido su primera derrota.

Marijuán vino hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Los vencimos, Gabriel! ¡Viva España y los españoles, viva la Virgen del Pilar! ¿Qué buscas, que miras así al suelo?

—Busco un papel que se me ha perdido.

—Déjate de papeles. ¿Cómo es que no te alegras?

—Van a legitimar a Inés —le dije yo, pensando en mis guerras—. De esa manera entra a disfrutar del mayorazgo, casándose con don Diego, para evitar un pleito que arruinaría a las dos familias.

—¿De qué hablas? ¿Sabes que todos los franceses se van a entregar?

—¿Y nuestro amo, dónde está? ¿Qué ha sido del señorito de Rumblar?

—Creo que ha muerto —me contestó Marijuán, picando espuelas y alejándose de mí.

En medio del delirio de aquella gran victoria, yo permanecía mudo y aislado, dejando que mi caballo me llevara de un lado para otro. No sé si recibí con pesar la noticia de la muerte de mi amo o si, por el contrario, desbordado mi egoísmo, me alegré de la desaparición de quien se interponía entre Inés y yo. «Debo averiguar si realmente el conde-sito ha muerto. ¿Perderé a Inés para siempre?».

Mientras me hacía estas preguntas, ocurrió un acontecimiento inesperado. La corneta y el tambor convocaban a los soldados, el ejército corría a ocupar sus posiciones, y los paisanos que habían venido a celebrar la victoria regresaban apresuradamente a Bailén. Nuestros destacamentos habían divisado las columnas del general Vedel, que acudía en auxilio de Dupont. Si hubiera llegado un momento antes, habríamos quedado entre dos fuegos. Gracias a Dios, Vedel llegó cuando ya se había acordado la tregua y se negociaba la capitulación. Sus términos afectaban a todas las fuerzas del ejército imperial en Andalucía.

212 A pesar de esa garantía, varios regimientos españoles ocuparon el camino frente a las tropas de Vedel, que estaban tomando posiciones. Inesperadamente, los franceses abrieron fuego. Pero la Providencia estaba de nuestra parte. En ese momento sonaron cañonazos lejanos.

—¡Es la división de don Manuel de la Peña, que llega desde Andújar! —exclamó un jinete que venía de allí.

Dupont, que había caído en nuestro poder con todo su ejército, envió órdenes tajantes a Vedel. El fuego cesó, y los nueve mil franceses llegados en el último momento se sometieron a la capitulación que su general en jefe estaba negociando.

Fui a Bailén a que me curasen la mano izquierda, en la que había sufrido una ligera contusión. Cuando regresaba para que me asignaran un puesto de guardia, sentí una mano en mi hombro. Era don Paco, el ayo de don Diego.

—¿Qué ha sido del señorito? —me preguntó pálido y angustiado—. No ha venido por casa.

—Señor don Paco —le contesté—, no sé dónde está el señor conde. Lo vi poco antes de concluir la batalla. Andará por cualquier lado.

—Es muy raro que no haya mandado siquiera un recado. Corro a buscarle. ¡Diantre con el niño, si supiera qué buenas noticias le traigo! Esta noche llegarán a casa los señores marqueses y su excelencia la condesa con la señorita Inés. Van camino de Madrid, pero se detendrán unos días en casa para que las dos familias se conozcan y se traten. Ya sabes que el señorito se casa con la señorita Inés.

—Sí, lo sé. Tengo entendido que esa joven es hija de la condesa Amaranta.

—¿Qué dices, desvergonzado? ¿Estás mal de la cabeza? La señorita Inés es hija de una dama extranjera que ya no vive, y que dio mucho que hablar hace quince años por sus amores con un caballero de esa familia. Inés es hija del marqués, el tío de la señora condesa Amaranta.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamé sin poder contener mi asombro—. ¡Esa era la indigna superchería a la que se refería Santorcaz! ¡Qué bien lo han arreglado todo!

—¿Qué dices? No te comprendo. Pero don Diego... ¿Dónde está? Preguntemos a esos soldados. Díganme ustedes, héroes de este día, que quedará anotado sobre piedra en el libro de la Historia, ¿han visto por casualidad al conde de Rumblar?

Y así, preguntando a todos sin que nadie pudiera darle noticias del condesito, don Paco desapareció de mi vista.

Cayó la noche. Los franceses, muertos de hambre y de fatiga, aguardaban en su campamento a que se firmase la capitulación. Esta iba muy lentamente, porque los negociadores se habían reunido en Andújar, de donde Castaños no había querido moverse.

Salía yo de Bailén con un cesto de víveres para unos oficiales de artillería cuando tropecé con Santorcaz, que se dirigía al pueblo seguido de algunos voluntarios de Utrera y de un puñado de gente de mala catadura.

215

—¡Señor de Santorcaz! —exclamé atónito—. ¡Yo le hacía en el otro barrio!

—No, muchacho. Estoy vivo. Solo tengo un par de rasguños. Fíjate, me han hecho sargento.

—Habrà hecho usted grandes hazañas.

—Poca cosa. Caí del caballo, me defendí a pie contra cuatro franceses y logré deshacerme de ellos. Volví a nuestro campo con uno de sus estandartes, y el marqués de Coupigny, al recoger el águila de mis manos, me nombró sargento. Me ha puesto al frente de estos muchachos. ¿Quieres venirte con nosotros?

Miré a los hombres que le seguían. Saltaba a la vista que la mayoría eran contrabandistas y gente de mal vivir. Le di las gracias por el ofrecimiento y seguí mi camino.

De repente, me di la vuelta y le pregunté:

—¿Sabe usted algo de don Diego?

—No —respondió, volviendo atrás—. ¿Qué sucede? ¿No sabes nada de él? Pues es preciso averiguar dónde está. Por cierto, ¿no habrás visto mi caballo?

—No sé nada de su caballo —mentí, alejándome.

Avanzada la noche, contemplé una triste procesión que salía de Bailén. La componían tres mujeres vestidas de negro, a las que seguían media docena de hombres. Dos criados iban por delante con sendos fanales para alumbrar el camino. Reconocí a la condesa de Rumbler y a sus dos hijas, las tres cubiertas con negros mantones. Las dos muchachas se deshacían en lágrimas. La condesa caminaba con mirada decidida y paso firme, aunque en su rostro era visible la angustia.

216

Les ofrecí mi ayuda para buscar al condesito. Mientras recorriamos el campo de batalla, la condesa quiso saber cómo se había portado su hijo. Yo le dije que como un héroe, y no mentí, pues lo cierto era que le había visto batirse como tal.

Encontramos muchos cadáveres tendidos en el campo. La condesa, con una valentía casi sobrenatural, los examinaba a la luz de los fanales hasta convencerse de que ninguno era el de su hijo.

Nuestras pesquisas no dieron resultado. Era muy tarde cuando acompañé a la condesa y a sus hijas a casa.

—Si Dios ha querido disponer de la vida de mi hijo —dijo la condesa, sentándose en un sillón—, que me

conceda al menos el consuelo de saber que ha muerto con honor.

—Don Diego tiene que aparecer, señora —dije yo, conmovido—. Si hubiera muerto, habríamos encontrado su cuerpo.

Noté que las fuerzas de la condesa empezaban a desfallecer, que sus ojos se humedecían y que sus brazos se desplomaban sobre los del sillón. Sin duda no quería perder su dignidad delante de nosotros, porque nos ordenó a todos que saliéramos y se quedó sola.

Al abandonar la sala, oímos ruido de coches y mulas en la calle, y luego un gran alboroto en el patio. El corazón me dio un vuelco. Escondido tras unos pilares, vi descender de dos coches a las personas anunciadas por don Paco. La marquesa y Amaranta subieron los escalones y pasaron a mi lado sin percatarse de mi presencia. El marqués, el hombre que se había prestado a reconocer a la hija de su sobrina como suya, ayudó a una joven a bajar del segundo carruaje. Iba envuelta en un gran manto, pero la reconocí. Cuando pasó junto al pilar, Inés volvió la cabeza y me vio.

El condesito apareció, sano y salvo, al día siguiente. Había sido capturado por las tropas de Vedel durante el último intercambio de disparos y, por lo que él mismo contaba, se lo había pasado maravillosamente en el campamento francés. Yo me alegré de saber que estaba bien, no sé si por bondad o por una mezcla de benevolencia y orgullo, ya que estaba convencido de que Inés solo me amaba a mí.

218

Santorcaz se despidió de mí el 22 de julio. Partió hacia Despeñaperros al frente de su partida de contrabandistas con el encargo de defender aquel paso.

Aquel mismo día, finalmente, se firmó la capitulación del ejército francés. Yo no vi el triste desfile de los ocho mil soldados de Dupont cuando entregaron sus armas ante el general Castaños, porque tuvo lugar en Andújar. Ante nosotros solo desfilaron los nueve mil trescientos hombres de Vedel. Dejaron sus armas en pabellón y arrojaron al suelo los orgullosos estandartes del águila imperial. Los mirábamos, y nos parecía imposible que aquellos fueran los vencedores de Europa. Después de haber clavado sus banderas en donde mejor les pareció, jugando con reyes y tronos como si fueran títeres, finalmente habían tropezado en la remota Andalucía.



Ninguna victoria francesa resonó en el continente como aquella derrota, el primer traspíe del Imperio. Es cierto que la guerra, cuyo final en aquel momento nos parecía muy próximo, se reanudó enseguida con más fuerza, pero al final los invasores fueron derrotados. Como dijo precisamente un francés, España, armándose toda ella con la espada y la navaja, con las uñas y los dientes, demostró que los ejércitos pueden sucumbir, pero los pueblos son invencibles.

A finales de julio, la familia de Inés salió para Madrid. Yo formé parte de la escolta de diez jinetes que galopó a la zaga de los dos carruajes. Por la portezuela de uno de ellos solía asomarse durante las paradas una linda cabecita, cuyos ojos se recreaban en la marcial apostura del pequeño escuadrón.

—Estos valerosos muchachos, hija mía —le decía su tío, aunque ahora todos le tenían por su padre— son los que en Bailén echaron por tierra al coloso de Europa. Veo que los miras mucho, lo cual me demuestra tu patriotismo.

Ahora debo soltar la pluma, pues este libro concluye aquí. Ya os contaré en otro lo que me sucedió hasta el fin de la guerra; y también, si queréis saberlo, el difícil y tortuoso camino que siguieron mis amores con Inés.

Trafalgar, 1805: España y Francia se enfrentan a Gran Bretaña ante la costa gaditana, en una de las batallas navales más decisivas de la historia. Madrid, mayo de 1808: abandonado por sus gobernantes, el pueblo español se alza en armas contra los invasores franceses. Bailén, julio de 1808: los ejércitos napoleónicos sufren en tierras andaluzas su primera derrota. El joven Gabriel Araceli será testigo y protagonista de estos dramáticos momentos de nuestra historia y descubrirá en medio de la guerra el verdadero significado de palabras como amor, patria y heroísmo.

Benito Pérez Galdós (1843-1920) relató en los *Episodios nacionales* la historia del siglo XIX español, desde la derrota de Trafalgar hasta la restauración borbónica. Centenares de personajes reales y ficticios desfilan a lo largo de las cuarenta y seis novelas que integran la colección. En cada una de ellas la intriga novelesca y la investigación histórica se entrelazan magistralmente para componer un inmenso tapiz lleno de vida, en el que las inquietudes y peripecias de la gente común despiertan tanto interés como los grandes acontecimientos y sus protagonistas.

Federico Villalobos (León, 1966) es autor de numerosas novelas y adaptaciones literarias dirigidas al público infantil y juvenil.